

Sobre el incógnito personaje que se presentó en Sevilla el año pasado de 1749.

SONETO¹

Para una quesí-cosa una
de Edipo quiero o un vix vix de
érase que era, y es, y no es un
que como ajeno su dinero

Él desperdicia, en fin, mucha
si suya, tonto, si no lo es,
ya con vestido real, ya con vil
Proteo es de los Juicios y

Cuando es un ¡tate, tate!, un
no falta calabozo que lo
ni convento que luego le re

Él, si todo lo puede, es un
¿Pues qué será si se echa en
¿Saben lo que saldrá? -Ni Rey ni

Forzados

Piltraca
Baco:
Caco
Saca.

Pataca; 5
Bellaco;
Saco,
Matraca.

Alfeñique,
Emboque, 10
Pique;

Bodoque
Alambique?
Roque.

¹ Inédito y autógrafo.

Al renombre de *Prudente* que se empieza a dar al Rey
Nuestro Señor Don Fernando el Sexto, entendiendo lo que es la
virtud de la prudencia por aquel verso de Virgilio: *Quae sint,*
Quae fuerint, Quae nos ventura habantur.

SONETO MORAL¹

Muere Filipo, mas de gente en gente
la gloria de sus triunfos persevera:
sucèdele Fernando: otro no fuera
sucesor de Rey tanto dignamente.

Quita, ordena, previene sabiamente
lo que fue, lo que es y lo que espera,
y así la fama, ya no lisonjera,
el nombre le fabrica de Prudente.

5

De este blasón sus dichas aguardando
respira ya la España consolada;
pero aún hay más por que el blasón le cuadre,

10

pues con mejor prudencia ve Fernando,
al vivo ejemplo del difunto padre,
que fue mucho, ahora es más y será nada.

¹ Inédito y autógrafo.

In illud. Qui manducat meam carnem et bibit meum
sanguinem habet vitam aeternam, etc.

Epigramma¹

Cum bibo tunc vivo Bachi blaterabat Alumnus
et bibere aeternum vivere nosco meum.

Est mihi vita cibus convivis Helluo dixit
atque avidum ventrem Numen adcro meum.

Haec que vessanae fuerant Ludibria Mentis
Christus Amoris ait, sunt Monumenta mei.

5

Me Angelicum Panem maduca et me bibe vinum:
Hoc erit aeternum vita Deusque tibi.

¹ Inedito y autografo. La traducción que anotamos es nuestra,
Traducción

En relación a aquello. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna.

Epigrama

Cuando bebo, entonces vivo, parloteaba el Alumno de Baco, y sé que el beber eterno es
mi vivir. Para mí la vida es la comida en los banquetes, dijo el Glotón, y adoro
como a un dios a mi vientre hambriento. Estas cosas que fueron insensatas, burlas de
la mente, dice Cristo son testimonios de mi amor.

Cómeme como pan de los ángeles y bébeme como vino; Esto será para ti eternamente la
vida y el Dios.

En elogio del sermón de honras al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Pedro de Castro Vaca y Quiñones, Presidente que fue de la Chancillería de Granada, Arzobispo después de ésta, últimamente de Sevilla y fundador de la Iglesia Colegial del Sacro Monte, predicado por el Reverendísimo Padre Nicolás Calderón, de la Compañía de Jesús. La idea del sermón fue: *Pedro, tres veces piedra*¹

SONETO²

De mi insigne varón el alma pia,
recta vara, cayado diligente
dificulte elogiase dignamente
quien tanta mereció noble osadia.

Licurgo, el Dauro un tiempo lo temía;
pastor después, lo ama reverente,
y aun el Betis alzó la algosa frente
al silbo tierno que le oyó algún día.³

5

De ancianos siglos prendas sacrosantas
monumento le deben generoso,
siendo él la **pedra** en quien hoy persevera.⁴

10

Mas lo **máximo** halló de glorias tantas
quien, siendo Pedro **máximo**, ingenioso
Pedro **tres veces grande** lo pondera.

1. Este soneto fue escrito por Porcel en el año 1739, después de asistir a las ceremonias que a la memoria de su fundador, el arzobispo D. Pedro de Castro Vaca y Quiñones, celebró el Sacro Monte de Granada el día 14 de mayo. En dichas ceremonias escuchó Porcel el sermón del P. Jesuita D. Nicolás Calderón, a quien dedicó este soneto. Cfr. HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de *Místico ramillete, histórico cronológico, panegyrico tejido de las tres fragantes flores del nobilísimo antiguo Origen, exemplarísima Vida, y merizissima Fama posthuma del Ambrosio de Granada*. Impreso en Granada, en la Imprenta Real. Año de 1741.

2. Entre las actas de la Academia, donde debió leerlo, este soneto aparece reproducido por su propia mano y firmado *el Aventurero*. Cueto lo publica en *op. cit.*, t. LXI, p. 174

3. Cueto v. 8 *al eco tierno que le oyó algún día*.

4. La letra **bastardilla** está en el original en letras mayúsculas.

A la hermosura, pudor, susto y libertad de Andrómeda
expuesta al monstruo marino.

CANCIÓN¹

A un alto escollo rudo,
del enojado mar eterna injuria,
opuesta siempre a su encrespada furia,
con uno y otro vigoroso nudo
a la hija de Cefeo ligar pudo 5
la bárbara sentencia
de decretos fatales,
que en el tribunal ciego de los males
promulgó de sus hados la inclemencia
por exponerla así a la ardiente saña 10
del que ya le previene muerte fiera
en la cerúlea líquida campaña
cruel monstruo marino,
horror de la ribera,
sin culpa que ocasione su destino, 15
que para tanto mal, tanta fatiga,
le basta una deidad por enemiga.

Al viento se esparcía
el rico ofir de su cabello undoso,
juzgándose él entonces más dichoso, 20
pues, como toda Andrómeda gemía
la una y otra prisión que la oprimía,
él, que sólo quedaba
libre de estas crueldades,
parece que ostentaba libertades, 25
si ya, tal vez piadoso, no intentaba
lo que a ser libres las ligadas manos
procuraran cubriendo el rostro bello;
de este modo a los cultos soberanos
de su honestidad pudo 30
atender su cabello,
pues el santo pudor, al ver desnudo
su blanco bulto hermoso, bien quisiera
que el escollo se abriese y la escondiera.

¹ Autógrafa, publicada por Cueto op. cit., p. 175.

Aunque en el riesgo instante 35
del susto con los pálidos desmayos
las mejillas ajar debían sus mayos
al ver expuesto su recoto amante,
con el carmin cubrieron purpurante
verganzosas su nieve. 40
Largo el llanto corría
de sus ojos, que en perlas lo volvía
el nácar concibiendo en concha breve
el copioso rocío de su cielo,
a tiempo que obsequioso el mar besaba 45
(repetiendo en cada ola su desvelo)
su presa, planta bella.
y aún deidad la adoraba
de sus aguas, si Tétis no, que al vella
"si es tan infeliz (dijo) como hermosa, 50
poco es la muerte para no ser diosa.

¿Por qué, oh tú, soberano
rey de los dioses (tierna su voz dice)
quieres que sea yo tan infelice?
¿Es la inocencia ya título vano? 55
Si de rigor armó tu excelsa mano
mi madre Casiopea,
vana con su hermosura,
desprecien las Nereidas por locura
lo que sólo dictó altanera idea' 60
de necia presunción, y no envidiosas,
infamemente ultrajen el decoro
de deidades, si no es que más hermosas
las haga una venganza
hija de un vil desdoro, 65
y si suya la culpa, no la alcanza
la muerte, ya confiesan que es más bella
porque sea yo infeliz, y deidad ella.

¿Que las iras dominen
los ánimos celestes? ¿Que sea digno 70
en los dioses lo mismo que hace indigno
en los mortales que al rencor se inclinen?
Mas, ¿qué me quejo? Contra mi fulminen
y decreten ruinas;
dejaré de esa suerte 75
lastimosa mi fama con mi muerte,
y ellas, degenerando de divinas,
la suya dejarán ignominiosa,
y de su impiedad odios inmortales;
y pues de una deidad la acción gloriosa, 80

que divina la arguye
no propia de mortales
y humanos, ser no humano constituye,
deidades serán ellas, mas tan vanas
que sólo en la crueldad serár. no humanas. 85

Entre estas lastimosas
bien justas quejas, ya del monstruo horrendo
prevenia en las aguas el estruendo,
terror a aquellas playas arenosas,
cuando, ladrón el susto, a las hermosas
mejillas purpuradas 90
robó cuanta riqueza
el pasado rubor dio a su belleza.
Huye a lo extremo por las no ignoradas
sendas la sangre helada, y de su ayuda 95
el noble corazón destituido
su regulado movimiento muda
y la quietud altera;
mas a su rey querido
la parte superior dio la primera 100
el socorro, y la ninfa quedó en breve
inmóvil roca de cristal o nieve.

Pero, aunque te publique
humana sin dejar de ser divina,
oh Andrómeda, el temor que te domina; 105
aunque en el feroz monstruo signifique
alta envidia su saña, y multiplique
contra tí su porfia,
mano hay que lo escarmienta
y que de lo mortal te deja exenta; 110
castigada la bárbara osadía
por fuerte joven, que en el bruto alado,
del triunfo de Medusa hijo valiente
victorioso se aclama, y su cuidado
de cuantas manchó espumas 115
el negro humor caliente
del monstruo, hará nacer otro con plumas,
parto noble a ser fama, que felice
por inmortal deidad te solemnice.

Carta al señor de Gor, Conde de Torrepalma, retirado de la corte al lugar de Ciempozuelos, a divertir el quebranto por la pérdida de un hijo que amaba tiernamente.¹

Conde mio, ya no puedo
sufrir ausencia tan larga;
si es por probar mi cariño,
ya está de prueba y de marca.
¿Los ocho dias son éstos, 5
o tenemos lo de marras:
diómela por quince dias,
toméla por tres semanas?
Mas, como contigo cuanto
te es preciosísimo guardas 10
en mujer, hija y sobrino,
¿qué Porcel ni qué alcaparra?
Consolárame el saber
que tu musa conquistaba
(como suele) el laurel sacro, 15
que se enreda con tu palma,²
pero aún no habrán los judíos
tocado de Ethan la playa.³
No sé por qué, pues tu musa
no se ahoga aún en más agua; 20
y si sé: tu flojería,
que de la mía es hermana.
Y luego riñes que duermo,
y yo pregunto: ¿y tú, pajas?
Dormirás muy lindamente, 25
y a las diez de la mañana,
cuando más con tus papeles
por juego, tomarás tabla:
la tarde la hará el paseo,
la noche, buena y no iarga 30

1 Autógrafa, publicada por Cueto, op. cit., p. 176.

2 El subrayado es de Porcel.

3 Aquí hay un asterisco de Cueto que remite a una nota escrita sobre el ms, al final de la primera página. Iremos señalando otras notas que escriba al final del romance y que son las mismas que reproduce después en la B.A.E.

la malilla, y me diréis
que no la habéis hecho mala.

Pero la comida olvido;
como con poeta hablaba
pensé que siendo lo menos
era por demás nombrarla. 35

Mas tu mesa es más y más
abundante, culta y franca.
Eres poeta, y tal poeta
¡oh, qué fueras si ayunaras!. 40

Por acá muy lindamente
se hace, y aún con ventaja
en lo caliente, sin moscas
y con más luz meridiana;
se duerme ni más ni menos, 45

porque yo tengo esta gracia
desde niño y cuando duermo,
no me hablo ni con el Papa.
Pero si tu huésped soy,

¿qué quieres, señor, que haga?
Dar de mano a los ciudadanos,
y de cabeza en la almohada. 50

¿Qué importa, pues, que mis pleitos
me los metan a baraja,
que la capilla del Key
del manteo no me asga, 55

que la Cámara no quiera
purgar para mi una capa
de coro, ni que el Infante
mande darme una sotana? 60

Tenga en tu casa un rincón
ocios, libros, mesa y cama;
muérase el mundo, y que viva
mi conde de Torrepalma:

Tú mi Mecenas, mi Comes⁴
Micenas eres y Esparta,
y eres el **Deus nobis haec**
otia fecit, si aquí encaja. 65

Mas, oh, que en vano porfio
en adobarte las chanzas,
tú sin gusto para oírlas,
yo sin genio para hablarlas. 70

¡Quién para ahora tuviera
la sal de todas las salsas!,
¡quién se **quevedoizase!**⁵
¡quien se **villarroelara!** 75

4 El subrayado es de Porcel.

5 El subrayado es de Porcel.

Por divertirme, a Talia
galanteé, y la picaña,
siendo una ninfa corriente,
para mi se ha vuelto estatua. 80
Hubiérame sido Dafne,
pues con su laurel lograra
aderezarte un buen plato
de aceitunas o alcaparras,
o, ya que quiso ser piedra, 85
muchísimo enhoramala
fuera una Anajarte, que
yo por eso no me ahorcara.
Pero, según lo afligida
que está su carantamaula, 90
una Niobe está hecha
por yo no sé que le falta.
Tú, que mejor que yo sabes
de aquella viril constancia,
donde el sufrimiento pule 95
lo que los pesares labran,
de aquel moral estoicismo
cuyas hojas bien rumiadas,
hacen de una rica seda
la tela de las desgracias, 100
de aquel socrático humor,
mas todo esto es patarata,
más llano y mejor de aquella
tu conformidad cristiana,
podrás decirle mil cosas 105
que aunque yo diga otras tantas,
valen más las que tú dices
y mucho más las que callas.
Y después que la castigues,
vuélvemela más humana, 110
si es que se puede ajustar
tu lira con mi guitarra.
Vaya ahora de noticias,
que fuera delito carta
de la corte y sin Gaceta;⁶ 115
mas no te diré patrañas.
Tuvimos nuestra Academia⁷
esta semana pasada.
Asistiendo ambas dos luces⁸
que no consumen y abrasan, 120

6 El subrayado es de Porcel.

7 Nota de Cueto.

8 Idem.

nuestro amable secretario, pues le amamos y nos ama; la Academia en un soneto abrió con llave dorada. Tan dulcemente el Amuso ⁹ cantó del Genil las aguas,	125
que lo pensé Garcilaso, viendo que en su Vega canta. El Zángano ¹⁰ en un romance toco muy bien la pavana a Catuja ¹¹ , a cuyo son la risa en todos brincaba. Yo saqué mi guapo Aquiles, aquel mi antiguo fantasma, pero (bien lo sabe Apolo) allí le tembló la barba...	130
Esto va malo y cansado; el portador ya me aguarda, cuando por despachar presto escribo en verso la carta.	135
Si son versos lo verás, ellos como vienen saltan, para que, pues son mis gozos en esos Ciempozos ¹² caigan. Mi rendimiento a los pies de mi señora tocaya. Si le ofende la llaneza	140
	145

9 Subrayado de Porcel; nota de Cueto

10 *Idea.*

11 Este romance al que se refiere Porcel no está entre las composiciones que hay de Villarroel en las actas de la Academia; pero sí está editado en su libro: *POESIAS/SAGRADAS, Y PROFANAS, /QUE EN VARIOS METROS/COMPUSO/ DON JOSEPH VILLARROEL, /DEDICADAS/AL EXCMO. SEÑOR MARQUES DE ESTEPA, / de Almunia, etc, /CON LICENCIA, /En Madrid, por Andrés Ortega, Calle de las Infantas. Año/de 1761, p. 154-155*

12 Nota de Cueto

el asonante lo causa.
Yo bien sé que eres su Cayo,
su señoría tu Caya, 150
que se **alfonsea**¹³ y que tú
si no te **emepas** te empapas.
A nuestro Marqués, que quedo
suyo como antes estaba:
Tu capellán, José Antonio 155
Porcel, desde esta tu casa.

13 Nota de Porcel.

A nuestros Católicos Reyes, don Fernando el VI, y doña María Bárbara, felicita en su exaltación al trono de las Españas en su ignorado pero leal vasallo, en esta afectuosa'

Canción Heroica²

Cuanto la negra noche triste llora,
en procelosas lluvias desatada,
las cenizas del padre de Faetonte,
tanto al aparecerse coronada
de rosa y de jazmín la blanca aurora, 5
se dilata sereno el horizonte,
se rie el valle y regocija el monte.
¡Oh cisnes elocuentes!,
¡oh del más grande rey súbitas gentes!,
ya al sepultado sol digno tributo 10
de lágrimas rendisteis, bien que el llanto
consumir no pudiera dolor tanto;
ahora bañad el aire de armonía,
los pechos desatad en alegría, 15
que ya a pesar del tenebroso luto,
vuelve de luz su esfera coronando,
Bárbara aurora con su sol Fernando.

Soberbio el coretsano Manzanares,
no ya pobre, que al justo llanto pío
porque el Marte español voló a su esfera
dejó de ser arroyo y creció a río,
imponer piensa leyes a ambos mares,
y márgens pidiendo a su ribera,
Aquéllo segundo brama fiera;
brama y para que rompa 25
más dulcemente el aire, muda en trompa
el cuerno de cristal, con el que intenta
cantar un tiempo las futuras glorias
que alma eterna han de ser de las historias;
y en tanto, a su deseo iluminados 30
los tenebrosos senos de los hados,
a la sagrada llama con que alienta
Febo su heroica trompa cristalina,
así, oh gran rey, tus glorias vaticina:

"Levanta, España, la orgullosa frente 35
y en cada afecto préstame un oído;
escúchame aclamar tu Rey Fernando,

tu Rey **Fernando el Sexto** esclarecido,
 que el renombre juicioso de **prudente**
 para sí, entre otros muchos reservando, 40
 irá de los Fernandos renovando
 lo **grande** del primero,
 la **santidad** heroica del tercero,
 del quinto lo **católico**, y de todos
 sus regios, sus gloriosos ascendientes, 45
 cuanto ilustres los hizo entre las gentes,
 logrando que a las luces de su Historia
 lisonja vuelva a ser de la memoria
 el esplendor antiguo de los godos,
 y que del sol en el afán diurno 50
 el siglo se repita de Saturno".

La hermosa frente de laurel ceñida
 y el cetro de oro ve en la blanca mano
 de **Bárbara**, tu reina, astro luciente
 del firmamento augusto lusitano. 55
 Esta, al real consorte parecida,
 es la que ha de aumentar gloriosamente
 la piedad, el valor, el celo ardiente,
 ya de su lusitana,
 ya de la Isabel nuestra castellana. 60
Bárbara, pues, y óbarbara en la parte
 del nombre por lo afable de sus hechos;³
 ídolo y culto de españoles pechos,
 si ya no sea que el afecto mismo
 discretamente suene a barbarismo 65
 cuando la adore de futuro Marte
 fecunda (si es que Febo no me engaña),
 Juno del grande Júpiter de España.

¿Me engaño, o del Olimpo bajar veo
 atropellando nubes de oro y nieve 70
 seis blancos brutos conduciendo ufanos
 en carro que del sol los rayos bebe
 la Paz y la Justicia, que al deseo
 feliz de nuestros Reyes soberanos
 se abrazan dulces y se dan las manos? 75
 Volando se adelanta
 la sincera Verdad, la Virtud san
 la Felicidad sigue prometiend
 quedarse con nosotros y entre tanto,
 la Traición, la Lisonja, el triste Llanto, 80
 los pálidos Cuidados y la Guerra,

3 Cueto, v. 62: *del nombre, es, por lo afable de sus hechos*

que hizo en sangre y furor arder la tierra,
al negro abismo de su luz huyendo,
precipitados las espaldas vuelven,
y como al sol las nieblas, se resuelven. 85

Ahora si que de Marte las violencias
cerrado el templo esconderá de Jano
y abierto el de Minerva; en sus altares
merecidos (y alguna vez en vano),
exaltadas serán. Artes y Ciencias. 90

Dando ya al viento velas por talarés,
Mercurio fiel frecuentará los mares;
ahora por otras lides
coronarán los pámpanos a Alcides;
y sin que el miedo, herido el parche, acuerde, 95

cantará mientras paze su ganado
el pastor a la sombra descuidado;
hecho aguijón el hierro de la espada,
contento el labrador verá dorada,
de sus espigas la esperanza verde, 100
y entre tanto en el yelmo enmohecido
castas palomas compondrán su nido.

Tanta, pues, en los días de Fernando
abundancia de paz y de justicia
nacerá a sus vasallos oportuna; 105

esta esperada paz será propicia,
hasta que del gran Padre suscitando
el ánimo, la espada y la fortuna
del solio haga caer la Media Luna,
cuando el león glorioso, 110

el águila y el gallo generoso
con fe se junten con afecto puro,
y sus armas católicas triunfantes
cubran el mar de bárbaros turbantes.

Tú, oh Rey, a quien el cielo guarda tanto, 115
de Cristo librarás el mármol santo;
a ti te espera de Sión el muro,
y el sagrado Jordán, que, expulso el moro,
la sed te templará en celada de oro.

óigame el cielo, oh gran monarca mío, 120
y en tanto que mi anuncio no me engaña,
en feliz hora ocupa con tu esposa
el trono real de la invencible España.

Reinad, que en el menor vasallo fio
que el corazón, cuando los ojos no osa, 125
os envíe con ansia generosa;

reinad, y tarde o nunca
de Atropos corte la cuchilla adunca
de vuestras vidas el dorado hilo,
porque gocéis con prole dilatada 130

larga paz, feliz cetro, invicta espada.
Dijo el undoso dios, y el grave acento
oyó el Ebro y volviólo a dar al viento,
hasta que lo escuchó el bárbaro Nilo,
que irritado arrojó contra las rocas
rabiosa espuma por sus siete bocas.

135

Canción, mucho presumes, si procuras
a los siglos hurtar cosas futuras;
dí sólo que en el inclito Fernando
la España logra un príncipe valiente,
religioso, magnánimo y prudente.

140

JUICIO LUNÁTICO DEL FISCAL DE LA ACADEMIA¹

Ya me admiraba, señores, que con tan poca fatiga como mérito se me hubiese concedido lugar entre tan ilustres individuos; pero habiendome traído el perniciosísimo oficio de fiscal, ya que no el mérito, la fatiga, estoy por creer que costec en parte aquel honor. ¡Tales angustias me han sofocado! ¿Yo fiscal? ¿Yo vejamen? ¿Yo hacer crítica de lo que no alcanzo y sólo envidio? ¿Yo buscarles el ridículo a personas, en cuyo respeto se versa toda mi veneración? No han reparado que en todas las academias no he dicho esta boca es mía, pudiendo ser de un podenco, y que si tuvieran los académicos por que temer, dirían con razón:

*"Este fiscal de palo sí que es nuestro;
este sí, que los otros no"*

No es afectada modestia; bien sabe Apolo, en cuya presencia estoy (pues ¿quién duda que asiste a este congreso?), que he sido topo para descubrir defectos ajenos y algo lince para reparar en los míos ¡Así los corrigiera!

"Pero, simple -me decía yo-, eso es tomar el caso seriamente. ¿Piensas que alguno te conciba capaz de corregirle la plana? Y aun cuando pudieras, ¿la habías de corregir? No tienes presente lo que tu sabio antecesor dijo: *que el amor propio es muy delicado?* Lo que se te pide es una mera zumba serdo por un instante) ¿como había de manejar burlas, que por

1. Manuscrito inédito y autógrafo hasta ahora. Hemos prescindido de las notas que Porcel introduce en este Vejamen, que remiten a clásicos de la antigüedad grecolatina y del Siglo de Oro español.

inocente e ingeniosa. Peor estamos: ¿zumba yo, que reviento de melancólico? Y cuando lograra ser un zángano (Dios lo haga inocentes que fuesen no se familiarizaran demasiado y desacreditaran en mí el respeto con que miro tales personas, no pudiendo tocar en éstas? Mucho menos en sus excelentes obras; porque cuánto más esfuerzo en este y aquel pasaje, mi crítica siempre halló en *el Dificil*, nuestro Presidente, un enfático Góngora; en *el Humilde*, nuestro Secretario, un sentencioso y erudito Salas; en *el Amusa*, un fecundísimo y ameno Balbuena; en *el Justo Desconfiado*, un culto y afectuoso Villamediana; en *el Sátiro Marsias*, un suelto y grave Coronel; en *el Zángano*, un gracioso Barrios, un Marcial castellano; en *el Peregrino*, un Ulloa, un divino Herrera; en la prosa del *Marítimo*, un elocuentísimo y florido Solís, y en mí, un pobre y despreciable Cherilo cuyos versos buenos apenas cumplirán el número de las puertas de Tebas o de las bocas del Nilo".

De este modo la otra noche, por buscar vejamen a los académicos, me lo estaba yo dando a mí tal y tan bueno que, con sustos de volverme loco, tomé para calmar mi atormentada imaginación el primer libro que me ofreció el estante. Fue este el Ariosto en su *Orlando*. Abrilo con la misma indeterminación por el canto treinta y cuatro y empecé a leer el viaje de Astolfo al Paraíso sobre su volante bestia, como también el que desde la sagrada montaña hizo en el fogoso carro en compañía de San Lucas Evangelista al orbe de la luna. Largo rato me divertí con aquel hermoso desvario, hasta que, fatigado, aunque no satisfecho desde su lección, la media noche ya avanzada, dejé el libro para tomar el lecho.

Nunca hubiera yo querido que la no muy corregida fantasía del Ariosto sosegase el tumulto que en la mía ocasionaron las enredosas especies del vejamen, porque habiendo añadido a éstas las del volador hipogrifo, los montes y mares de la luna, las redomas en que se guardan los inicios de los hombres y otras mil baratijas, estuvo ya dos dígitos de

eclipsárame la luz de la razón, y tanto que al tomar un polvo de la caja me ocurrió el pensamiento de si aquel tabaco tendría la virtud que en el de Descartes ingeniosamente finge el celebre Padre Daniel para hacer un viaje al orbe de la luna, porque si yo -decía- lograra verme en aquellos países donde el Ariosto pone los juicios de los hombres, especialmente que

é di Fatti ancor vi n'era molto

encontraría el que debía hacer de mis académicos.

Fatigados ya los espíritus de tanto desvariar, fácilmente los venció el sueño; pero un sueño tan sobre las especies que habían antecedido como el que voy a referir.

Parecióme que al despuntar del día me hallaba en una campaña deliciosa, cerca de amenísimos collados, bañada de un río, salpicada de fuentes y poblada de alquerías, que apenas se dejaban ver entre los árboles. Recostado sobre la margen de un arroyo, leía yo algunas de las obras académicas, fatigándome por fiscalizarlas, cuando, batiendo sobre mi reciamente el aire, sentí el estridor de algunas grandes alas; alcé los ojos y vi abatirse desde el monte al sitio en que yo estaba un hipogrifo trayendo sobre sí un hombre de extraña figura y traje. Llegó a tierra y, dejando a un tronco la alada bestia, se encaminó hacia mí un varón de entre cincuenta y sesenta años, barba entrecana y algo crecida, los ojos metidos pero vivos y penetrantes, y el traje talar forrado en finas pieles. Saludóme, y reparando que estaba embarazado con la admiración y el miedo, me dijo: "No temas, vuelve a cobrar tu sitio (asíome, entre tanto, de la mano y a un tiempo tomamos asiento); el Ariosto soy -prosiguió- con cuya lección te recreaste anoche, y aunque censuraste mi imaginación de desreglada, sabiendo que la tuya no es más justa, conocí no me criticabas por tu dictamen, ni por el de los demás españoles, cuyo numen se conforma mejor con el de los italianos que con

el de otras naciones. Digalo la *Jerusalén* de vuestro Lope con la de nuestro Tasso, y confírmelo el *Bernardo* de Balbuena, a quien no sin razón llamaréis el Ariosto castellano. Adverti, pues, que, preocupado de la doctrina de los franceses (enemigos jurados de toda literatura que no sea de su nación), me censurabas, y así vengo a desengañarte y a valerte también en el empeño de fiscal que te fatiga".

"Ilustre muerto -le interrumpí-, no me han tiranizado las modas francesas en vestir el alma de conocimientos lo que a otros suele en vestir el cuerpo de sus galas: pero no estoy tan mal con las musas que niegue haber trabajado ellos más que nosotros en las reglas del Arte aunque no sean tan felices en reducirlas a la práctica; y respondiendo a tu queja, no la tenía yo por tan justa, porque si Boileau te llama loco, pagano e idólatra, puedes moderar el dolor de esta calumnia con las traducciones célebres de tu *Jucundo* por Fontaine y por Bovillon; y mucho más lisonjearte con la honrosa memoria que de ti hace Bernardo Fontenelle en su *Sistema Magno o Pluralidad de Mundos*, pues, insertando la descripción que tú pones de las cosas de la luna como habitable -fantasía que tú defendieras como poeta-, él la defiende como filósofo, aunque por modo de entretenimiento.

Pero dejando estas cosas, pues dices que has venido para mi instrucción y ayuda, por Apolo te pido me saques del empeño en que me tiene esta fiscalía, que fiscados y confiscados vea yo todos mis bienes (si los puede tener un poeta pleiteante y pretendiente, lindo chilindrón de primera, segunda y tercera P. para la cuarta de Pobre) primero que me vuelva a ver fiscal ni aún de los autos de mis enemigos".

"El intento principal de mi venida (replicó el Ariosto) no es otro que el de favorecerte. Las quejas con que te saludé son medios de que uso para instruirte en la variedad con que los hombres juzgan, como contra mí y en mi favor acabas tú de

señalar las opiniones; y para que aún más te lo manifieste la experiencia, si tienes animo recoge y guarda todos esos papeles de tu fiscalía; subiremos en aquel hipogrifo, que es el mismo que llevó a Ariosto y que presto nos pondrá en el orbe de la luna, donde verás cosas grandes y saldrás de tus empeños".

"Animo tengo -le respondi-, porque si el peligro es el marearme por esas alturas, con más razón pudiéra haberme excusado diciendo: *no me meto en vejamen, que me mared*". Subimos finalmente mi guia y yo en el pájaro-caballo; él por el pico y yo por la cola. "Asete bien -me dijo- y no temas". A este tiempo el volante animal sacudiendo con esfuerzo las disformes alas, de un vuelo nos pasaba ya "por cima" de los montes mas altos. "¿Cómo es esto? -pregunté yo algo temeroso-" "¿No paramos en una cumbre de éstas?". "¿Para qué?" -me respondió- para entrar -proseguí- en el carro que llevó a Astolfo y al Evangelista". "No te fatigues por eso -me dijo el Ariosto-, aunque me alegro de tu ocurrencia, por hacerte ver lo ajustado de aquella caminata, que tantos censuraron de quimérica". Entre tanto se iba más y más remontando el hipogrifo. "Has de saber -prosiguió- que, padeciendo yo con la mayor parte de los sabios de mi siglo el error de que antes de llegar al orbe de la luna se encontraba la esfera del fuego, no hallando otro medio para que Astolfo y este animal, que aún no habia logrado la inmortalidad que goza, la pasasen sin lesión, apeté al milagroso San Juan Evangelista, mi devoto, y el santo mio oyó mi oración, porque

*Il vecchio se miracolosamente,
que mentre lo passar non era ardente.*

Pero ya que a la nueva luz que recibe la Fisica en tu siglo se tiene por indubitable no haber allí tal fuego, no hay para que imputarles a los santos milagros que no han pensado hacer: nuestro hipogrifo nos basta. Además que, aunque te ves y me ves corpóreo, es apariencia precisa a tu mortalidad, porque tu cuerpo se ha quedado en el otro mundo; tu espíritu sólo es el

que viene, merced a aquel polvo de tabaco que tomaste anoche con fe y con deseo de que tuviese la virtud del de Descartes. Pero si aún temes, pon tu corazón en Apolo y ve rezando y cantando algunas jaculatorias de las muchas que sabrás de sus grandes amigos los poetas; y si traes contigo alguna estampa de Virgilio, Horacio u otro gran numen, tanto mejor". "Y como que traigo -le respondi- una estampa del bendito Góngora me he puesto sobre el corazón, y me ha enfervorizado para prorrumpir en esta jaculatoria...

*Humana linquo: tollite praepetem
festina vatem tollite nubila
qua Solis - Lunae labores
caruleo venit aetra campo."*

"Bueno es eso -me interrumpió el Ariosto-; mira como acelera el trote nuestro Pegaso. Vaya otra, que poco nos queda". "¿Sí? Pues allá va -dije- este espolazo con el talón derecho

*¡Ay! que me llevan los airecitos madre;
¡Ay! que me llevan! no lo diga a nadie.*

Y este otro con el talón izquierdo ...

*Esta es la jerigonza del fraile
saltar y brincar, y andar por el aire".*

"No lo creerán, Señores, ¡ya se ve!; ni yo que lo pasé lo creo": con estos socorros nos fuimos tragando cielos como buñuelos, y en menos de seis o siete horas arribamos a ese gran luminar de la noche y tomamos luna (por no decir tierra) en el Promontorio de los Sueños, según me instruyó mi guía, a quien, mientras descendíamos al Mar de la Lluvias, no pude dejar de proponer una cosa que extrañaba. "Acabas de advertirme -le dije- que desde la tierra aquí habremos consumido seis o siete horas. Dejamos el mundo al salir el sol; corresponde, si no me engaño, que ahora esté en el cenit. Pues, ¿cómo es que aquí sea aún más de la media noche y veamos la luna tan clara y tan hermosa, y aún mayor que lo que desde la tierra la

registramos?" "Cuán poco instruidos hablas -me replicó- ¿Cómo has de ver la luna sobre ti estando tú dentro de su orbe? Lo que te parece luna es la tierra que dejaste". "¿Cómo la tierra? -repuse yo- ¿Te burlas?" "Si haces -me replicó- el papel de la Marquesa en los *Ocios* de Fontenelle, yo no puedo llenar el de este entretenido y docto académico, porque ahora no es del caso; a él puedes ocurrir, y, entretanto, baste que sepas que lo que es la luna para la tierra -guardada la proporción que hay que guardar- es la tierra para la luna; y así cuando el sol da en ella de lleno, esto es, cuando aquí son, supongamos, las doce del día, en la tierra es de noche y logran los mortales la luna llena, cuya hermosa claridad sustituye el día. Al contrario, cuando para la tierra está el sol en su cenit, para este orbe es la noche más clara con *tierra llena*". Reíame yo interiormente, pero por no mostrarme indócil. "Lo cierto es -dije- que *hace una tierra como en mitad del día*". "Poca es la diferencia -respondió-; sin embargo, ya son aquí las dos o más de la noche; dentro de dos horas y media será de día. Poco dista de aquí nuestra Península, que llaman de las *Fantasías*, provincia que poseen y habitan los poetas. Montemos segunda vez, que es preciso anticipar una diligencia conducente a tu venida, y el tiempo que nos quedare libre te instruiré en estos países". Volvimos a encomendarnos a los lomos de nuestro semi-caballo y fuimos atravesando y dejando a una parte y otra, mares, ríos, valles, montañas y ciudades, que era una admiración. "A aquella parte -me decía el Ariosto- está la *Isla de los Vientos*; esta que dejamos aquí es la *Tierra de las Nieblas*, que es la parte oriental del *Mar de las Lluvias*; aquella que le es occidental es la del *Granizo*; la ciudad que se descubre en aquel llano es el *Jenófanes*, que se edificó en su memoria; porque este filósofo en la Antigüedad fue de los primeros, que afirmó que la luna constaba, como nuestro orbe, de tierras, mares y ciudades habitadas. Aquí tienen su reino los filósofos. Desde lo alto de aquella montaña se descubre el *Nar del Néctar*". Estos y otros parajes me iba señalando mi conductor, mientras que tragábamos leguas y lagos; yo le

escuchaba fuera de mí, sin saber si estaba en este mundo o en otro.

Ya venía el alba cuando llegamos a nuestra *Península de las Fantasías*. Descendimos a un valle tan delicioso como no lo pintaría el pincel de Valerio Flacco. Diósele libertad a Hipogrifo, y apenas habíamos empezado a pasear aquellos silvestres jardines cuando vimos atravesar el viento un genio poético. Dióle el Ariosto una voz, que, oída por él, abatió el vuelo y se presentó con un profundo acatamiento. Preguntóle mi guía dónde iba tan acelerado. "A buscar -respondió- a Eugenio Gerardo Lobo, ese nuevo habitador de nuestro orbe, para avisarle, de parte de la Academia mi Señora, asista a la crítica que se hace hoy del *Adonis*, un poema en églogas venatorias, que, entre las noticias literarias poéticas que él trajo del otro mundo, presentó, como amigo que era del autor, para que se juzgase". Oportunamente hemos venido -le interrumpió el Ariosto-; este *Aventurero* que ves conmigo y que yo he acompañado desde el otro orbe es el autor de ese poema, y aunque no viene con el cuidado de su obra, lo trae el de otras cuya censura desea: tómalas -dicho esto me hizo entregarle todos los papeles- y, dándole también noticia de esto a Lobo, le dirás que, aunque yo soy de la Academia de Italia, por el afecto que profeso a la Española, he querido hacerle este obsequio; que, pues el interesado es su amigo, vaya al instante y entregando a los Señores Académicos esos poemas para que se vean en la junta de esta mañana, le suplique que en la de la tarde se den todas las censuras; que nosotros llegaremos allá -si Apolo es servido- a hora competente". "Gustoso y pronto te obedezco" -dijo el Garzón Volante-, y volviendo a cortar el aire, en breve tiempo lo perdimos de vista.

Volvióse a mí el Ariosto y, conociendo mi confusión y deseo de que me informara de todas aquellas cosas, "prosigamos -dijo- nuestro paseo, y mientras te divierte la vista tan

hermoso país cuidaré yo de divertir tu oído". "Ya te dije que en esta Península habitaban todos los poetas que ha habido célebres en el otro mundo. Estos, según sus naciones, están divididos, constituyendo en diverso paraje de la Península cada nación su Academia. El dominio en que ahora estamos es de la Española. Aquellos jardines que se descubren a lo lejos son de la Italiana. Estos otros montes cubiertos de nieve que se divisan a la parte septentrional son de la Francesa. Es país muy helado; por él se hubo de decir el proverbio *Gállico Gelu frigidus*. Así vemos que, aunque sus poemas lleven todo el rigor del arte, suele faltarles un no sé qué, si ya no es el calor poético, que por querer templarlo demasiado dejan los versos lánguidos y los pensamientos fríos, semejantes a las mismas hermosuras francesas del otro sexo, que, sin tener facción que no esté bien puesta, rara vez no les falta aquella vivacidad y aire de espíritu de las españolas". "¡Oh, cómo viera yo -le interrumpí- todos esos dominios poéticos! ¡Que de cosas grandes habrá que llenen la curiosidad más ambiciosa y que instruyan mi ignorancia!" "No será este -prosiguió- el último viaje; ahora vamos a lo que es más del asunto".

"En cada una de estas Academias se juntan en señalados días los individuos bajo el mando de los jefes, que de tiempo en tiempo se mudan. Ahora es presidente de la Española *Garcilaso*, y secretario *Lope de Vega*. Fiscal lo son todos recíprocamente. Se leen, se conferencian y critican varias piezas poéticas, así de las que los mismos académicos cuando fueron mortales publicaron como las que salen en tu mundo, cuya noticia nos traen los que van viniendo, y como nunca cesan de venir, siempre logramos acá una relación exacta de todos los progresos y aún atrasos que va teniendo la poética en el otro orbe, y lo mismo de toda Literatura. Por esto la Academia Española tiene ya largos informes de la del *Buen Gusto*, de que eres fiscal, y del excelentísimo y bello numen que la asiste, como de todos sus ilustres individuos; porque habiendo venido poco ha *Gerardo Lobo*, las noticias que tuvo de

ti por cartas las participé a la Academia, como también tu Adonis, que justamente hoy sufrirá la censura; y no solamente se ven las obras nacionales; también se comunican todas las Academias. En una palabra: tiene hoy aquí la Literatura el mismo estado que en vuestro mundo, girando todas las Academias y con la misma variedad de opiniones; porque, como verás después, unos impugnan lo que otros defienden. A estas horas ya tendrás en favor y en contra de las obras que has presentado no pocos ni despreciables votos".

En estas y otras cosas me iba instruyendo el Ariosto, mientras por aquel delicioso camino encontrábamos las amenas posesiones de nuestros más célebres poetas: unas veíamos al paso, otras omitíamos; finalmente sería más no accesorio que lo principal si me detuviese en referirlas, y así nada diré de la habitación de Juan de Mena, que era un *Laberinto de Trescientas* calles, fábrica antigua pero fuerte y majestuosa. Dejaré

Cerca de un río en soledad amena

la de Garcilaso, que era una quinta sobre un extendido valle con algunas cabañas de pastores, que al margen de las fuentes cantaban dulces al rústico instrumento, mientras pacía el ganado

El Amor y el Desdén de sus Pastoras.

Omitiré finalmente otras muchas para el segundo viaje que me prometió mi guía -aunque no me fió de su palabra-, pero no olvidaré la que sólo vi con algún ciudadano, y que describiré, aunque muy de paso, con los sitios de más consideración.

A la falda de un monte se dilataba una espesísima y enmarañada selva. Cercábala un alto muro, indicios de lo reservado y sagrado del sitio. Llegamos a una magnífica puerta, cuyo alcaide, que era D. Jose Pellicer, nos aguardaba a la entrada y, recibiéndonos benignamente, "entra -dijo al Ariosto-, y ese Aventurero que traes, pues la noticia de su

llegada me ha obligado a no haber ido a estas horas a la Academia -aunque ire con vosotros-, por detenerme a franquearle esta *Soledad* en atención a lo mucho que venera el alto numen que la habita, porque a otro alguno no se concede su sagrado coto".

Agradecíle el obsequio, e infiriendo que el Pindaro andaluz, *D. Luis de Góngora*, era el dueño de aquellas selvas, le dije: "¿Cómo siendo tú aragonés eran tan amante de esta *Soledades*, que aún las defiendes y demuestras?". "¿Pues qué? ¿Los ingenios aragoneses -me explicó- son tan poco amados de Jupiter, tan poco atendidos de Apolo y sus musas, que no han de apreciar y conocer lo que es tan digno?" "No quiero yo decir tal -le respondí-; yo he venerado siempre los grandes ingenios que produce tu país. Hoy en mi mundo conozco compatriotas tuyos a todas luces grandes, e ingenios de primer orden; pero te hice la pregunta porque he oído a algunos decir que *Góngora sólo entre andaluces e ignorantes era aplaudido*".

"No os detengáis -interrumpió el Ariosto-, que es tarde y se empezará la Academia". "Bien aconsejas -siguió Pellicer-; vamos por ésta

De chopos calle, y de álamos carrera

no más que hasta la fuente del *Polifemo*". Seguimosle y, ante todo, nos mostroó, colaterales a la entrada de la amenísima arboleda, dos padrones de limpio mármol en quienes se ofrecían grabadas con letras de oro dos inscripciones. En el de la derecha la castellana siguiente:

*Pasos de un Peregrino son errantes
cuantos me dictó versos dulce musa
en soledad confusa.*

y en el de la izquierda, previniendo al pasajero la veneración al sagrado sitio, la latina

O Peregrine, cave, nec Divum Góngora tenta,

sed longe sequere etc, vestigia semper adora.

Seguimos, pues, la verde carrera y, dejando a una parte y otra mucha maleza, pero culta y amenísima, llegamos a un llano cuyo mayor espacio ocupaba un estanque. En él, como si fuera en medio del mar, se descubría de blanco jaspe Galatea llorando su difunto Acis, que en su regozo se mostraba empezando a convertirse en fuente, arrojando por la boca y por la herida purísimos cristales. La una frente del simulado mar ocupaba, en medio de dos grandes riscos, que semejaban las dos cimas del Parnaso, el jayán Polifemo en acción de arrancar una y otra mole para arrojarlas sobre los dos miseros amantes; la otra frente ostentaba una bien labrada estatua de D. Luis de Góngora, en cuya base se leían los siguientes hexámetros:

*Ille, homines, inter, reliquos Polyphemus ut essert;
Góngora sic, vates, inter, caput extulit, omnes.*

"¡Extraño elogio!", dije yo entonces. "He querido que la veas - replicó Pellicer- para que, sabiendo que una academia de Valencia -que es de la corona de Aragón- es la que ha erigido este trofeo, no tengas ya a los aragoneses por de tan mal gusto y demuestres que no solamente estiman a Góngora los andaluces, sino todos los que no se debieron contar entre los *ignorantes*; al contrario, el que aprecia a Góngora, como otro dijo de los amantes de Cicerón, tiene ya mérito para que lo atiendan las musas". "Y cómo que demostrará -dije- ¿Pero qué música es la que dulcísimamente suena de entre aquellos sauces?". "A la vuelta te informarás -ocurrió el Ariosto-, que ya va dejando el sol al cenit.

Con no poco sentimiento de no ver lo demás que encerraba el sagrado sitio, salí con mis conductores por otra puerta. Apenas doblamos la punta de un collado, cuando descubrimos un Babel de edificios tan magníficos que lo hubiera creído **Madrid** si, preguntado, no me asegurara el Ariosto que era **Apolonia**, capital del reino de los Poetas y edificada en

honor de Apolo. Antes de llegar a sus murallas, encontramos un prado vestido de arboledas y adornado a trechos de varias máquinas de mármol, que eran otras tantas fuentes. No lejos de este ameno sitio, se erigía un palacio. Guiáronme a él Pellicer y el Ariosto, decíendome que era la casa de la Academia. Entramos, y en sus primeros patios se espaciaba no poco vulgo altercando sobre varios asuntos propios de su grosero capricho.

"¿Quiénes son éstos? -pregunté-. "Son -respondió Pellicer- los versificadores y compositores de romances que dan tarea a los ciegos y gastan sus guitarras. Aquí andan también los que hacen villancicos (no como los han hecho los grandes poetas, que son los que debían manejar las divinas alabanzas), los que aderezan convocatorias de sermones, los que dicen de repente, los que echan su décima a la ninfa que cantó, a la que tropezó y otras fruslerías de este jaez. Gentes de que hay enjambres en los pueblos, que aprecia el vulgo, y que cuando vienen acá nos sirven de lacayos; por eso están aquí aguardando a sus Señores. Pero oigamos al paso qué disputa es esta sobre la que traen tanto alboroto".

Llegamos, y todo el ruido lo ocasionaba no se qué **enigma**, que en unas décimas iba de mano en mano. Uno decía que era el **asador**, por aquello de **largo, largo, y con un cencerrito al cabo**. Otro contradecía, afirmando que era el **rabó de zorra**, porque los sacristanes y mozas de cámara traían para sacudir el polvo unas cañas largas y en la punta el dicho quitapolvo. En fin, cada uno decía su disparate y lo exponía en una retahíla de coplas y prosa. ¡Chabacanos ocios! No porque los enigmas no sean una materia, y digna de la Poéticas, sino porque lo grosero e indecente de aquella sólo merecía la atención de aquel vulgo. Dejámoslo en sus altercaciones y entramos a unos jardines, que en lo espaciosos, en fuentes de varios artificios, en cenadores, en estatuas, en cuadros de exquisitas labores en árboles de todas especies, en el vario vulgo y música de las aves y, en fin, en cuantas maravillas podían acreditar la mano de la Naturaleza y el Arte, excedían en mucho a los celebrados de Alcino, por más que para figurarlos fatigasen la grande imaginación de Homero.

En el medio, sirviendo de mayor fuente, de que se llenaba un espacioso estanque, se levantaba hermosa máquina de riscos que semejaban el Monte Parnaso; en la cumbre el caballo aligeró en acción de precipitar el vuelo; por los costados del monte, a distintos y ordenados trechos, se ostentaban gallardas estatuas, ya de entero, ya de medio cuerpo, de los más famosos poetas españoles. Para decirlo en breve: era un **Parnaso Español**, como el que el célebre M. Tilon du Tillet ha erigido en nuestros días para inmortal memoria de los poetas de su nación; solo había esta diferencia: que en lugar del Apolo que figuraba al Rey Luis en el Parnaso Francés, en el nuestro era una gallarda Palas como numen tutelar de las ciencias, representada en nuestra Excelentísima Presidenta, cuyo hermoso bulto sustentaban risueñas las tres Gracias y miraban envanecidas las Musas. Pedí la medalla que correspondía y después de contemplar lo dulce y majestuoso del parecido

semblante, vi la empresa del reverso, que era de este modo: veíase el río Meandro, cuyo retorcido curso bañaba unos amenos campos; poblaban sus riberas blancos cisnes en acción de captar el aura que les inspiraba por entre rosadas y doradas nubes, y por orla esta letra: **Nissi Flaverit**, fundándose en la sabida erudición de que los cisnes del Meandro no cantan si el Favonio o el Aura no los recrea.

Embelesado estaba yo en la hermosa máquina cuando me llamó el ruido de que ya entraban en la Academia sus ilustres individuos. Lleváronme a una magnífica portada, de allí a un atrio, donde apartado con mi guía me iba instruyendo en los que entraban. Eran éstos todos los poetas más célebres españoles, latinos y del propio idioma, antiguos y modernos. Seguíanse los de un siglo a otro, coronados de laurel, y de varios trajes y rostros, de los que conocí algunos, aún sin que se me advirtiese por los retratos. Últimamente entró Gerardo Lobo que, habiéndome descubierto y conocido, se llegó donde yo estaba, y nos saludamos afectuosos.

"Quejoso estarás -me dijo- de que, habiéndome dejado un ejemplar de tu obra para que trabajase en su crítica, me haya venido a este mundo sin cumplir tus deseos. Aunque entre mis papeles se encontrará parte de mi trabajo, pues por mis achaques, que eran avisos de venir a este orbe, por decirme en tus cartas que aguardabas la censura de un ilustre académico (cuyo nombre es dignamente aplaudido hoy en el reino literario), con esta expectación suspendí la pluma. No se ha perdido todo; ya he dado parte a la Academia, a quien entregué tus églogas, cuyo juicio oirás con el de las obras de tus Académicos, que ya se han visto en la junta de esta mañana, merced a la diligencia del Señor Ariosto, cuyos oficios por nación que no es suya le estimará como debe la española". Despidióse con esto, y el Ariosto y yo le seguimos, porque Pellicer ya se había entrado con los de su siglo. Apenas tocamos los umbrales de la sala donde se celebraba la Academia

cuando su portero, que era Rengifo, nos recibió obsequioso y nos introdujo prevenido con orden del Presidente.

Quedé absorto al ver lo regio y espacioso de la magnífica galería, cuyas doradas rejas daban vista a los jardines. Sus grandes paredes vestían primorosas pinturas, unas mitológicas y otras simbólicas, que explicaban todos los géneros de la Poética. A trechos, las estatuas de las Musas con sus respectivas insignias, y en el testero, Apolo coronado de rayos y pulsando la dorada lira. Desde esta pieza se registraba gran parte de otra no menos regia, que servía de Biblioteca, la cual constaba, según se me instruyó, de todas las obras poéticas de los españoles, añadiéndome que era mucho más y mejor lo manuscrito e inédito que lo que había fatigado las prensas; que de este malentendido recato pendía en gran parte el descrédito de la nación para con las extranjeras, no sólo en ésta, sino en las demás partes de la Literatura. Porque se vieran los tesoros que, sin ser avaros, guardan unos por ignorantes y otros por indiscreta desconfianza, tal vez nos restituyeran mucha parte de lo que con el crédito nos usurpan. ¡Pero ésta es fatalidad lamentada siempre y evitada nunca de la España!

Ocupaban ya sus sillas el Presidente Garcilaso y el Secretario Lope y todos los demás, que, con ser tantos, como eran espíritus, aunque yo los percibía corpóreos parece que no ocupaban lugar.

Hicimos venia a la Soberana Junta, y el Presidente, con político comedimiento, convidó al Ariosto con el asiento inmediato al Secretario, honor que rehusó con el motivo de asistirme e instruirme. Tomamos lugar entre los aficionados a espaldas de los Académicos y empezó la Academia como voy a decir.

Después de una breve oración del Presidente, preludio que expuso los motivos de aquella junta, el fin a que se celebraba y el orden que se había de guardar según se repartieron anteriormente las tareas, habló el primero Bartolomé Leonardo de Argensola, y dijo así:

"Del *Adonis*, poema en *églogas venatorias*, cuyo autor se llama aquí *El Caballero de los Jabalíes*, conocido por este nombre en su *Academia del Tripode* de Granada, y por el de *Aventurero* en la del *Buen Gusto* de Madrid, se me ha cometido la crítica. Confieso que me lastimó sólo el título de *églogas venatorias*, porque hasta ahora no se ha dado este género de drama, ni se puede dar, pues, como él mismo confiesa en su prólogo con la autoridad de *Ju. Scaligero*, es incompatible la fatiga de un cazador con el sosiego para el canto; pero, llevado quizás de la ambición de señalarse con la novedad, atropelló por la misma razón, que concebía y cargó la culpa a su Academia, que así se lo mandaba. Sin embargo, como las *piscatorias* no son menos extrañas que las *venatorias*, y hubo un *Sannazaro* que emprendiese aquéllas (aunque se disputa si con felicidad), concebí la esperanza de que nuestro *Aventurero* imitase, a lo menos, en lo problemático del acierto como en el arrojó al *Sannazaro*. ¡Nada menos! Dignamente se intituló *El Caballero de los Jabalíes* como *Don Quijote el de los Leones*, para ser él *D. Quijote* de los poetas, pues en él hallamos el juicio desconcertado y la imaginación viciada que en aquel manchego puso el Sr. Cervantes.

La obra es una quisicosa, un monstruo, un Proteo poético, que por cada aspecto tiene su figura, sin combinación y sin tino. Si la consideramos como *égloga* nos destruye este dictamen la hinchazón del estilo, las continuas metáforas y las transposiciones insufribles. Es de admirar con la satisfacción que principia en las cuatro *églogas* la narración del *Adonis* en boca de *Anaxarte*. Siendo doctrina sentada que todo poema ha de tener un principio sencillo que se vaya elevando

progresivamente (y aún esta elevación progresiva de ningún modo se permite en la égloga, a menos que no se introduzca sujeto competente como el Sileno de Virgilio), empieza la primera con una descripción de Chipre muy pomposa y altisonante, para decir después que allí vivía Adonis y se entretenía en la caza. A la segunda da principio con otra descripción de las selvas mucho más prolija y redundante. A la tercera con la pintura del río Lico y sus riberas, tan impertinente como las demás. A la cuarta, finalmente, con la de la noche, que empieza, aunque afectada, más regular, pero después, queriendo imitar la célebre del gran poeta, se hace vulgar y fastidioso.

Si se mira el poema como venatorio no se va más que el nombre. Toda la cacería se reduce a las ninfas sentadas junto a las redes, aguardando allí las fieras, pero las de Chipre sin duda eran tan recogidas, y los sabuesos tan amigos del descanso, que se vuelven las redes sanas, los perros satisfechos de dormir, las fieras en pacífica posesión de sus bosques, y solamente las cazadoras fatigadas más que del cuerpo de la cabeza por haberse estado toda una tarde hablando de la historia de Adonis. Yo creo que con más justicia pudo el Guarini haber llamado poema venatorio a su pastor Fido por aquel Silvio, que apenas sale de las selvas, ni piensa en otra cosa que en su Melampo.

Da a entender en el prólogo nuestro Aventurero que su obra, separadas las introducciones de las ninfas, esto es sin el drama, es un poema trágico ¡Este es mayor monstruo! ¿Cuántas cosas quiere que sea este parto, que no lo acabamos de fijar en especie alguna del mundo poético? Pero sea poema trágico ¿Y qué poema? Como las pinturas antiguas, sin movimiento. Es preciso para que logre alguno, juntarlo con el drama de las ninfas, y entonces resulta o que el Adonis entra por episodio, y episodio seis veces mayor que el argumento, o que sean cuatro acciones. ¿Qué le parece a la Academia? Aun

hay más. ¿Qué instrucción resulta de todo este farrago? Que no hay amor en las selvas con ventura. Digna verdad y utilísima para dejar el vicio como se estaba, pero hermoso título para una comedia de las muchas que hoy nos refieren ocupan lastimosamente los teatros..."

Aquí llegaba el Señor Argensola, cuando yo, atónito de lo que me estaba sucediendo y temeroso de llevar las bofetadas que Cherilo, o de que me arrojasen de la sala con ignominia, me quería salir, pero el Ariosto, riéndose de mis sustos, "sosiégate -me dijo- y escucha, que ya tendrás que agradecerme". Proseguía mi rígido Fiscal cuando el presidente, notando que se dilataba o que censuraba poco benigno, le interrumpió diciendo: Basta, basta, que hay otras muchas obras que ver; diga ahora el que quisiere defender al impugnado." Levantóse en esto Gerardo Lobo y dijo: "Yo hiciera por defenderlo, pero como quiera que está presente y que, aunque por ser mortal no se le permite que hable aquí, no se le niega que escuche, no me atrevo al riesgo de no llenar su expectación." Pues suspéndase -dijo Garcilaso- el decidir del mérito de esta obra y diga el que se sigue. Hizo venia D. Francisco de Quevedo y dijo: "Confieso que la primera lección de esta prosa, cuyo autor se llama **El Maritimo** y cuyo asunto es ponderar la dificultad con que se forma un poeta, inclino mi dictamen más a su aplauso que a su censura; pero reflexionada con segunda lección reprehendi mi facilidad, hallando que ésta era una de aquellas composiciones que con un vano esplendor deslumbran para ocultar el poco fondo de luz que contienen. No inculco ahora, porque no es del caso, si es cierto lo que pondera, aunque no está muy clara su conclusión. Yo soy del dictamen de Horacio y los demás sabios que con él defienden ser la Naturaleza y el Arte tan amigas que reciprocamente se perfeccionan, se ayudan y facilitan, y supuesto lo primero, no creo tan difícil como pondera **El Maritimo** lo segundo.

Omitiendo, pues, esta discusión, me detendré sólo en el estilo. Este es no muy castellano; la mayor parte abunda de galicismos y, lo que es más reprehensible, de batología, pues el pensamiento de un párrafo suele estar en otros repetido, y alguna vez con las mismas voces; así está redundantisima, y a cada periodo de cinco o seis líneas repite ocho veces el **tan**, de modo que, más sacristán que orador, parece que toca a nubló. El párrafo undécimo es una continuada paradoja o enredo de imaginación. En fin, para hablar con su estilo dire que da golpes de luz pero no alumbrá, mete ruido y no altera, dice mucho y no persuade, se apresura y no adelanta un paso..." "Ni tenéis que adelantar los vuestros -dijo el Presidente-. Defienda el que hubiere hecho mejor juicio". Calló entonces Quevedo y dijo D. Antonio Solís:

"Si con la vara censoria que acabamos de ver se hubieran de medir las oraciones de Cicerón, ya no tuviera el principado de la oratoria, que con justa soberanía posee. Tan contrario es mi dictamen al que se ha expuesto, que estoy por empeñarme en celebrar como virtudes cuantos el Sr. Quevedo reprehende de vicios; pero no cabe en la angustia del tiempo. El asunto de la oración concluye tan bien probado que aún se puede dudar si peca por que prueba mucho. Quisiera preguntarle al impugnante si todo el rigor de su estoicismo oratorio (permitáseme explicarlo así) ha negado que los idiomas se deben enriquecer unos a otros. A las obras de Virgilio y Horacio ¿qué les queda si se les quita los helenismos? En esta edad ya se desprecian por herejes puritanos los mantenedores del anticuado idioma. Nuevos modos de pensar traen por consiguiente nuevas maneras de explicarse, fuera de que yo no advierto tanto galicismo como se supone. Lo mismo digo de la batología. La que se censuró por tal celebros yo por una amplificación muy bien puesta, por una sinonimia o interpretación tan lícita en los oradores. Díganme si censuraran como batología este pasaje de Cicerón: *Finalmente a Catilina concibiendo ya el furor de su audacia, impaciente por*

ejecutar la maldad meditando pernicioso la peste de la Patria, lo arrojamos o lo soltamos de la ciudad, o saliendo él de la ciudad le ayudamos a salir; se fue, se ausentó, se huyó, salió.

Las vastas obras de Ovidio, si concedemos al Señor Séneca la batología que les imputa, se quedarían en la tercera parte.

Si la repetición del **tan** es en nuestro Maritimo tocar como sacristán a nubló, en Cicerón por la del **quis** y el **qui** tendremos un gallo con su **quiquiriqui**. ¿Quién ignora la **anáfora** o repetición de una misma voz? En la misma oración ya citada en menos de cuatro líneas tenemos once veces repetido el **quis**, y en la después de su vuelta al senado, otras tantas el **qui**.

La continuada paradoja o enredo de imaginación que se desecha en el párrafo undécimo, la llamaremos, con el mismo Tulio, continuada maravilla; porque qué más bella idea pudo dar de las cualidades que se deben juntar en el estilo poético, que decir que fuese **magnífico sin turgencia, altisonante sin estrépito, sublime sin afectación, etc.** De este modo definió la Oratoria el que mejor la supo: *"La Oración -dice- ni debe ser numerosa como el verso, ni sin número como la desaliñada prosa del vulgo: lo primero fuera demasiada sujeción y conocidamente buscada de industria; lo segundo viciosa laxitud vulgar y soez.* Parece imposible o quimérico que un poeta, un orador observe unas virtudes sin frisar con los vicios que le son tan inmediatos. Parezca en buena hora (dirá El Maritimo con Tulio) *yo digo como deseo al poeta, no como veo que es.*

La redundancia que se le acusa es una elocuencia asiática floridísima y exornada, vicio que no se debe considerar como tal en un joven que aún cumple ya la mayor parte de la madurez que promete". "Estamos satisfechos" -dijo

Garcilaso- y mientras el Secretario Lope apuntaba lo que después supe, empezó a decir Anastasio Pantaleón:

"Una canción que a su autor **El Peregrino** dio entrada a su Academia es de tan delicado artificio que como hebras sutilísimas se deshace entre los dedos. Tanto le apretó la lima, que de la mina sólida, que pudiera ser de oro finísimo, ha quedado en una hoja que la arrebatara el viento. Está oliendo a la Minerva como las oraciones de Demóstenes. Defecto es éste general de los nimiamente religiosos en el arte. Bien dijo no sé quién que era tan mala la demasiada sujeción como la absoluta libertad. Sin embargo de cuidado tan prolijo, algún descuido es notable.

En la estancia nona introduce a Apolo quejándose de su poeta con estas voces:

*Ni devoto me pides que te mire
y mi fuego te inspire.*

En pena de este olvido prosigue el Dios inmediatamente en la siguiente:

*Ya no más Febo amigo,
a tu ruego importuno etc.*

Está visible la contradicción, porque si acaba de quejarse de que no le pide ni le invoca, ¿cómo ha de ser su ruego importuno?

En la estancia tercera se explica el mismo Apolo en estos términos:

*Solo un medio te advierte
mi lengua compasiva...*

Esta es una expresión vulgarísima y no correspondiente en boca de un Dios, y en una canción lírica donde ha pecado de nimia la prolijidad del autor. Aún cuando fuera justa debería desecharla por el uso que suelen hacer de ella los compositores de corridos; raro es de éstos el que no dice...

*Mientras mi lengua declara
desatad mi torpe labio
y dadle voz a mi lengua
mientras la tercera parte
canto de Francisco Estevan. etc.*

Finalmente el encadenamiento se desea tanto de estancia a estancia y de oración a oración, que se necesita de lector hábil que la supla. No sé si este Peregrino ama el estilo de Séneca, al que llamó Calígula *Arena sin cal*". Mandó callar a Pantaleón el Presidente y se opuso D. Luis de Ulloa de este modo:

"Cuando en la mayor parte de un poema brillan los primores, dijo un gran Maestro del Arte, se hace afectado el escrúpulo que se detiene en simiedades; pero en la canción que se acaba de impugnar aún no se necesita de este acuerdo. Toda ella corre brillante, pura, enérgica, ajustada, sin que le sobre, le falte o esté mal puesta una voz. Es cierto que está delicada, pero una delicadez tan fina y primorosa que la explicara yo con la alegoría de una lira de limpio marfil y cuerdas de oro, digna sólo de la mano del Padre de las Musas.

Es muy propio del libertinaje acusar en otros la justa sumisión a las leyes. Las de la Poética observa este Peregrino con tal naturalidad que no parece se hicieron para él, sino que él las hizo. Párecenme en lo fluido y fácil sus versos a los de Ovidio, de quienes con razón sintió Heinsio que, leídos, se le figura al más y menos hábil que los hará también y se le caerán de la pluma, pero cuando prueba a hacerlos conoce que

necesita siglos. Este es el primor del Arte, que aplicado se confunde con la Naturaleza y separado parece que no hay fuerzas en aquella para aplicarlo; pero voy a vindicar los reparos que aún no merecían la pena de detenernos.

No está tan visible la antilogía. Aquella es una proposición de las que llama el lógico *exponibles*, y que el más rudo entenderá que Apolo quiso decir a su poeta *en pena de que en tanto tiempo no me has invocado, después, cuando me invoques, ahora mismo que me ruegues, no serás oído.*

La expresión que desecha por vulgar no es tanto como la del Sr. Góngora (con razón estimado del impugnante) en uno de sus poemas más limados. ¿Qué expresión más vulgar ni que más vague en boca de toda especie de gentes que la de *gastar la pólvora en salvas*? Pues el Sr. Pindaro andaluz la adopta, y muy bien, en sus *Soledades* cuando dice:

*Ni la que en salvas gasta impertinentes
la pólvora del tiempo más preciso.etc.*

Tampoco en el célebre himno a San Juan Bautista estará bien dicho *solve polluti labiireatus* porque el corrido de Francisco Estevan diga *desatad mi torpe labio*. Si por ser cultos no hemos de hablar como las gentes, mejor es que el poeta no viva entre ellas sino en las nubes o los espacios imaginarios a donde los echa Horacio.

La ambición de criticar cierra los ojos a la luz para palpar tinieblas. El encadenamiento que no halla el Sr. Pantaleón, pero que encontrará el menos hábil, es uno de los primores delicados de este poema, que aparece todo unido y entretejido, pero esconde diestramente los hilos sobre que se tejió tan preciosa tela. Si el impugnante quería se mostraran los nudos bien gruesos o la *arena con la cal*, cualquier paño burdo o un paredón de cal y canto llenarán sus deseos", "¡Ea!

no más" -atajó Garcilaso. Obedeció Ulloa, y a la seña que se le hizo dijo así Jacinto Polo de Medina: "El autor de este romance, que se llama **El Zángano**, concluyó con razón que experimentaría la risa y el ceño de sus lectores. Es tan cierto como que no sabré yo decir si he extrañado o reído más una retahíla de coplas por tan no esperados caminos, y de tan raras combinaciones que ni se han visto ni verán, aunque la fantasía vuele por todo lo imaginable. Una copla llama la atención a una parte y luego la lleva diez mil leguas, unas veces a una jocosidad viva pero incongruente, otras a una friolera, que el mismo frustrarse la expectación causa risa. Otras dos o tres coplas seguidas parece que se ponen los anteojos y se revisten del juicio y moralidad que corresponde al carácter y canas de su autor; pero de repente sueltan los anteojos, se afeitan las canas, echan a brincar y no hay sátiros saltantes y lascivientes que no imite este Alfesibeo. Con esta palabrita, que él tomará entre manos, dijera de mí que era un censor *Alfa*, que no pasaba de la primera letra del JHS; que era un fiscal *Alfafa*, un *Alfaquí*, un *Alfeñique* y que si *veo* y que si no *veo* los primores de su obra.

Yo confieso a la Academia que no he podido ordenar mi crítica siquiera de primera tonsura (éste es su estilo) sobre esta o la otra copla, porque cuando las miro por una parte se me vuelven de otra con distinto color y figura. Veré si una comparación me ayuda a explicar el juicio que he hecho.

¿No han visto unas colchas que suelen hacer los aprendices de sastre de los retazos de paño que han podido recoger las visperas de Pascuas? Allí se ven un pedazo encarnado junto a un azul, éste junto al negro, el amarillo con lo blanco, y así confusamente combinados, añadiendo que el de un color suele ser paño de seda muy rico, el que se sigue de su monte, el otro burdo, este de Guadalajara, en fin mezclados indistintamente los de alto, bajo y mediano precio. Aún no lo concibo. Finjase que se nos mostrara una banasta de frutas,

donde saliera la pera muy buena pero enherta en un pepino; un melón, pero que el tallo saliera del troncho de una col; una granada muy hermosa por la corteza, pero que, partiéndola, fuera la mitad berenjena y la otra tomate. Omito otras monstruosidades. Contrayendo, pues, las comparaciones, digo que lo mismo parecen las coplas de este romance, que es a manera de pierna de nuez y es mano de mortero". Cesó Jacinto Polo y el capitán D. Miguel de Barrios dijo así: "Queriendo coartar Horacio la libertad de los poetas, y aun los pintores, mandó se tuviese por ridiculo al que con el pincel o la pluma pusiese a la cabeza de un hombre un cuello de caballo, y tomase lo restante de los miembros de diversas especies de animales. Tan vanas ideas, dice, se estimarian como sueños de una cabeza enferma. Venerando a su maestro, los poetas se han guardado hasta aquí, los más religiosos, de levantarle testimonios a la naturaleza de las cosas; pero entre los pintores que no reconocen aquel legislador hubo ya un Bosco, cuyos celebrados sueños, del mismo modo que los pinta y reprehende Horacio, le consiguieron el aplauso y estimación universal; y después de dos siglos, y muchos más que pasen, dura célebre su fama, guardándose en los gabinetes de los principes como tesoros de infinito valor sus tablas, donde las raras combinaciones de sus figuras, hablando sólo a los ojos, harán reir a uno que lo afeiten de limosna y quitarán la melancolia a un deudor ejecutado. En una palabra: tanto, si no más, se estima hoy una tabla de los sueños del Bosco como una de Ticiano o de otro cualquier célebre pintor. Digame ahora el Sr. Jacinto Polo: ¿por qué no le daremos a nuestro Zángano la gloria entre los poetas que al Bosco entre los pintores? ¿Se puede hallar, según la idea que ha dado el impugnante, original más propio de las raras combinaciones del Zángano que las del célebre Bosco, ni el original de las de éste en otras que en las del chistoso Zángano?

¿Para qué nos estan quebrando la cabeza los severos Poesi-Peritos -dice el famoso Molière- embarazando los

ignorantes y vendiéndoles como misterios del Tripode las leyes de la Poética? ¿La regla de todas las reglas no es el dar gusto? ¿Le han de quitar al público o a los oyentes el que sean jueces de lo que les agrada o les fastidia? ¿Es posible que todos han de ser ignorantes? Pues en verdad que no lo son los que componen esta Academia, y no negarán que cuando se leyó esta obra saltaban de las sillas los Sénecas, los Lucanos, los Garcilasos, los Góngoras, y el mismo Catón que estuviera doblara con la risa su cintura de palo. Diga gordamente Horacio Flaco cuanto quiera, que Persio, tan Flaco como él, con sátira o sin ella, cualifica de poetas a aquéllos que obligan a sus oyentes, aunque sean los ingentes Titos o Senadores Romanos, a que peguen un repullo a cada verso y se tiendan de risa como si les hieran cosquillas.

¿Qué mayor prueba de cuán vanas son las decantadas reglas del Arte que ver a un poeta que no quiere usarlas, sin más que llevarse de su genial chiste, ganarse la admiración y complacencia de los mismos graves legisladores, que no podrán negar que si sujetara el genio el yugo perderíamos entonces el bello rato que nos dio su lección? Estas son excepciones muy debidas a los genios raros, que así como no son imitables no son reprehensibles.

Últimamente digo que nuestro Zángano es sin disputa el Marcial castellano, aún concediéndole al impugnante que tal copla sea mediocre y tal demasiado amena, porque no con otras señas se definió a sí mismo el Marcial latino en aquel su vulgar distico, que trovaré y acomodaré en elogio de nuestro saladisimo poeta:

*Hay buenas coplas, mediocres,
algo amenas, no lo extrañes:
no de otra suerte las musas
vierten en Marcial sus sales".*

Calló el capitán Barrios, y el Príncipe de Esquilache tomó su vez y dijo así:

"Las alabanzas de la vida rústica que en un romance octosilabo trae su autor **El Sátiro Marsias** llamaron mi atención, codiciosa de encontrar algo de nuevo en asunto que han llenado tantas musas griegas, latinas y castellanas, y no me la frustraron del todo, porque conocí un numen limpio, numeroso, fácil sin dejar de ser sentencioso y grave; pero porque o se entienda que si todo lo apruebo callo afectadamente defectos que pueda tener, haré tal cual reparo con deseo de que se vindique, porque he quedado aficionado a este numen.

En la copla quinta duda si para manejar el asunto usurpará el pastoril albugue de Euterpe o el clarín más elocuente de Guevara, aludiendo al librito de *Alabanzas de la Aldea* que dio a luz este famoso prelado. No debía nuestro poeta haber confundido con el albugue de una musa el clarín de Guevara, porque este este escritor no fue poeta, y así no tuvo clarín que prestar para el canto. Añádase que el epíteto **elocuente** no es el más poético, ni se hallará tan fácilmente usado por los poetas latinos.

En la pintura que hace después de las delicias del campo con el cordero que retoza, el jilguero que canta, la fuente que murmura, etc. Se echa de menos algún orden. Y aun en cuanto a las aves se repiten las imágenes sin nueva fantasía, pues no la ofrecen después de la primera *ya el jilguero canta alegre, las que se le siguen el ruiseñor dulce siempre, el ave en frondoso nido, etc.* Omito otros pasajes, en que pudiera detenerme, pero son reparos de ninguna consideración".

"Ni los que acaba de hacer el Sr. Príncipe de Esquilache -dijo entonces D. García Coronel- merecen alguna. Se conoce muy bien que ha ido como con pinzas asiendo pajas, tan leve es

el primer reparo. Debíó saber el impugnante que el principal carácter del Sr. Guevara fue el de historiador (y ojalá más exacto!) y que el clarín es insignia muy propia del genio histórico; y aunque el librito a que alude está en prosa, la gran viveza de aquel fecundísimo ingenio pinta las comodidades de la aldea y zozobras del palacio con tan vivos y propios colores como pudiera un poeta, y así aún cuando se le llamara *poema* no sería extraño, pues con menos propiedad llamó Góngora *Poema Culto* a la *Historia Pontifical* del D. Babia, expresión que sus émulos notaron, y que yo vindiqué en mis comentarios.

El epíteto *elocuente*, que se desecha por no poético, no se ha querido encontrar en los poetas castellanos, porque se hubiera hallado en Góngora en el soneto veinticuatro, donde dice:

*éste quedara
más enseñado, aquél más elocuente.*

Por lo que toca a los latinos, concedo al Sr. Esquilache que no hay que buscar en hexámetros ni pentámetros, porque la cantidad de las sílabas del *eloquens* no es capaz de entrar en versos de aquel género, pero de otra mensura, cuantos quiera; vaya uno por muchos: Staçio en el *Genetliaco* de nuestro Lucano:

*E. Joctos equites, etc. eloquente
cantu purpureum trabes senatum.*

La pintura del país no puede estar más propia, y el desaliño o poco orden que se reprende es un singular primor que la realza. La perfección de una pintura consiste en la propiedad con que imita el original de la naturaleza universal o particular que retrata. Si es un palacio se ha de ver en el lienzo el orden y proporción de sus partes como las pudiera disponer un arquitecto; si es un país no tiene el pintor que guardar este

cuidado; aquí pondrá una montaña, allí un bosque, acá repetirá una selva; en este árbol estará un tilguero, en el de enfrente un ruiseñor; unos pájaros volarán de rama en rama, otros se remontarán en el viento; allí retozará un corderillo, acá buscará otro el abrigo de la madre; y esta misma descuidada y casua' colocación de las figuras es la que más bellamente imita la Naturaleza, en quien jamás están propios los buscados primores del Arte; así nuestro Marsias con propísima destreza dibujó sin afectado estudio el país silvestre.

Puede con razón el Príncipe de Esquilache confirmar el buen juicio que ha hecho de esta obra, y yo añadiría que no en vano se intituló su autor el **Sátiro Marsias**.

Vulgarísimo es en la mitología que este célebre usurpador de la flauta Minerva provocó al mismo Apolo a manejarla, pero que, vencido por el dios, castigó su audacia quitándole la piel, y transformándole en el río de su nombre, **Marsias**, que junta su corriente con el Meandro. Pero entre los expositores de esta escritura gentilica no falta quien afirme que viéndose Apolo vencido por la destreza del sátiro, lo sacrificó a su envidia. No duda que nuestro **Marsias** le imitara como en el nombre en el triunfo, pero su nimia desconfianza huye de concurrir al certamen con los que su juicio favorecedor acredita de Apolos; y discretamente blasonándose vencido tomó el nombre del Sátiro, y aún se echó *la piel al cuello*, para que brille más su modestia; pero se engaña, porque juntando sus aguas con las del Meandro, a cuyo favor y el del **Aura**, que respira en sus riberas alientan los cisnes, sus académicos, no puede librarse de ser numen tutelar de los mismos que juzga Apolos".

Aquí llegaba Coronel cuando yo (que de rato en rato embarazaba la atención del Ariosto con algunas preguntas y reflexiones) le dije: "¿Fue predicadorcito antes de ser militar García Coronel?" "No sé que lo fuese -me respondió-, pero ¿por qué lo preguntas?" "Porque ese último discurso (proseguí) es un concepto predicable, que vale mil flores para salutación de un sermón en la fiesta de Santa Euterpe, cuyo Mayordomo fuera nuestro Marsias. Yo esperaba que citase el vellochino de Gedeón con la autoridad de algún rabino que afirmase haber sido de algún sátiro la rociada piel". "No seas tú sátiro -me replicó el Ariosto-, calla que empieza a hablar el Conde de Rebolledo. Así era porque empezó así:

"La fábula de Júpiter y Europa que escribe **El Justo Desconfiado** deseara no haber caído bajo mi crítica, porque su estilo figurado, siempre culto y pomposo, no es de mi genio, amantísimo de la sosegada y pura corriente de Helicón. Añádase que el juicio de un poema que consta de cien octavas no puede ser muy ceñido. Sin embargo, ajustándome al brevisimo tiempo que se concede (dejando salvo el fondo de la obra), señalaré uno y otro pasaje que me ha parecido digno de una justa y desapasionada crítica.

Está muy bella la imitación de Claudiano en la tercera octava, donde, como aquel poeta en el principio de su Proserpina, dice el nuestro:

*Mas ya veo con pálidas señales
moverse el templo en místicos temblores*

Está muy bien dicho, pero reprendería Horacio que fuera de lugar y sin ocasión. Deseáramos que nuestro poeta nos declarara qué templo es ese que vio temblar. Puede estar justamente desconfiado de mostrarlo ni aún con **las pálidas señales**. Juzgo sin duda nuestro autor que Claudiano, habiendo

invocado en aquel pasaje a Apolo para que le inspirase, descendia el dios benigno, de lo que daban señales las extrañas commociones del templo; pero ni allí hay tal templo de Apolo, ni hasta ahora se ha visto poeta que para invocar el numen se suponga en templo alguno y más sin decirnos qué templo sea.

El pasaje de Claudiano tiene alguna dificultad que aún no descifró su célebre comentador Gaspar Bartio; diremos lo suficiente para que se aclare y justifique el reparo.

Sabidas son las Fiestas Eleusianas en honor de Ceres; notorio su origen del Robo de Proserpina, porque peregrinando la Madre en su busca enseñó a los mortales las mieses. Tampoco se ignora que en estos sacrificios juntaban con Ceres a Baco; a este lo confundian con el sol; por consiguiente entraba Proserpina, Triptolemo, etc. También sabemos cuán sagrados y cultos eran estos misterios eleusinos. Los que se iniciaban en ellos eran llevados a un gran templo en lo más silencioso de la noche, y después de varias lustraciones y ceremonias, en señal de que el numen los admitía, sentian de repente estremecerse el gran templo ya llenarse de luz, ya encenderse en llamas, ya cubrirse de tinieblas; oian horribles truenos, veian espectros formidables, y sufrían otras visiones y prodigios que refiere Juan Potter en su grande obra *Arqueológica Graeca*, a quien debemos esta instrucción.

Ya se descubre aquí la feliz y oportuna ocurrencia de Claudiano: va a cantar el Robo de Proserpina y lo que a él se subsiguó, que es el todo que motivó los sacrificios eleusinos y de que debía constar su obra si no nos faltara parte del tercer libro y todo el cuarto. Suponiendo, pues, que se inicia en aquellos misterios, refiere con oportunidad que ve y siente lo que aquellos candidatos; inmediatamente, como hallándose capaz de que se le manifiesten aquellos sagrados embolismos, pide a los dioses infernales que así lo ejecuten.

*Vosotros, pues, abridme, cuanto arcano
cuanto misterio oculta vuestro mundo etc.*

Digame ahora el Sr. Justo Desconfiado qué tiene que ver el Robo de Proserpina con el de Europa. Nada más que convenir en razón de Yobo. Las circunstancias de aquél justifican en Claudino el estrépito del templo y descenso de la deidad, pero no habiendo en el que canta nuestro poeta aquellos motivos, que hace preciso decir que aquel templo se levantó en su fantasía; figuración bien poética, pero (repito con Horacio) fuera de lugar y tiempo.

En la octava cincuenta y cuatro, imitando el Polifemo del Sr. Gongora, refiere nuestro autor los ejercicios venatorios de la ninfa Europa y entre ellos la cetrería, poniendo al nebli, que, volador corsario, seguía las aves, y que éstas escuchaban el cascabel, etc. No sabía yo hasta ahora que en los antiquísimos tiempos de Agenor se usase la cetrería, que Polidoro Virgilio tiene en su tiempo por muy reciente, y de que Guido Poncirolo hace inventor a Federico Barba Roja". "Sobra ya -interrumpió el Presidente-, que insta el tiempo". Entonces el Conde de Villamediana habló así: "Bien hizo el Conde de Rebolledo en prevenirnos de su preocupación, porque de otra suerte no hubiera condenado por defectos los aciertos. Omito responderle a la acusación en general con que carga el poema de figurado, culto y pomposo, porque fuera restablecer una disputa en que por una parte y otra se dijo tanto el siglo pasado. Cada uno en este particular se lisonja con su dictamen. Lo que aseguramos es que aun cuando fuéramos enemigos de la cultura (tan propia de un poema lírico) no seguiríamos el estilo del Sr. Conde, sobre cuyos versos parece que se echo todo la nieve del norte, donde tanto tiempo estuvo. Pero vamos a lo que importa.

La imitación de Claudiano, en cuya censura nos ha fatigado con un andrajo de erudición impertinente, la vindicará

otro pasaje de un poeta casi contemporáneo al de la Proserpina. Este es Paulino, en la vida de S. Martín, que es preciso perifrasearlo a este modo:

*Si de antiguos poetas revolvemos
los poemas, hallamos agitadas
sus atónitas mentes a prodigios.
¿Qué es oírlos clamar furiosamente
al miserable Febo les inspire?
¿Qué el no dejar descansan por un rato
sus falsas musas? Ya se les figura
que a la asistencia del mentido Apolo
el gran templo de Delfos se estremece, etc.*

Según este anticuado rito de los poetas, se evidencia que no sólo para cantar el robo de Proserpina se le ha de figurar al poeta que se estremece el Templo. Dígame el Sr. Conde: ¿El poetizar es otra cosa, en frase de Persio, que soñar en el Parnaso? Pues ¿por qué no pudo, como a todos los demás buenos poetas, proponérsele al nuestro que se hallaba en el Templo Apolíneo de Cirra, en la falda del bipartido monte, y que favorable el dios a su ruego descendía, de cuya asistencia daban señal aquellos míticos temblores? Es el caso que la sosegadísima fantasía del Sr. Rebolledo jamás logró estos entusiasmos que sólo se conceden a poetas de espíritu sublime; los que no tienen éste, por justificar el poco o ninguno calor poético y languidez de sus versos, condenan por desreglada la imaginación de aquellos a quienes llenó el sagrado ímpetu.

Aún menos justicia favorece al Sr. impugnante en el segundo reparo. ¿Qué dirá ahora si no obstante la autoridad de Polidoro Virgilio (de cuya fidelidad y exactitud le informará su paisano Juan Oven) y la de Guido Poncirolo le afirmanos que la cetrería fue conocida de los Antiguos? Diga cuanto quiera; no podrá negar la Antigüedad de Aristóteles, que en su historia de Animales nos pone ya a los pájaros de presa cazando a las

demás aves en servicio del que los instruye. Del filósofo lo tomaron Plinio y Aeliano. Pero no necesitamos este recurso. ¿Quién le ha mandado al poeta esta prolijidad? Si debieran observarse, no hubiera puesto Virgilio ciervos en Africa, ni hubiera dicho los **puertos velinos** tantos años antes que así se llamaran. Los pintores y los poetas, aunque sean imágenes de antigua historia, las visten de aquellas señas que son más notorias al siglo en que escriben: lo que se hace muy bien salva la sustancia.

Finalmente digo, y dicen conmigo cuantos bien sientan, que la obra de nuestro Justo Desconfiado puede y debe hacer justa su desconfianza: es un Poema fecundísimo de ingenio y de afectos. Este es su principal carácter; con audacia, pero feliz, usa de la locución figurada y culta; el verso es dulce, numeroso, florido, concitado, como de poema lírico, y para que no le falte templo a lienzo de tan bella mano (si lo permite su **Thirsi**) lo colocaria yo en el Templo de Sidón, donde de la misma fábula celebra y describe otro Aquiles Tacio en su **Citofonte**".

"La Fábula del Genil, cuyo autor se disfraza llamándose *El Amuso*, descubre la discreta hipocresía del disfraz. Tan bello poema solamente dictan las musas a sus enamorados. Parece que me olvido de fiscal. Nunca lo fui tanto. Digo, pues, que el estilo de esta obra, el modo de manejar los pensamientos, la prodigiosa fecundidad y viveza en las expresiones y pinturas, no me parece de este siglo, sino de los principios del pasado; pero esto resultará más en su alabanza, y así voy a tal cual reparo.

En el verso de **bellas ninfas de desnudos pechos** y algunos otros no menos vivos, no puede estar más fuera de la tabla la licenciosa imagen; y sabe muy bien nuestro Amuso, que aunque estos dibujos son primores y perfecciones del arte, son de las musas que sólo se bautizaron en la fuente Helicon.

Poner por extremos el Hidaspes y el Arajes del tributo que recibe el Betis por medio del Genil, tiene mucha dificultad, pero no la reparo tanto como el epíteto de negro al Arajes, y de dulce al Hidaspes. Este es río de la India Oriental, que aún se desagua en el Indo, por lo que más le convenia el epíteto de negro que al Arajes, que nace en la Armenia. Lo cierto es que ningún poeta hasta ahora ha llamado así a aquellos rios, que los conocemos con muy distintos atributos en los mejores poemas". Dijo D. Juan de Jáuregui, y se le opuso de este modo el Obispo Bernardo de Balbuena. "Quien conoce la vastísima erudición del Amuso, corifeo en este siglo de la Literatura Española, quien sabe su ingenio y su delicada critica, no puede extrañar que escriba con el primor de nuestros dorados siglos. Estoy por creer que con una fina observación del gusto de la antigüedad y un delicado descuido dice, cuando presenta las obras a la Academia, que son de un amigo que le han remitido el papel en una carta, etc. y esto por probar el juicio de los concurrentes, y así para traerlos más confusos suele llevar poemas que si se cotejan parecen de distinta mano, o ya sea que las escribiese en distinta edad. Todo esto es una bizzarria de ingenio muy maestro. Así fueron célebres un Famiano Estrada y un Gabriel Cosarcio, el primero italiano (conocido por sus Décadas de Flandes); el segundo francés, y ambos jesuitas, que hicieron varias piezas en estilo ya de éste ya de aquel poeta de la antigüedad, con tal felicidad (mayor la del italiano) que se engañaran muchos sin la prevención como aconteció a los más sabios en los versos de M.A. Mureto. Fingióles éste por autor a Acio, poeta antiquísimo, y si es verdad lo que él asegura, no halló uno que no los tuviese por antiguos. Así que reparó muy bien el impugnante que su nota había de ceder en mayor del impugnado. Ni debe esperar menos de todo lo demás que se le impugna.

Las licenciosas imágenes que reprende se salen de la tabla, no estan más que propias, y acaso la imaginación del impugnante dio a los colores el subido que no debiera darles, y

que omitió el pincel en lo demás. Las musas, en asuntos gentilicos como la Fábula del Genil, siempre han sido gentiles; el que se escriban aquellas materias puede ser culpa remisible en el ocio de juveniles años, en los que (aunque se niegue autor) creo yo que hizo aquel poema el Amuso; pero una vez que se escriban han de ser correspondientes las figuras al natural. O dígame el Sr. Jáuregui, pues fue también pintor célebre, si alguna vez que se le ofreció pintar a Venus u otra ninfa les puso el traje de beatas franciscanas. Yo no desdeñé, siendo Obispo, de dar a luz mi **Bernardo**, no menos fecundo de aquellas imágenes.

Por innumerables epítetos que el impugnante alegue haber visto calificando aquellos ríos, parece que no los vio todos. El de **dulce** al Hidaspes creo que el Sr. Jáuregui le hará favor al Amuso de no entender que lo dijo porque aquel río fuera de miel o de leche, sino por su corriente sosegada y suave, que con translación usadísima se llama también **dulce**, pues he aquí que Quinciano llama de aquel modo al Hidaspes.

Tampoco negará el impugnante que no siempre se dan los atributos a los ríos según las naciones de sus riberas. Y me atrevo a decir que aunque las gentes que baña el Arajes fueran alemanes o ingleses, aun le podría convenir el epíteto de **negro**. Demos el ejemplar: el Galoso, río de Lacedemonia, que llama Eurota Polibio, no tiene etíopes por moradores, y aun porque a las abejas que beben sus aguas les crece la lana más blanca y más fina, lo llamó **blanco** Marcial; y este es su epíteto más conocido. Sin embargo, el gran poeta le llamó **negro**, ¿y por qué? Porque sus aguas, dice Turnebo, por lo profundas, van oscuras y negras, como es regular a otro cualquier río caudaloso según las varias incidencias de la luz, y especialmente cuando pasan por entre selva y bosques. ¿Diga ahora el Sr. Jáuregui si no se podrán verificar estas circunstancias en un río como el Arajes?" "Acabemos -dijo Garcilaso-, que se dilata la Academia lo que no debía". Cesó

Balbuena, y Francisco López de Zárate dijo así: "A la tragedia de la **Virginia** y su ilustración, que **El Humilde** presentó a la Academia de que es secretario, se le debe otra censura que la mía, si se entiende que por haber hallado con poca estimación de mi **Hércules Furioso** y **Oeteo**, he de proceder yo apasionado para hablar de la **Virginia**; pero como si se le hace el cargo responderá que censuró con justicia, con la misma espero yo señalar lo que fuere digno de nota.

El estilo, que debe ser en la tragedia sobre todos en lo elevado y grave, participa algunas veces más del zueco que del coturno. Acaso porque las personas de Virginia y Lucio su padre, siendo plebeyas (lo que desecha la tragedia), no pueden ni deben subirse tan alto. Ya preocupó el poeta esta objeción, pero no la satisfizo a mi ver porque la **común estimación y alto carácter** que les supone, o prueba nada o prueba mucho. Prueba nada, porque sólo después del glorioso sacrificio que el padre hace a su pundonor con la muerte de su hija tuvo figura entre los romanos y fama en sus historias. Prueban mucho porque son también no pocos los plebeyos cuyo buen porte se merece la atención de la primera nobleza, y no por eso deben ser en una tragedia las primeras personas. Menos satisface la **singular belleza de Virginia**, porque una villana puede ser una Venus rústica en la hermosura, y hablar y vestir como villana; así que Virginia, por hermosa que fuese, no deja de ser plebeya..

Además de no ser tan alta como el coturno la locución, en muchas partes falta la vehemencia tan propia de la tragedia, de que se origina, que hasta el medio del tercer acto casi no tiene movimiento la fábula, y la lentitud con que hasta entonces se va sosteniendo la pone lánguida.

Fero aun no insistiendo en estos reparos, que sólo apunto cuidadoso de la brevedad, me es preciso hacerle saber a nuestro Humilde que incurre en lo que me reprende. Dice que en

juntar yo en uno los dos argumentos del Hércules Furioso y Oeteo, me opuse demasiado a la narración mitológica, porque uni dos sabidas distancias, sucesos y épocas. Las licencias que para esto concede el Arte no las ignora El Humilde, pero no habiendo querido darles para mí el pasaporte, no será soberbia mia que yo lo niegue a su humildad para unir, como une, las dos diferentes acciones de la muerte de Virginia y destronación del Decemvirato, y para faltar demasiado a la narración histórica haciendo que muera Appio Claudio a manos también de Icilio inmediatamente al suceso de Virginia; y Marco a las de Lucio en el mismo tiempo que su hija infeliz, siendo cierto que el Claudio, dos o tres años después, aherrojado en las cárceles, él propio se quitó la vida; y en este mismo tiempo el Marco fue perdonado por el propio Lucio, y conmutada la pena capital en un destierro. Variando tan en la sustancia la historia, no habrá alguna que por dispersos que tenga los sucesos no se le puedan adoptar las tres unidas, que es el punto difícil de esta especie de poemas". Prosiguiera Zárate si, mandado por el Presidente, no empezara a decir D. José Antonio de Salas de esta forma: "Aun cuando merecieran consideración los reparos que se acaban de exponer, sobraba para deshacerlos la doctrina y erudición juiciosa que el autor vierte en su prólogo. ¡Extraño impugnar! Una de las perfecciones de la Virginia es el estilo, ni lo calificará de otro modo quien tenga el delicado gusto de los versos. Es verdad que tiene algunas expresiones sencillas, pero producidas del bien puesto afecto de los que hablan. ¿Tan estirada y subida en zancos quiere el Sr. Zárate la persona, que deje de ser humana en una tragedia donde no se han introducido dioses? El mismo Horacio previene que que en los afectos de dolor y otros semejantes habla muy bien el trágico con las frases en que todos los hombres son vulgo, porque todos son hombres.

Como tal erró el impugnante en pensar tan plebeyos los personajes; no lo eran tanto. De Lucio refiere Livio que era jefe de un no vulgar número de soldados, que (aun antes de su tragedia) era hombre respetado y bien opinado dentro y fuera de la milicia, y que después lo quisieron elegir por Tribuno, lo que rehusó. Esto es muy distinto de lo que se llama infimo vulgo, de quien probará nada o mucho (como quiere el Sr. Zárate) la solución que se le da. Añádase que, aun cuando fueran tan plebeyos, no se había de atender sino al carácter y figura con que los pone el autor; que sin apartarse casi de la historia, en todo el drama están respirando tanta gravedad, pundonor y cultura de costumbres, que les sobra mucho para personajes trágicos.

La vehemencia que no encuentra con otras voces es la Hinchazón y Declamación, por que preocupado el impugnante de la vehemencia del Séneca en el *Furente*, y de que así en esta como en las más de sus tragedias es hinchado, y un declamador insufrible (por lo que algunos dudan que sean del filósofo), preocupado (decía) de aquellos vicios, le pareció floja y humilde la de nuestro Humilde; pero deseche la preocupación y hará otro juicio.

De otra preocupación no menos viciosa procede el decir que está lentamente movida la acción. Es el caso que como el Sr. Zárate escribió comedias, y los episodios y acción de éstas traen en continua agitación las personas actuantes y oyentes con los enredos y los que llaman lances, le pareció que debía ser lo mismo en la tragedia. Pues sepa el Sr. Zárate, y cuantos tengan viciado el oído y el gusto con las representaciones cómicas, que la gravedad de la tragedia no se aviene con esos precipitados embolismos. En la comedia, por darle agitación, se inventan lances muy fuera de la fábula. No así en las tragedias, cuyo primor consiste en que *ex visceribus* (como suelen decir) del argumento se saquen los episodios. Esto es lo que más se admira en los más célebres trágicos

griegos, y esto es lo que observó nuestro Humilde, con tal felicidad que dudo se halle poema de esta especie, a lo menos en castellano, de más unión entre la fabula y los episodios.

La unidad que no encuentra el impugnador en los sucesos de Virginia y detronación del Decemvirato está bien a los ojos, y sobra para aquietar el escrúpulo lo que el autor dice en este particular, porque una cosa es que la caída de Claudio sea en sí de más consideración para el todo de la Republica que la muerte de Virginia y otra que, siendo ésta la principal que el poeta se propone, no pueda venir aquélla como incidente o consecuente, pues en la verdad del hecho se ocasionó la una de la otra, y es árbitro el poeta de tomar como principal la que quisiere. Esto no se verifica en el **Furioso** y **Oeteo** del Sr. Zárate, donde visiblemente se hallan dos acciones tomadas como principales y diversísimas en tiempo, lugar y aun en personas; porque ¿qué tienen que ver los oídos de Juno, que ocasionaron la Furia en Tebas, con los desprecios que sufre Deyanira, y traza para evitarlos que motivó la pira en el Oeta?

Es verdad que Claudio, años después, se quitó a sí propio la vida, y que Marco fue condenado en un destierro; sin embargo nuestro autor los hace morir en su tragedia, y con razón, porque padeciendo ellos ya una muerte civil, no es contra la sustancia del hecho histórico en pluma de un poeta lo verosímil. Por esta pauta han escrito los más célebres. Doy un ejemplar por muchos. La muerte que dio a sus propios hijos Medea la han puesto cuantos han escrito aquel argumento, pero ¿fue cierta? -;No señor! Eurípides, a quien ganaron con cinco talentos los de Corinto por apartar de sí la sospecha, cargó de aquel horrendo crimen, que no meditó ni cometió, a aquella celosa furia; y sin embargo de esto lo han seguido los demás trágicos, y Licurgo colocó la estatua de Eurípides entre las de los demás griegos famosos.

Entre ellas debemos exaltar la de nuestro Humilde con igual mérito a la de Sófocles, pues no desdichan ambos coturnos. Entre tanto felicitemos a la nación de que éste su generoso defensor se empeñe con tanta felicidad en vindicarla de la nota con que las extranjeras la insultan y de que su ejemplo anime la pereza de los ingenios de España, procurando restablecer como son capaces el teatro, cuyo único fin y heroico deseo, cuando no fuera tan sobresaliente el mérito de la obra, hace a nuestro Humilde acreedor a los más altos elogios".

"No más! -interrumpió Garcilaso-. Ved si queda algún otro". "El último", dijo el Secretario Lope. "Pues digan sobre él si tienen que -repitió el Presidente-, y con brevedad".

"No quisiera -dijo entonces Fernando de Herrera- que el tiempo se me estrechara, porque no es crítica la que me ha tocado para expuesta con brevedad. Con todo, procuraré ceñirme.

Nombre más propio que el de este Académico, que el el Presidente de su Academia, no lo ha usurpado ninguno de sus compañeros. Llámase el *Difícil*, y con la misma justa razón se podría llamar el *Duro*, el *Oscuro*, el *Confuso*, el *Misterioso* y otros epítetos más propios de un habitador de la cueva de Trofonio que de las claras amenidades del Parnaso. Si en un romance octosílabo (ésta es la obra que presenta), carta en que responde a un amigo, lejos de ser corrido arroyo de agua cristalina que se pudiese cantar a una guitarra, es de negras aguas, que tropezando a cada paso en guijarros y pedregales levanta con durísimos choques pálidas espumas, cuando escriba heroico o lírico será...

imitador undoso

de las oscuras aguas del Leteo.

No basta que los versos salgan hermosos con la metáfora, sublimes con la locución, animados con el concepto juicioso; es necesario (según los Maestros del Arte) que sean numerosos, dulces y fluidos. Bien pueden tener aquellas cualidades los versos del Difícil, pero la dureza no se la quitará aunque los cueza en agua hirviendo de la fuente Helicón. Por si tengo razón vaya entre otras muchas ésta.

*Que así pungente, que así
tenaz la memoria guarda
de una agua ardiente pena
la incombusta pertinacia...*

Ni todas las erres de la herrería de un amigo la habían de hacer más férrea.

Tan dura como la copla es la metáfora.

¿Habrá dicho alguno hasta ahora **incombusta pertinacia**? Prolijo fuera si hubiera de examinar copla a copla. Si se mira todo el romance junto, no se sabe ni qué propone ni qué concluye. Empieza serio, dice que por esforzar la chanza en obsequio del amigo olvidará sus penas, y luego toma otro rumbo inconexo con lo antecedente. Todo es una confusa y oscurísima miscelánea de pensamientos sueltos, éstos a una parte, aquellos a otra. Acaba en una copla de decir...

o soy, amigo, un Panarra

y después de este gracejo y esparramada frase se estira de cejas, y en cualidad de predicador cuaresmal prosigue diciendo...

*Dichoso el que decir puede
que es la condición humana
frágil*

si las coplas se miran separadas, necesita la más clara de un comento, y, lejos de divertir el lector, lo fatigan de modo que para que penetre el sentido ha de resolver toda la escuela estoica. Finalmente, en estas y otras muchas piezas poéticas yo no sé qué encanto en los siglos posteriores al mío transformó las musas castellanas en sibilas cumeas, que en vez de aquel dulce espíritu que las ocupaba en mi tiempo y en el de nuestro Presidente, ahora las agita como furiosas Ménades y las hace prorrumpir en horrendos ambages, que ya no habrá conjuros en el manual garcilasiano que les eche los diablos del cuerpo".

Templo Garcilaso el celoso ardor de su escoliador ilustre, y haciendo venia el Sr. Góngora dijo así:

"Según el aire de sátira con que el Sr. Herrera usurpó aquellas frases mías *imitador undoso de las oscuras aguas* y los demás rasgos con que acaba su crítica, más parece que me ha impugando a mí que al *Difícil*. Ya me acostumbré cuando estaba en el otro mundo a estas censuras, y aún después de siglo y medio quieren embarazar el ruido de mis aplausos para que no los oigan mis cenizas. Pero dejo estas altercaciones a los que me han hecho el honor de defenderme, que no son pocos ni de poca autoridad en el orbe literario, y voy a lo que le nota el impugnante a nuestro poeta.

Considerando yo que los poemas del *Difícil* tienen todas aquellas buenas cualidades que expone el Sr. Herrera, sin embargo de la dureza mal atribuida, los antepongo a otros cualesquiera que sólo tengan la dulzura y fluidez, ni me oponga el mal entendido precepto de Horacio, porque le opondré yo la definición de un poeta verdaderamente tal que el mismo da en éstos o equivalentes términos:

No es que los versos caigan numerosos,
tan fáciles que apenas se distinguen
de la prosa en el metro, hace poetas,
sino ingenio feliz, mente divina,
magnilocuencia, énfasis, cultura;
al que esto tenga se le debe sólo
aquel gran nombre y el lau. el de Apolo.

A este carácter aspiré yo, y éste es el de nuestro Dificil, y de todo poeta que merece tal nombre; y los que no, son unos meros versistas. Pero veamos la dureza y la metáfora que reprende.

Antes de todo quisiera me dijese el sabio impugnador si en Virgilio son dulces aquellos versos en que pinta aprisionado el furor de la guerra:

..... furor impius intus saeva
sedens super arma etc. Centum vinculus ahenis post tergum
nodis; fremet horridus ore cruento.

Ni toda la herrería de Vulcano pusiera más de bulto lo duro y feroz de aquella imagen, y que desechara por esto el impugnante uno de los más grandes y dignamente celebrados pasajes de aquel divino poeta, cuya heroica dulzura con razón ha quitado a los demás el laurel. No hago tan poca merced al Sr. Herrera, que supo muy bien lo que es ser poeta; pues ¿por qué, sin embargo de ser tan férreos, son tan admirables aquellos versos? Por la imagen que proponen, porque ¿quién ha de pintar con suavidad y dulzura el cruel furor de la Guerra aherrrojando y derribado sobre sus duras armas? Vamos ahora al Dificil: hallábase en un desierto huyendo la memoria de cierto quebranto; por divertirlo escribía un poema de la libertad del pueblo de Israel por Moisés, cuya elección fue desde aquella incombustible zarza. Recibe carta de un amigo que solicitaba consolarle y saber el estado de su color. Respóndele en el romance que examinamos y con felicísima ocurrencia y

combinación singular empieza describiéndole en sólo dos coplas el sitio desde donde escribe la ocupación del poema de Moisés, y el estado de su pena de este modo:

*Desde el desierto y aún desde
aquella encendida zarza
de no embotadas espinas
de no amortecidas llamas
que así pungente, que así..*

el sitio a favor del equívoco muy bien puesto del desierto, alusivo al en que se hallaba y al de Moisés; la ocupación del Poema con la misma materia de él, que es la encendida zarza, y el estado de su pena con una metáfora o llámese la alegoría de las más singulares que se le pudieron ocurrir. Hace zarza a la pena que le aflige. Bien manifiesta es la relación entre el afligir una pena y lastimar una zarza, cuyas púas punzan y causan dolor. Hace después a su memoria el fuego, que enciende y no consume aquella zarza de su quebranto, antes, si la aumenta como la de Horeb es justa también la relación, porque así como aquel fuego, ardiendo más y más, no destruía la zarza en que se cebaba, así la memoria de un triste guardando su tormento y ocupada en su dolor es un fuego que mientras más se esfuerza en consumir aquel espinoso pábulo de su pena, más la conserva y más pertinza está ella en rendirse; por eso dijo muy bien de una pena incombusta pertinacia.

Vindicada ya la metáfora, se justifica por consiguiente la dureza de la copla. Nos da en ella la imagen más viva de su dolor: una escabrosa zarza, unas espinas que le punzan, un fuego que, esforzándose en vano para devorarlas, por lo mismo mueven sus llamas un reluctante estridor y un estruendo desapacible y duro. Pues si es ésta la imagen con que nos figura su quebranto, ¿como ha de ser dulce y suave? Si tal hiciera, nos hubiera expuesto en vez de un sentimiento fuerte y varonil un plañido mimoso de mujer; lo mismo que si el gran

poeta por dar una dulce imagen del furor de la guerra hubiera pintado la cólera de un pollo.

Como el impugnante produjo aquella copla para probar la dureza, ¿por qué no hizo mencion de otras muchas bien numerosas y corrientes?. ¿Puede ser otra más dulce y más patética que la siguiente?:

*con todo, por no negarle
su justo imperio a la santa
ley de la amistad, mis penas
sacrificaré en sus aras.*

Más despreciables son los demás reparos que aglomera, ya que no se sabe ni que propone, ni que concluye, que son pensamientos sueltos y oscuros etc. . Digame el Sr. Fernando, ¿de que asuntos consta una carta? Ya se ve que me responderá, como tan instruido, que de los que quiere o necesita exponer el que la escribe, y así, según las materias, usa de los estilos promiscuamente; ya toma este pensamiento, ya lo deja por otro, saliendo y entrando según se le ofrece, porque no ha tomado puntos de lección de cátedra, ni forma oración de alguno de los tres géneros. ¿Qué imagen más bella del dolor, que quiere explicar de la constancia con que pretende resistir, de la conformidad con que se procura consolar y del tumulto que padece acometido a un tiempo de los motivos justos de su quebranto y de las reflexiones de su razón, que ese mismo desaliño e inconexiones de pensamientos? Esta es la compostura de la desgrefñada elegia, que no es otra cosa su carta.

Pero necesita , dice, un comentario cada copla ¡Es oscurísimo! Pues alumbrarlo, dire yo; pero el impugnante sobrada luz tiene. Condeno sólo a todos los que a lo que no entienden llaman culto, confundiendo la cultura y el énfasis con una oscuridad afectada. Se fatiga, repiten, el lector

quebrándose la cabeza para entenderlo. No sea, repetiré yo también, el lector del vulgo, que con éste no debe hablar el poeta, sino mantener una perpetua enemistad y desecharlo como profano, que así lo hizo el príncipe de los líricos latinos; si no es del vulgo, aunque le cueste alguna fatiga, la recompensará abundantemente con la delicia de penetrar el misterio.

Finalmente, necesite en buen hora de comentario nuestro Díficil. Mas gloria se merecerá entre los eruditos con muy poco volumen de sus obras que otros con las suyas, a cuyos volúmenes aun sea pequeño todo un estante. Si todos sus escritos no valen más que la Theseida del cansado codro. Será nuestro poeta (aunque no por lo sátiro) el Persio de su siglo. Escribió Persio Flaco tan difícil, afectó la oscuridad tanto, que hubo de comentar al discípulo su maestro Cornuto, y lejos de que esto impidiese su fama, dijo de él Marcial que con sólo un librito cual el que pueden componer sus seis sátiras, se hacía más memoria de Persio que de Marsio con todos los volúmenes de su Amazonia."

"Basta, basta -interrumpió el Presidente Garcilaso, y dijo de este modo :

Comprendi ya, o confirmé el juicio que aun entre mortales hice, que la Poética no es más que opinión: la Poesía es genial, y a excepción de unas reglas generales y la sindéresis universal que tiene todo hombre sensato, el poeta no debe adoptar otra ley que la de su genio. Que se ha de precipitar como libre el espíritu de los poetas dijo ya Petronio; aun por eso nos pintan a Pegaso con alas y no con freno; y si éste se le pone, como intenta el que modernamente ha erigido el Parnaso Francés, es desatino; así porque las alas quedarían ociosas como porque es oponerse a la libre imagen del genio Poético que nos dieron los antiguos, que supieron más de la Poética que todos nosotros y que los franceses. Pero

bien saben lo que se hacen con poner nombres de vicios a las virtudes que les faltan.

En vano, decía, se cansan los Maestros del Arte en señalar éstas ni las otras particulares reglas; ya que el sublime ha de ser de este modo, que la metáfora debe usarse del otro, que aquella fantasía es violenta, que este otro pensamiento no está justo etc.; porque esto no es otra cosa que tiranizar el libre pensar del hombre, que en cada uno se diferencia, según la fuerza de su genio, el valor de su idioma, la doctrina en que desde los primeros años lo impusieron, las pasiones que le dominan y otras muchas cosas; de modo que sucede en el gusto intelectual lo que en el material, que el manjar que uno desacredita porque le fastidia, otro lo apetece y celebra. Extender este argumento es ocioso porque de él están llenos los libros, y así supuestas mil razones, lo demostraré con los hechos.

Longino, aquel célebre consejero de Cenobia, tuvo por sublime y lo celebró por tal el pasaje en que Moisés refiere la creación de la Luz de este modo: **Dijo Dios hágase la Luz, y fue hecha la Luz.** Pero Daniel Huetio se opone defendiendo que fue una experiencia muy llana y muy sencilla, lo que motivó no pocas contiendas entre este eruditísimo prelado y Boileau, traductor de Longino.

Entre dos hombres como Cicerón y Plutarco espanta la diferencia en el modo de concebir un pensamiento de Timeo, historiador griego antiguo. Refiere éste que Alejandro el grande nació la misma noche que se quemó el célebre Templo de Diana en Efeso, y añade que **no fue mucho se atreviese el fuego, ausente la Diosa, que había ido a asistir a Olimpia en su parto.** Celebra un juicio tan sentado como el de Cicerón este pensamiento de elegante y oportuno, y Plutarco, cuyo dictamen no es de menos peso, lo desestima y se burla diciendo que su

frialdad pudiera haber apagado las llamas que consumieron el soberbio alcázar.

Plauto aun desde la antigüedad fue aplaudido. Si hablaran latin las musas, dijo M. Varón, hablarían el de Plauto; y Horacio, cuyo voto en esta materia no admite superior, se indigna y tiene por necios a los que así lo aplauden. Augellio es la mayor antorcha con que registramos a los antiguos autores; así se ha merecido los elogios de todos los eruditos. Pero nuestro Luis Vives desecha su obra como un fárrago inútil. Aunque no debiéramos a Macrobio más que habernos guardado la especie del infanticidio por Herodes y el Sueño de Scipión, pedía con justicia nuestro aprecio. Sin embargo, a Scaligero y a Juan Luis de la Cerda no se les puede oír sin enfado los dicerios con que lo infaman. Pudiera traer otros muchos ejemplares, pero ¿qué más que lo que he oído a vosotros? Sobre muy cabales poemas habéis discurrido, y los que uno ha condenado como defectos, otro ha ponderado como perfecciones. ¿Qué diremos a esto? Que todos tienen razón, porque cada uno tiene su razón. De este modo reiná en todas las vastas provincias de la ciencia tirana la opinión, sin que se reserve de su imperio otro país que el revelado; y aún de éste cobra su tributo en el dogma libre.

Lo que de aquí forzosamente se infiere en favor de las obras que se han criticado, las que han impugnado y defendido, es declarar como declaro el mérito y el aprecio de unos y otros, quedándoles siempre a las obras indemne su aplauso. Lo demás son particulares caprichos de los hombres, cuyo origen es, como señalé, el diversísimo modo de pensar de cada uno; pero no los desacredita, y así Plauto, Augellino y Macrobio y los autores que habéis impugnado mantendrán la estimación que con justicia se merecieron; y porque los hayan despreciado no perderán la fama que los acredita, ni se les acusará de mal gusto Horacio, Vives, Scaligero, Cerda y vosotros.

Cada uno, finalmente, cultiva el terreno a que le condujo su genial inclinación que no faltará la fama en acudirle con abundante cosecha de aplausos".

Dijo el Presidente, y levantándose el congreso, mientras salían con el mismo grado y orden que entraron, se llegó a nosotros Iope de Vega con las piezas de autos de mi fiscalía, que yo había entregado al garzón aligero, y nos saludó diciendo: "Tomad vuestro papeles, que en cada uno va apuntada la impugnación y defensa". Agradecile con el Ariosto el cuidado, acabaron de salir y nosotros después.

Apenas llegaron a aquellos primeros atrios, cuando los mismos que en la Academia habían sido contrarios volvieron con mayor fuerza a sus altercaciones, tan cierto es que los hombres más sabios suelen seguir más por capricho que por razón sus dictámenes. Solo Argensola iba de corro en corro, sin que alguno lo desmintiese, repitiendo: *No olvidaré yo el Poema Venatorio ... cabeza más destemplada que la de tal Aventurero ... obra más pesada ...* y otros favores que yo me tengo muy merecidos. Pero los otros, como cuando los colegiales dejan el aula y en las horas que llaman intermedios aturden las vecindades y hacen temblar las columnas y los techos, así mis poetas levantaban unos gritos que los ponían en la tierra, y arrancándose con furia los laureles que ceñían sus amarillas frentes se los tiraban a la cara con recíproco desprecio. ¡Yo no sé cómo fue aquello! En un instante se esparció tal confusión y tumulto por todas aquellas gentes que el que menos gritaba pudo mejor que la vieja de Juvenal ensordecer la luna contra las Magas de Tesalia.

Atónito yo con aquel alboroto, volví a buscar mi guía; pero no la encontré. Aquí fue mi desconsuelo. Empecé también a dar voces y a correr desatinado por entre aquella turba, preguntando a unos y otros por el Ariosto; pero nadie hacía caso. Reparé en tres o cuatro que estaban juntamente retirados

y pensativos, y llegándome a preguntarles si habían visto al Poeta Italiano, intespectivamente, en vez de respuesta, pegaron a un tiempo dos o tres zapatetas en el aire y acompañando los gritos con gestos y contorsiones espantosas exclamaron:

Trápala, trisca, brega, grita, barahúnda, chacota, húndese la Luna, ay que me bamboneo ...

Entonces senti estremecerse todo aquel orbe con tal lunemoto como si se desgajasen las montañas.

A este formidable estruendo desperté todo despavorido, aumentando mi aturdimiento otros recios golpes que daban en la puerta de mi cuarto. "¿Es el Ariosto?", pregunté; "Qué Ariosto ni qué arroz, oi decir a un criado ¡Las doce del día son ya, y sin haber dicho Misa día de San Miguel!" Santo Arcangel mío, dije yo entonces llenandome de cruces, libradme de hipogrifos, que yo os afrezco uno para vuestra peana, como no vuelva a tan pecados sueños y desabridos disparates.

Estos fueron, eruditísima Academia, los que ha tanto tiempo que fatigan vuestros oídos y vuestra paciencia. Pero si sueños hay que verdades son, en el mío sólo hay cierto el mérito de vuestro elogio y el favor, Señora Excelentísima, con que, tutelar numen, alentáis este congreso. Por lo que a mi toca, si las dichas dicen también que son soñadas, contarme entre tan ilustres y sabios personajes y estar a los P.P. ss de V. E. es la mayor dicha que soñé.

EL SATIRO

D. Joaquin Diego López de Zúñiga,
Duque de Béjar

EL SATIRO: Don Joaquín Diego López de Zúñiga

A la soledad. Asunto académico para la del día 12 de junio de 1749.

Imitación de Séneca

SONETO¹

Si quieres feliz vida, si inocente,
si la que imita más candor primero,²
búscala en el aprisco, en el otero,
no en la ciudad confusa e insolente.

No insaciable del oro sed ardiente, 5
no infiel aura de vulgo lisonjero,
no envidia ni favor perecedero
sigue a la selva a quien huyó la gente.

Ni el cetro teme, ni el imperio anhela; 10
honor, riqueza ni temor le para,
ni otro bastardo afecto le desvela.

¡Quién los dorados techos ignorara,
su estruendo, sus engaños, su cautela
y en ti descanso, oh soledad, hallara!

1 Escrito por el amanuense del Duque de Béjar, la firma sí es autógrafa de *El Satyro*. L.A. de Cueto publica este soneto y dos composiciones más en el tomo LXVII, op. cit. pp. 502-504.

2 Cueto varia el verso entero:

La que es reflejo del candor primero

Romance contra la vanidad o soberbia, que debió llevarse para la Academia del jueves 20 de febrero, primero de cuaresma, y no se concluyó, como expresan las seguidillas.¹

Quando aquel polvo sagrado
recuerda el de nuestro origen
convirtiendo vanos gozos
en siempre memorias tristes;
cuando enseñan las cenizas 5
a los lozanos abriles
cuán presto el prado se agoste,
la flor, cuán breve se incline,
contra el más nocivo monstruo 10
que, ya en la esfera el pie fija,
ya entre rosas se disfrace,
ya entre verdores se abrigue,
estrago, cicuta, aspid,
no hay astro que no amancille,
no hay pensil que no infisione, 15
ni planta que no atosigue;
contra lavanidad, digo,
aquella alevosa esfinge
de quien, si la oyere incauto,
no habrá pasajero libre, 20
temerosa si obediente,
hoy mi pluma se dirige
¡Oh, si me diera su ciencia
quien otro Edipo me finge!
Áspid astuto, engañoso, 25
que entre abrojos o jazmines
te alimentas con los vicios
y con las virtudes vives;
anfíbio de extraña especie,
que con iguales ardides 30
infestas mundanos golfos
y los más sacros pensibles.
Hable el cielo, cuando altiva
su tez manchar presumiste,
viendo a tu aliento ya opacas 35

¹ Escrito por el amanuense habitual del Duque de Béjar, al final está la firma de *El Sátiro*. En la parte superior de esta composición aparece con mano de época la fecha de 24 de abril de 1749. La publica CUETO, op. cit., p. 504.

sus luces inextinguibles;
hable, si no, Edem sagrado,
habitación apacible
de nuestros padres dichosos,
a tus silbos ya infelices; 40
hable de Sennaar el campo,
que insano padrón exige
donde sepulte su infancia,
no su memoria eternice;
hable soberbio Nabuco, 45
por más que a deidad aspire,
cuando escarmientos de un tronco
los suyos le vaticinen.
Ni la virtud por excelsa
de tus rigores se exime, 50
ni en el Libano sus cedros
tu fiero impulso resisten.
Aquel Rey, Pastor valiente
que osos y leones rinde
los bélicos ensayando 55
con los triunfos pastoriles;
aquel cuyo noble pecho
tanto al Divino se mide
que logra en sus perfecciones
ser el que mejor le imite, 60
si al ver inmenso su pueblo
tu vana impresión admite,
luego llora exterminado
al que copioso le ingrie.²
Aquel entre los monarcas 65
de piedad ejemplo insigne,
a cuyo favor el cielo
tropas alistó invencibles
cuando, estrechada su corte,
armada diestra invisible 70
inmenso ejército acaba
de sólo un golpe que esgrime;
cuantos abulta tesoros³
porque el asirio le admire,
si hoy sirven al vano fausto, 75
mañana al despojo sirven.
Esto las letras sagradas,
esto las profanas dicen
en tantas voces que enseñan
como escarmientos repiten. 80

2 v. 64 CUETO: *al que triunfante le engrie.*

3 v. 73 Ibide: *cuantos ostenta tesoros.*

Yace el orbe entre tinieblas
y en el seno de Anfitrite
nada la ardiente carroza
que intrépido joven rige.
Llora en mal lograda fuga
el cretense sus ardidés 85
viendo a Icaro despeñado
cuando vuela más sublime,
porque es bien que uno en el cielo,
otro en el golfo eternicen 90
estragos que todos teman
intentos que nadie imite.
Mas ¿dónde gira mi vuelo?
No escarrentado, ya olvide
tragedias de quien, osado,
a más que alcanzó compite. 95
Tema, si no, la Academia,
cuyas deidades no admiten
por excusas remitentes
obediencias insufribles. 100
Baste, pues, ya de invectiva
sin que alguno fiscalice,
que vanidad y soberbia
mi lógica no distingue.
Pues en genérico asunto, 105
dificilmente prescinde
quien lógico ni poeta
es, sino obediente. Dije:

ROMANCE¹
A la vida de la Aldea

¿Es así, docta Academia,
que enseñas a tus clientes
a aventurar sus aciertos
por no resistir tus leyes?
¿Del cortesano embeleso 5
que haga transición pretendes
del útil ocio del campo
a las lecciones agrestes?
¿Soy yo Demócrito, Pirro,
el Petrarca o Antístenes, 10
que sólo por ser más hombres
se apartaron de la gente?
¿Yo, de las áulicas ondas
siempre agitado a vaivenes,
quieres que cante en el golfo 15
seguridades del muelle?
¿Usurparé a tanto asunto
de la pastoril Euterpe
la zampoña, o de Guevara
el clarín más elocuente? 20
Pero habiendo de animarla
de mi musa el soplo débil,
por más que en acorde trompa,
sonará bocina siempre.
Mas ¿qué dudo, si en tu gremio 25
nace más dulce Hipocrene,
se ofrece el Pindo más fácil
y tu deidad manda: "empiece"?
¡Oh, cuánto la luz hermosa
más apacible amanece 30
a la choza que la aguarda
que al palacio que la teme!
No sin razón, pues apenas
los mal tejidos cancelos
del roble, retama y junco 35
su rayo penetra breve
se despierta el aldeano
a mil cándidos placeres,
al tiempo que al poderoso
zozobras mil acometen, 40
y así, cuando Febo dora
sus altivos capiteles,

¹ Escrito por el amanuense y firmado por *El Sátiro Marsias*. Lo publica CUETO, op. cit., pp. 503-504.

los rayos que reverberan,
 no le alumbran, si le hieren.²
 Aquí el álamo y la encina 45
 gustoso dosel silvestre
 son al pastor vigilante,
 al pasajero que duerme,
 cuando allá, entre los primores
 que el oro y la seda tejen, 50
 de cada torzal que labra
 se ve una espada que pende.
 Si alfombra o catre florido³
 el verde prado previene
 al pastor que le marchita, 55
 al arador que le hiende.
 Allá entre mullidas plumas
 la corte a su amante ofrece
 si blanduras que adormezcan,
 sobresaltos que desvelen. 60
 Brindando está el arroyuelo
 (del campo argentada sierpe)
 al cazador afanado
 antes que la sed le aqueje,
 cuando allá en penada copa 65
 del más digno Ganimedes
 el más venturoso Jove
 a gotas el néctar bebe.
 Aquí en mal pulida tabla
 (si ya no la suple el césped) 70
 se ponen simples manjares,
 las frutas, el queso y leche;
 allí en doradas vajillas
 sobre nevados manteles,
 puede haber más opulencia, 75
 pero mas sazón no puede.
 Todo el día aquí se pasa
 entre gustos inocentes:
 ya el cordero que retoza,
 ya el jilguero canta alegre, 80

2 v. 44 CUETO: *no le alumbran, mas le hieran*

3 v. 53 Ibidem. *si alfombra o lecho florido,*

ya el tímido conejillo,
ya la corredora liebre,
la perdiz, que corta el aire,
el ruiseñor, dulce siempre,
la bien tejida espesura, 85
la murmuradora fuente,
la variedad que disipa⁴
la soledad que suspende,
el ave en frondoso nido,
el bruto en su inculto albergue, 90
en la alcándora el halcón,
el ganado entre sus redes,
el mayo con los esquilmos,
el agosto con las mieses,
con vendimias el octubre, 95
con sus nevadas diciembre.
Todo contribuye, todo,
a las delicias campestres,
bien como todo en las cortes
destierra el puro deleite. 100
Allí habitan los cuidados,
las congojas, los reveses
con que agita la fortuna
su nunca seguro eje;
allí es el centro de muchos 105
que, buscando neciamente
los concursos y el bullicio,
de la sociedad son pestes.
Estos hacen al gran Julio
que la soledad anhele 110
el que en la amistad sociable
puso todos sus placeres.
No allí la modestia priva,
lo sencillo no divierte,
lo licito no recrea, 115
no es la virtud quien merece.
La multitud ¡cuánto enfada!
La ambición ¡qué no pretende?
La dignidad ¡cuánto abruma!
La riqueza ¡qué no vence? 120
Si la turba aduladora
los vanos atrios guarnece
con bajas adoraciones,
¿ún más que corteja, ofende;
¿t los honores y el fausto 125
tantos idólatras tienen

4 v. 87 *Ibiden*, *La variedad, que deleita*.

es porque, como ignorantes,
veneran lo que no entienden.
Estas son, si mal copiadas,
de aldea y corte las suertes,
digno asunto para un Tulio,
dibujo para un Apeles.

130

Bien que si en él apurasen
sus voces y sus pinceles
pocos dejaran la corte,
no habrá quien la aldea pueble.
Pues, ¿qué será con mi brocha?

135

¿Qué con mi estilo silvestre?
con que si al precepto basta,
cese ya el romance, cese.

140

La Libertad.

Cancioncilla a Nise del célebre poeta Metastasio, traducida en este

Romance¹

En fin, Nise, ya respiro;	
gracias a tu engaño doy.	
Tuvieron, al fin, de un triste	
las deidades compasión.	
Ya el alma se mira libre,	5
pues ya sus lazos rompió;	
no sueño esta vez, como otras,	
libertad en la prisión.	
Cesó aquel ardor antiguo,	
y tan sosegado estoy,	10
que no me sirve de pena ²	
disimular el amor.	
Ya no inmuta mi semblante	
quien tu nombre pronunció,	
ya puedo mirar tu rostro	15
sin latirme el corazón,	
ya no es siempre de mis sueños	
objeto tu perfección,	
y despierto sin que seas	
tú la que me desveló.	20
Alejarme de tu cielo	
más, aun contigo	
sin gozo ni pena estoy.	
De tu hermosura discurre	25
sin ternura ni pasión,	
y por más que acuerde ofensas	
me olvido de mi rencor.	
Si al pensamiento me ocurres,	
te miro sin turbación	30

1 Composición inédita y escrita por su amanuense, está firmada por *El Sátyro*. Hay entre estos papeles otra traducción idéntica, exceptuando algunas variantes que anotaremos. No es autógrafa ni del amanuense habitual ni del Duque de Béjar; tampoco está firmada. Meléndez Valdés también traduce esta composición de Metastasio en letrillas. Cfr. B.A.E., LXIII, pp. 121-122.

2 v. 11. En el otro texto aparece: *que no me cursta trabajo.*

y hablar puedo de tus gracias
aún con mi competidor.
Si me hablas con rostro humano,
si me miras con feroz,
tan inútil es tu enojo 35
como vano tu favor.
El inveterado imperio
de tus labios prescribió
y tus ojos ya no saben
la senda a mi corazón. 40
Lo que me alegra o disgusta,
si triste o gustoso estoy,
ni lo debo a tu fineza
ni lo culpo a tu rigor.
De la selva, monte o prado 45
me agrada, sin ti, el verdor,
y contigo, si es ingrata,
me enfada cualquier mansión.
Mi sinceridad advierte:
bella aún me pareces hoy, 50
mas no tan bella que ahora
no te encuentre parangón.
No, pues, la verdad te ofende:
en tu garbo y tu primor
ahora noto algún defecto 55
que antes tuve a perfección.
Al arrancarme la flecha
(confiésolo con rubor)
pensé llevaba conmigo
alma, vida y corazón. 60
Mas por salir de lamentos,
de esclavitud, de opresión,
por ver rotas sus cadenas
¿quién padecer rehusó?
Si en la liga el pajarillo 65
incautamente cayó,
gustoso deja las plumas
por salir de la prisión.
Y si las perdidas alas
algún día recobró, 70
con el escarmiento aprende
a prevenir la traición.
Bien sé no crearás ya muerto
tan reconcentrado ardor,
porque mucho lo repito 75

3 *Ibidea*, v. 34: *si me miras con rigor*,

porque no sé callarlo.
 A hablar, oh Nise, me obliga
 la natural propension
 de referir cada uno
 los riesgos de que salió. 80
 Después del terrible lance,
 pasados riesgos cantó,⁴
 ostentando sus heridas,
 el valeroso campeón.
 Así mostrar el esclavo 85
 libre ya de su prisión
 suele la dura cadena
 que algún día le oprimió.
 Hablo, mas sólo procuro⁵
 satisfacer mi pasión; 90
 hablo, mas sin echar menos
 que me des crédito o no.
 Hablo, pero no pregunto
 si tu aplauso mereció⁶
 mi razón, ni si la tuya 95
 de mí habla sin turbación.
 Yo un corazón inconstante,
 tú un sincero corazón
 pierdes. ¿Quién debe el primero
 consolarse de los dos? 100
 Al fin otro fiel amante
 no encontrará Nise, no,
 y otra amante fementida
 no ha de faltarle a mi amor.

4 Ibidem. v. 82: *pasados riesgos contó*

5 Ibidem. vv. 89-90: *Hablo, mas sólo en mi boca
busco mi satisfacción;*

6 Ibidem. vv. 94-95-96: *si me das, o no razón,
ni cuando de mí discurre
si lo haces con turbación.*

Arrepentimiento a Nise, palinodia del mismo autor, poeta
Metastasio, traducida en este

Romance¹

Téplate, Nise, y respiro;
perdón, o muerte me doy;
mira que el error de un triste
es digno de compasión. 5
Juzgábase el alma libre
de lanzas que no rompio;
jactóse una vez, mas otra
no huirá ya de su prisión.
Ocultar mi ardor antiguo 10
tanto procuré, que estoy
disimulando mil penas
por no descubrir amor.
Pero (mude o no semblante)
quien tu nombre pronució 15
bien puede leer en mi rostro
cuál está mi corazón.
Ya no sólo entre mis sueños,
mas siempre tu perfección,
por más que distante seas,
presente me desveló. 20
Ya ronde tu hermoso cielo,
ya me aleje con dolor,
loco de gusto, contigo;
de pena, sin ti, lo estoy.
Si mi razón no discurre 25
de tu hermosura, ¡oh pasión!,
no pienso sino en ofensas;
no aliento sino rencor.
Tan frecuente al labio occurs
que de ti, sin turbación, 30
hablar suelo, y de tus gracias,
aún con mi competidor.
A sólo tu acento humano
a una mirada feroz,
resiste en vano mi enojo, 35

¹ Composición inédita, escrita por el amanuense y firmada por *El Sátiro*.

sea desprecio o sea favor.
A sólo tu dulce imperio
la suerte me prescribió,
con que a otro dueño no sabe,
rendirse mi corazón. 40
Todo placer me disgusta
si contigo bien no estoy;
cuanto no es de tu fineza,
todo para mi es rigor.
De la selva, monte, o prado 45
amo contigo el verdor,
mas si te alejas ingrata
me enfada cualquier mansión.
Que te hablo verdad advierte:
tan bien me pareces hoy 50
que no me contento ahora
con no hallarte parangón,
mas injusto, ¡oh, no te ofenda!,
desprecio todo primor;
nada encuentro sin defecto, 55
fuera de tu perfección.
No más arrancar la flecha,
que en vano, por mi rubor,
lo intento y no lo consigo;
antes saldrá el corazón. 60
¡Ay!, por salir de lamentos
me vi en más dura opresión;
bien romper tales cadenas
mi albedrío rehusó.
Si en la liga el pajarillo 65
incautamente cayó,
sacude en vano las plumas
por huir de su prisión.
No por más batir las alas
su libertad recobró: 70
cuanto más a huir aprende,
más se mete en la traición.
No apetezco, no, ya muerto
el amado antiguo ardor;
cuanto más te lo repito 75
menos sé desearte yo.
Si a hablar el amor obliga
por natural propension,
mientras habla cada uno
de su llama, aún no salió. 80
Si a Marte infamó en el lance,
después sus glorias cantó,
y olvidando sus heridas
vuelve a seguirle el campeón.
Así contento el esclavo 85
libre ya de su prisión,

acostumbrado a cadena
vuelve a la que le oprimió.
Si hablo, que sea procura
de ti, mi única pasión. 90
¿Que yo otro amor? Nada menos.
¿Yo mudar de fe? Eso no.
¿Si acaso otra voz, pregunto,
si tu piedad mereció?
Bien puede, que alma tan tuya 95
lo haria por turbación.
Consuela este no inconstante,
aunque reo, corazón,
siquiera porque el priemro
ha cedido de los dos. 100
En su arrepentido amante,
por lo menos, Nise, no
hallara alma fementida,
y asi vuelvale su amor.

SONETO¹

Dios, Señora, es un sabio canonista,
es teólogo y jurista consumado,
y aunque está en todas ciencias laureado,
hoy se precia de ser grande humanista.

Por un bocado, en vista y en revista 5
al hombre le tenía condenado,
mas ya piadoso tanto se ha humanado,
que es un Niño. ¡Jesús!, Dios nos asista.

•Tú a Dios quieres hacerle un agasajo 10
con ese Nacimiento tan lucido,
pero la fiesta costará trabajo.

Aquí de Dios, que habiendo ya nacido,
el cielo a todos nos cogió debajo.
¿No veis que el cielo a tierra se ha venido?

¹ Este soneto, sin título ni firma, lo incluimos entre las composiciones del Duque de Béjar porque está escrito por el mismo amanuense de la traducción de Metastasio, *La Libertad*; posiblemente *El Sátiro* leyó este soneto aunque no sea autógrafo ni lo firme.

Canción real del Nacimiento del Hijo de Dios, tomando las palabras del capítulo 35 de Isaías:

Leatabitur deserta.¹

Alégrate desierta y desviada,
del humano comercio aborrecida,
estación a Dios grata, al mundo oculta:²
cual pensil de azucenas florecida
y como fértil tierra cultivada, 5
te admira quien ayer te lloró inculta,
pero no dificulta
el Libano, el Carmelo
ni el Sarón verte cielo, 10
usurpando su gloria y su hermosura,
porque es tan estupenda tu ventura
que a tu ámbito el Impireo reducido
logras de Virgen pura
mirar al Criador recién nacido.

Alégrate gozosa, celebrando 15
la suerte que suaviza tu aspereza
y con las mudas voces del ejemplo
de los hombres alienta la flaqueza,
sus manos, sus rodillas confirmando,
pues ya llega el deseado al Santo Templo. 20
¡Qué robustas contemplo
las que, mal anudadas,
debiles y postradas,
apenas arrastraban a su dueño
viendo ya sin enojos y sin ceño 25
al Dios de las venganzas Dios de amores
y que es todo su empeño
confortar, alentar los pecadores.

1 Composición inédita, está escrita por el amanuense y no está firmada. Con mano de época, en la parte superior de la composición, aparece la fecha de 21 de agosto de 1749. Una de las primeras composiciones leídas en la Academia del Buen Gusto por *El Satyro*.

2 En este tercer verso hay un asterisco que remite a una nota al final de la página escrita con mano de época que dice:

"La soledad, con alusión a la en que nació el S^{er} en el Portal de Belén".

En aplauso de día tan festivo
verás al ciego recobrar los ojos, 30
al sordo percibir las armonías,
saltar ya como ciervos a los cojos,
a los mudos romper freno nativo.
No hay peñas, por rebeldes, por impías,
que no produzcan frías 35
cristalinas corrientes.
todo, en fin, es torrentes,
el desierto, la roca, el monte, el llano;
la más seca aridez es ya pantano;
fuente de aguas el haza más sedienta, 40
porque así el orbe ufano
manifiestar su regocijo intenta.

En las horribles cuevas que habitaban
los osos, las panteras, los dragones, 45
ya del junco verdor más apacible,
de la caña doradas las sazones
convidan a los que antes retiraban
timido el pie de senda inaccesible.
La misma que terrible
el paso suspendía 50
del que falto de guía
la intentaba pisar con paso errante
ya segura, derecha al acamianate
que la siga prudente, puro, experto
dirigirá constante 55
a dichosa mansión, a feliz puerto.

No la huellan más fieras ni leones
ni de su estampa quedará memoria
porque a los redimidos del Cordero
ha de ser senda fácil a la gloria; 60
mas hoy que se traslada a las regiones
terrestres todo el sol, no ya un lucero,
tan feliz considero
al mortal rescatado
que de honor coronado, 65
de gozo y de alegría interminable
en poco menos gloria, si es durable,
se mira que el querub constituido.
¡Ch, ventura inefable,
cuán lejos de ti está cualquier gemido! 70

Canción, suspende el vuelo;
no acercarte presumas
donde, aun sagradas plumas
el suyo suspendieron reverentes,
así más elocuentes, 75
conociendo su altura tan crecida,
que por más que te alientes
sólo al intento quedarás rendida.

Il pentimento a Nice Palinodia¹

1

Placa gli sdegni tuoi,
perdono, amata Nice,
l'error d'un infelice
è degno di pietà.
È ver da' lacci suoi
vantai che l'alma è sciolta
ma fu l'estrema volta,
ch'io vantai libertà.

5

2

È ver l'antico ardore
celar pretesi a segno,
che mascherai lo sdegno
per non scoprir l'amor.
Ma cangi o no colore:
se nominar t'ascolto,
ogn'un mi legge in volto,
come si stà nel cor.

10

15

3

Pur desto ogn'or ti miro,
non che ne'sogni miei,
che ovunque tu non sei,
ti pingè il mio pensier.
Tu, se con te m'aggiro;
tù sè ti lascio mai;
tù delirar mi fai,
di pena o di piacer.

20

4

Di te s'io non ragiono,
infastidir mi sento;
di nulla mi rammento
tutto mi fa sdegnar.
A nominarti io sono
si avvezzo a chi m'apresso,
che al mio rivale istesso
soglio di te parlar.

25

30

¹ Escrito por el amanuense del Duque de Béjar; no está firmada. Inédito. El subrayado es del original.

5

Da un sol tuo sguardo altero
da un sol tuo detto umano,
io mi difendo in vano, 35
sia sprezzo o sia favor.
Fuor che il tuo dolce impero,
altro destin'non hanno,
che secundar non sanno,
i moti del mio cor. 40

6

Ogni piacer mi spiace
se grato a te non sono,
ciò che non è tuo dono,
contento mio non è;
tutto con te mi piace, 45
sia colle, o selva o prato,
tutto è scoglio no ingrato
lungi, ben mio, da te.

7

Or parlerò sincero:
non sol mi sembri bella, 50
non sol mi sembri quella,
che paragon non ha;
ma spesso ingiusto al vero,
condanno ogni altro aspetto;
tutto mi par difetto 55
fuor che la tua beltà.

8

Lo stral già non spezzai;
che in van per mio rossore
trarlo tentai dal core,
e ne credei morir. 60
Ah per uscir di guai,
più me ne vidi oppresso:
Ah di tentar l'istesso,
più non potrei soffrir.

9

Nel visco, in cui s'avvenne
quell'augellin talora, 65
scuote le penne ancora,
cercando liberta;
ma in agitar le penne,
gl'impacci suoi rinnova, 70
più di fuggir la prova,
più prigionier si fa.

10

No ch'io non bramo estinto
il caro incendio antico;
quanto più spesso il dico,
meno bramar lo so.

75

Sai che un loquace istinto
gli amanti a'detti sprona;
ma fin che si ragiona,
la fiamma no passó.

80

11

Biasma nel rio cimento
di Marte ogn'or gli sdegni,
e ogn'or di Marte ai segni
torna il guerrier cosi.
Torna cosi contento,
schiavo che usci di pena,
per uso alla catena
che detestaba un di.

85

12

Parlo, ma ogn'or parlando,
di te parlar procuro,
ma nuovo amor non curo,
non so cambiar di fe
parlo, ma poi dimando
pietà de detti miei:
parlo, ma sol tu sei
l'arbitra ogn'or di me.

90

95

13

Un cor non inconstante,
un reo ccsi sincero,
ah l'amor tuo primiero
ritorni a consolar.
Nel suo pentito amante,
almen la bella Nice
un'alma ingannatrice,
sà, che non può trovar.

100

Fine della Palinodia.

EL JUSTO DESCONFIADO

D. Alonso Solis Folch de Cardona

Duque de Montellano

EL JUSTO DESCONFIADO: Don Alonso Solis Folch de Cardona

FABULA DE JUPITER Y EUROPA

En octavas¹

I

Inspira, Euterpe, al pecho fatigado,
pues de mi lira el canto balbuciente
sin tu favor será tan limitado
que enturbie sólo la Castalia fuente;
resuene en su ribera y en su prado 5
de mi voz la armonía reverente
y del numen mayor locos amores
en el lienzo se estampen de sus flores.

II

Los aciplos concertados de mi avena
dulce oirá la región en donde, undosa 10
sierpe de plata, la fecunda, amena
del Tajo la corriente procelosa
materia de su celebrada arena
en columna a mi voz, donde armoniosa
guarde al Evo en eternas inscripciones 15
del nieto de la espuma las traiciones.

III

Mas ya veo, con pálidas señales,
moverse el templo en místicos temblores,
y que vertiendo luces celestiales
desciende Febo en sacros resplandores; 20
intentos de mi pulso desiguales
templado anima en métricos ardores,
pues resuena lo heroico de su acento
en la fibra menor de mi instrumento.

¹ Obra impresa. Como señalamos en la biografía, parece una impresión particular, ya que no tiene licencia ni fecha ni nombre de impresor. En la portada aparece escrito por Cueto lo siguiente: *por el Justo Desconfiado (El Conde de Salduña)*.

IV

Canta la voz que concibió la idea, 25
al contacto abrasado de mi pluma,
cuanta bebió centella que fiebea
bulle Aganipe en argentada espuma,
como el lazo romper Jove desea
de la cárcel de Amor, porque consuma 30
la tormenta que en ansias y martirios
encrespa el huracán de sus delirios.

V

Tu, bella envidia de la cipria diosa,
deja del patrio río la ribera,
que a tus plantas le bebe la olorosa
fragancia dulce de su primavera,
y escucha, pues mi voz armoniosa,
emula de la azul voluble esfera,
más con su acento tu beldad aclama
que el clarín sonoro de la Fama. (sic) 35

VI

No ya siempre vibrando los rigores
a mi voz burles con veloces huellas,
porque la selva alfombra ofrezca en flores
que el divino contacto vuelva estrellas;
divina Tirse, escucha los ardores 45
que encendieron de Europa luces bellas,
pues Amor rinde el alma entre desmayos
el dios que rige los ardientes rayos.

VII

Tú, de cuya hermosura enamorado
rinda Amor obediencias en su imperio, 50
pues, ardiendo en su vista el Niño alado,
vanidad hace de tu cautiverio,
y si de tu rigor fue despreciado,
adorando su mismo vituperio
vive amante, pidiéndole a tus ojos 55
el carcaj y las flechas por despojos.

2 Falta una sílaba en este endecasílabo. En las siguientes octavas que se repite este mismo error métrico lo señalamos con sic.

VIII

Tú, a cuyas bellas luces concediera
el príncipe pastor el peregrino
como que supo en la celeste esfera
codiciar envidioso lo divino, 60
escúchale a mi acento la primera
armonía que Euterpe le previno,
en que cantará el pecho resonante
amoroso trofeos del Tonante.

IX

Tú, en cuyo sacro templo soberano 65
penden frisos de humanos corazones,
pues que su libre empleo rinda ufano
amante el albedrío a tus arpones,
no siempre sorda, con rigor tirano,
le burles a mi pecho las razones, 70
ni porque canto ensayos ahora amantes
transmutes las orejas en diamantes.

X

Del veneno tirano de Cupido
inficionado Jove el fuego encierra,
y amante al corazón que arde encendido 75
le combate la llama en dura guerra;
al aire entrega, en misero gemido,
el ardiente furor, que el pecho yerra,
que por lograr de Amor la dulce palma
arrojará en pedazos rota el alma. 80

XI

La llaga que en sus venas alienta
derrama ya crueles los rigores,
áspid mordaz que el pecho le atormenta
con piélagos vivaces de dolores. 85
El corazón humilde desalienta
a la furia voraz de sus ardores,
que a batallas de amor desfallecido
es su gloria mayor vivir rendido.

XII

Venciendo ya en la guerra rigurosa,
infeliz del Amor era trofeo, 90
y cediendo a su furia venenosa
la voluntad esclava es del deseo.
ya en amistad espera generosa
medio feliz a tan dichoso empleo,
solicitando en finas confianzas 95
a tanta tempestad, dulces bonanzas.

XIII

A Mercurio confía el Dios tonante
 el Etna que en su pecho arde amoroso,
 cuyo furor se aumenta cada instante
 en las medulas de su pecho ansioso. 100
 Las luces de quien águila es constante
 la deidad, que veneras respetoso,
 dijo en aquestas voces que, deshecho,
 produjo en tiernas lágrimas su pecho:

XIV

"Yo, el regio Atlante, en quien estriba el peso 105
 del cetro de esa sacra monarquía,
 no de Cupido al poderío ileso
 quedé, pues lloro la desdicha mía;
 en poderosos lazos gimo preso
 de la beldad de quien aprende el día, 110
 Europa, cuya dulce tez hermosa
 vaso es confuso de jazmín y rosa.

XV

Sólo aquesta beldad rindo el sosiego,
 sintiendo sus desvios y rigores,
 pues, ardiendo mi pecho en tanto fuego, 115
 de su desdén aprecio los dolores.
 Traidoras flechas del tirano ciego,
 tanto al mirar me rinden sus primores
 que a mis desdichas les fabrica el hado
 de sus descuidos el mayor cuidado. 120

XVI

Cual se arroja traviesa mariposa
 que en tornos del reflejo amante gira
 hasta que, en sus incendios amorosa,
 la que luz adoró la erigió pira; 125
 cual a rondar se atreve, codiciosa,
 la abeja el ámbar que la flor respira;
 así yo, en amorosos devaneos,
 gasto al alma en mis giros sus deseos.

XVII

Veleras naves son mis pensamientos
 que navegando un mar de confusiones, 130
 ya combatidas de encontrados vientos
 les enfrenan el rumbo a sus acciones;
 Favonios la razón inspira lentos,
 deteniendo el deseo a mis pasiones,
 y huracanes de amor me precipitan 135
 y con violentas ráfagas me irritan.

XVIII

Nunca el incendio de mi ardiente llama
el fuego descubrió de su locura
porque el dolor intenso de quien ama
creyó unido el desprecio a la hermosura. 140
Temí asunto infeliz ser de la fama,
y de sus ojos en la llama purá
Icaro triste derretir violento
plumas de mi amoroso pensamiento.

XIX

Silabas que el dolor suele al semblante 145
arrojar por las fuentes de los ojos,
que en pedazos de líquido diamante
alivian de la pena los enojos;
no al triste pecho, que encendió anhelante
rigor de amor, pues fáciles despojos 150
hizo a mi rayo, porque aún arda el fuego
en las vivaces llamas del dios ciego.

XX

Qué alivio tan inútil es el llanto
para templar pasiones amorosas,
aunque exhalado el pecho en su quebranto 155
lágrimas tierno vierta dolorosas;
más crece del Amor el ciego encanto,
más renueva las llagas venenosas,
mas ¿cómo puede ser alivio y gloria
si el porqué siente acuerda a la memoria? 160

XXI

Tú, que porque gozase luces bellas,
con las armas del sacro caduceo
apagaste la vida a cien estrellas
que del ave de Juno son trofeo,
da remedio a mi amor, pues las centellas 165
que arroja lo vivaz de mi deseo
sólo templarlas puede la alta gloria
de conseguir de Europa la victoria."

XXII

Dijo. Y Mercurio, a su dolor atento,
que en el semblante mira el Etna oculto, 170
le responde: "De Europa el vencimiento
a tu sacra deidad no dificulto;
peregrino de amor, nuevo portento,
disfrazando mejor el bello bulto,
serás de hoy más que cuando en lluvia de oro 175
burlaste a Danæ el virginal decoro.

XXIII

Del mar se extiende a las orillas prado
que de plata secunda nervio undoso
y de varios matices adornado.

Mar de matices es, si no espumoso
Corona de Agenon aqui el ganado
tal vez un blanco cisne que, dichoso,
girnalda le tejió de fresca rosa
la blanca mano de tu dulce hermosa.

180

XXIV

Miente de blanco toro la figura
y, áspid mordaz de este jardín ameno,
con útiles engaños asegura
antidoto al horror de tu veneno;
arrebata de Europa la hermosura
y a sus suspiros, de piedad ajemo,
al mar te entrega, dando a tu cuidado
dichoso fin en fugitivo nado."

185

190

XXV

Dijo Mercurio, y Jove, acelerado
correte de la razón hecho el oido,
acero sigue ya precipitado
el bellissimo imán de su sentido;
encendido en deseos de su amado
dueño, a beber el dulce colorido,
quemándose en la luz que adora amante,
mariposa descende el dios tonante.

195

200

XXVI

A quien la juventud de un bello llano
siempre florida está la primavera,
pues jamás del invierno ni verano
conoció los rigores su ribera.
La filomena entrega al aire en vano
el triste caso de su muerte fiera,
confundiendo lo acorde de su llanto,
de pajarillos mil travieso encanto.

205

XXVII

Titán soberbio, un monte al sol se atreve
que, levantando entre floridos mayos,
lucos sediento en las estrellas bebe
con la frente abollándolas los rayos.
De la blanca cimera de su nieve
el cielo teme bélicos ensayos,
pues cuando, estorbo de los llanos, crece,
de Júpiter los rayos estremece.

210

215

XXVIII

A su falda con líquidos cristales
 arroyos corren ya murmuradores,
 y, dando vida a flores racionales,
 espejo les acuerdan sus amores; 220
 lloran la causa triste de sus males,
 que, aún convertidos en fragantes flores,
 no viven libres del aiado ciego,
 que en lo insensible se introduce fuego.

XXIX

Mira Narciso triste la hermosura 225
 que, de sí mismo amante, dio a una fuente;
 enamorado allí de la pintura
 que el cristal le copiaba transparente,
 redujo de sus miembros la estructura 230
 a morador del prado floreciente,
 que, tirano escarmiento, la memoria
 es eco tiste de su amarga historia.

XXX

La ninfa que, burlando el engañoso
 del sátiro lascivo vil deseo,
 redujo a frágil planta el cuerpo hermoso, 235
 de amor injuria, del desdén trofeo
 mira su forma en el espejo undoso
 que apagó las antorhas de Himeneo,
 cuyos sonante miembros ya tejidos
 música acorde son a los sentidos. 240

XXXI

Aguila que lucientes resplandores
 bebe, a la luz sin tributar desmayos,
 manteniendo su vista a los fulgores
 la clicie flor, es linca a tantos rayos; 245
 sigue del sol ardiente los amores,
 fragrante ejemplo entre floridos mayos,
 que, amante, no olvidando su fineza,
 adonde muere inclina su cabeza.

XXXII

El árbol acompaña la alameda 250
 en cuyas verdes hojas ha encontrado
 el artifice bruto de la seda
 hebras de que el sepulcro ha fabricado.
 No representa Amor memoria leda,
 trágica sí, cuando candor borrado
 manchó su tronco en golpe tan violento 255
 cual de su fruta acuerda lo sangriento.

XXXIII

Aquella tierna flor que a la cerdosa
ira derramó ya coral caliente
cuando mintiendo fiera rigurosa,
el quinto dios vibró lunado diente, 260
ostenta su esplendor en la olorosa
tragedia de que gime tristemente
cuando para su llanto vierta ufana
el rocío en sus hojas la mañana.

XXXIV

Verde estorbo del aire, el grosero, 265
honor robusto en pabellón copado,
da el tronco que sirvió al candor primero
fruto barbaramente sazonado.
Este que sonoro ha sido aguero
de religión errada venerado, 270
circiéndole humildes y devotos
preciosos humos y rendidos votos.

XXXV

Pacífica corona es de la yerba
el árbol que deidad dio protectora
en la prudencia sabia de Minerva 275
cuanto Atenas en letras atesora;
verde esplendor en donde se conserva
la razón que la aclama vencedora
cuando triunfó en un golpe sabia ciencia
del Júpiter segundo en competencia. 280

XXXVI

El que fraterno ardor ha reducido
a verde morador, que en su quebranto
entorpeció los miembros repetido
al idioma infeliz de triste llanto, 285
porque a intento de Joven atrevido
padeció el mundo horror en fuego tanto,
como acuerda, poblada en negra copia
de sus vivientes humos, Etiopia.

XXXVII

De la peneida niffa el cuerpo hermoso
se muestra en esmeraldas transformado, 290
cuyo verdor ofende desdeñoso
el imperio del sacro dios vendado;
sus miembros, en enlace artificioso,
tejen diadema real, que enamorado
cife a sus sienes el que en rojo coche 295
los horrores destierra de la noche.

XXXVIII

Retrato era este llano de la esfera
si terrestres estrellas son las flores,
pues cuantas brotó en él la primavera
enseñan a brillar sus resplandores. 300
Aquel luciente cuerno de la fiera
que ilustra el manto azul con esplendores,
fecundo vierte, pródiga y ufana,
de Amaltea la mano soberana.

XXXIX

Este pensil del vasto continente 305
es fin donde comienza proceloso
a dilatarse el líquido tridente
coronado de aljófara espumoso;
con olas engreído su torrente,
a sorberse parece que ambicioso 310
el mundo crece, con altivas sañas
de borrar el verdor de sus compañías.

XL

Aqueste valle, pues, donde la Aurora
las lágrimas que vierte ha convertido
en confusa república de Flora, 315
de vario si apacible colorido,
palestra fue cruel en donde llora
su laurel afrentado el dios Cupido,
pues la voz de la Fama a la memoria
tiránias gritó de la victoria. 320

XLI

Ya, titán, con sus luces oprimia
nocturnos astros del celeste velo
y con pequeño resplandor al día
purpureaban las hebras de su pelo;
humildes ios cabellos que regia 325
sacuden de sus celines verde el hielo,
apagando sus fúlgidas centellas
el trémulo esplendor de las estrellas.

XLII

Vestidas de sus rayos celestiales,
salamandras ardian en la esfera, 330
las aves ya de Leda racionales
luces que brillan en la primavera;
su sor de tiempo muestran los anales
cuando pluma mintió con traición fiera
Jove en el ave, cuyo triste canto 335
profeta es infeliz de infausto llanto.

XLIII

Brillante afrenta de la luz febea
era la copia del divino coro,
que al florido homenaje que pasea
aumentaba odorifero tesoro. 340
Romper de su desdén Amor desea
el escudo que armó fuerte el decoro,
en donde su poder halló deshechas
las venenosas rabias de sus flechas.

XLIV

Cual susurrante el escuadrón alado, 345
usurpándole el ámbar a las flores,
despoja de florido aroma al prado
que en néctar le convierten sus labores
y con afán continuo su cuidado,
aumentando el trabajo en sus sudores, 350
hierve la obra con afán violento,
dulce fragancia rebosando el viento,

XLV

Así las ninfas en la bulliciosa
felicidad alegre del conteto
usurpan cuanto concibió preciosa 355
la gleba a soplos del Favonio lento;
breve círculo tejen que olorosa,
dulce fragancia de suave aliento
respira, confundiendo los primores
del matizado aroma de las flores. 360

XLVI

No ya a la luz del sol la nieve pura
brotó esplendores cobijando rayos,
que con luciente eclipse de blancura
la vista roba en débiles desmayos;
su caduco lucir es noche oscura 365
invierno triste sus floridos rayos;
sólo es Europa la que sol y nieve
ojos alumbra y corazones mueve.

XLVII

Como a la rosa juran soberana
vasallaje las flores, y encendido 370
del aliento que bebe a la mañana
ostenta el rosicler de su vestido;
como al lucero cuya luz temprana,
purpureando apacible colorido,
destierra de la noche sombras frías
con la brillante antorcha de los días. 375

XLVIII

Monstruo del Amor es en quien remito
toda su potestad el niño ciego,
si al vuelo de mi pluma se permite
igualar las alturas de su fuego. 380
Feliz seré si el rubio dios admite
las religiosas voces de mi fuego
dándome, porque copie sus destellos,
luz que compita el oro a sus cabellos.

XLIX

Al marfil animado de su irente 385
con retoques que añade vergonzosa
enrojece el purpureo, floreciente
color lascivo de la virgen rosa;
no de avara la concha el reluciente
llanto del alba oculta artificiosa, 390
politica esta vez en sus primores
competencias huyó, calló temores.

L

Sus ojos son flecheros rigurosos
del imperio tirano de Cupido,
esparciendo crueles, belicosos 395
rayos, que amante postran el sentido;
de su beldad trofeos amorosos
los albedrios son, que al encendido
esplendor bello de sus dos luceros
tiene el Amor seguros prisioneros. 400

LI

El clavel bipartido de sus labios,
en perfección unida siempre iguales,
sabe con rojos esplendores sabios
purpurea envidia cer de los corales;
el marfil de sus dientes causa agravios 405
al dulce néctar de la diosa Pales
y en el florido aroma de su aliento
dulcísimos perfumes debe el viento.

LII

La nariz de este mar de perfecciones
es peligroso Escila, donde sabe 410
perder el rumbo a humanos corazones,
piloto el albedrío de la nave.
¿Qué mucho que en escollos de pasiones
sientan desdichas de naufragio grave,
de muerta libertad tristes despojos, 415
que sobrarán al rayo de sus ojos?

LIII

Tal vez, émula casta de Diana,
vidas al bosque vasto esteriliza,
y derramando diestra viva grana,
la verde yerba en púrpura matiza. 420
Tal, la lira pulsando, mano ufana
hasta lo inanimado inmortaliza
con dulce voz, que pudo al tracio canto
injuriar en los reinos del espanto.

LIV

No en la región de Juno a simples aves 425
libra velocidad de prestos vuelos,
que en torneado metal escucha graves
del volador cosario los desvelos;
este, que, desatando las suaves,
blandas prisiones, sigue en sus anhelos 430
la banda con cruel, sañudo intento,
plumada exhalación cortando el viento.

LV

Arde en amante fuego la ribera
a la animada llama de sus ojos,
siendo los pechos en tan dulce hoguera 435
pobres cenizas, miseros despojos;
a la voz de su pena lisonjera,
ecos son los desdenes, los enojos,
que el rendido que busca sus piedades,
fabrica en sus suspiros sus crueldades. 440

LVI

Vaga infeliz el mísero ganado,
norte de su desdicha su balido,
que al nocturno ladrón llama, que airado
es de sus mismas voces conducido;
no le ahuyentan las iras del cayado, 445
no del cañamo duro el estallido,
y a descuidos del can, ceba inclemente
la hambrienta saña de su duro diente.

LVII

No a Vesta las entrañas ambiciosa
reja cruel del Labrador fatiga 450
porque rinda a su mano codiciosa
el esplendor granado de la espiga
ni presa con industria artificiosa
en los astutos lazos de la liga,
infeliz ave lamentó en sus penas 455
hallar en el descanso las cadenas.

LVIII

Tierno viste los aires el gemido,
rompiendo dulcrosas las razones
el corazón, que intenta en su quejido
encontrar con piadosas atenciones. 460
Articulada voz hiere su oído
con humildes rendidas sumisiones
y apenas llega cuando en iras sumas
su desdén le calzó ligeras plumas.

LIX

No de otra suerte el Anteón ligero, 465
del Ventor al latido amedrentado,
burla del Noto el silbo lisonjero,
con alas que el temor da a su cuidado;
no de otra suerte de mortal acero
arpon es ya del arco desatado, 470
el temblor de la cuerda tan violento
que excede en lo veloz al pensamieto.

LX

Como oyendo de Amor dulces querellas,
en que exhala rendidos corazones
del blando Mongibelo las centellas 475
que abrigaba el dolor de sus pasiones,
tan veloz mueve las ligeras huellas
por burlar a sus pechos las razones,
que atendiendo a su fuga causó enojos
al perspicaz intento de los ojos. 480

LXI

Con tal velocidad de su destino
siguen el rumbo y el error iguales
las ninfas, que no deben al divino
ocurno las arenas sus señales;
no en óvalo luciente metal fino 485
ni en mordaz diente venenosos males
su curso detendrán, que yerro es necio
si huyen de Amor con alas del desprecio.

LXII

Renovando memorias que altamente
conserva Juno en su celoso pecho 490
de veces que manchó Jove imprudente
la prometida fe del casto lecho,
con nuevas furias esgrimíó impaciente
el reprimido ardor de su despecho
por borrar de la ninfa en sus enojos 495
la tierna luz de sus brillantes ojos.

LXIII

Del oro el humo torpe condensando
el denso respirar de sus horrores,
la luz del sol oscureció, eclipsando
el bello rosicler de sus fulgores 500
y, de negra tiniebla matizando
del azul velo claros esplendores,
en poder de la noche gimió el día,
cautivo de su horrenda monarquía.

LXIV

En los dominios ya del aire vago, 505
que ocupados se van del ceño triste
que de la luz en tenebroso estrago
pavor y palidez al viento viste;
parece que el estigio infernal lago
se transformó en su ser en donde asiste 510
el tartáreo Plutón, si Atropos fiera
no trocó a rayos la fatal tijera.

LXV

Del can tremendo el triplice ladrido
parece que en las nubes va tronando,
de sus gargantas el fatal sonido 515
a sus ruinas el orbe amenazando;
al terno de las furias sacudido
del Averno al Olimpo, publicando
guerra, que el cielo, tardo en el castigo,
aun con piedades brinda al enemigo. 520

LXVI

Trueno rompe los aires y ominoso
rayo desciende de sulfúrea llama
que abrasa cuanto encuentra riguroso,
desde tronco robusto a frágil rama.
Sin duda que Tesifone el odioso, 525
injusto pino de tartárea fama,
le fulmina en la tez del aire ciego,
bostezando humo y escupiendo fuego.

LXVII

No de Jove la mano poderosa
fulminó contra Encélado atrevido 530
tal Mongibelo, en donde su ambiciosa
hazaña el epitafio se ha erigido;
como lóbrega nube pavorosa
térreo vapor arroja que, encendido
a su saña, sería corta empresa 535
el reducir los orbes a pavesa.

LXVIII

Del mar airado el liquido torrente
en alas de los vientos se desata
a inundar de los cielos con su frente
brillantes luces en cerúlea plata; 540
no obedece las leyes del Tridente
con que Neptuno sus imperios ata,
que inobediente, con ondosas brumas,
estrellas inundo, chamuscó espumas.

LXIX

Cual nave que surcando el Ponto fiero, 545
en tanta tempestad el timón roto,
dejó ya la faena el marinero
sin náutica advertencia del Piloto,
y con sencillo afecto verdadero
apela el vulgo a la humildad del voto, 550
subiendo al cielo en victimas y ritos
el religioso miedo de sus gritos,

LXX

así en las ninfas el ansioso anhelo
por templar de los dioses los enojos
dio al interior afecto de su celo 555
tierna señal en sus divinos ojos.
Ya pacífico adorno eran del cielo
varios colores con perfiles rojos
y el iris, que firmó seguridades,
bonanzas señaló, gritó piedades, 560

LXXI

porque apenas su queja lastimera
hirió del sacro Jove los oídos
cuando a preceptos de la ley severa
trocó en quietudes los que oyó gemidos; 565
ya de vientos y mares la altanera
colera suspendieron los bramidos
porque una voz encarcelase sólo
rafagas a Neptuno, ondas a Colo;

LXXII

ya desplegando matutinos rayos
restituía el sol con luz ufana 570
la juventud marchita de los rayos
en maridajes de verdor y grana;
ya saludan en músicos ensayos
al blando rosicler de la mañana
con varios idiomas, si suaves, 575
los armónicos picos de las aves,

LXXIII

cuando Amor, con engaño artificioso,
a vista de la ninfas ofrecia
soberbio bruto, que logró, mañoso,
hallar en lo feroz la gallardia. 580
Tan bellamente estaba lo horroroso
disfrazado con dulce hipocresia,
que quedaron al verle suspendidos
sólo en los ojos los demás sentidos.

LXXIV

Cuantos engendró copos de agua pura 585
en la región del frío el Norte helado
para adorno nevó de su hermosura
el vapor de las tierra condensado;
cuajólos en su piel, cuya blancura
del armiño el candor dejó atezado, 590
y, émulo Atlante de sus blancas pieles,
rasgó los mauritanos alquiceles.

LXXV

La luna que en la frente le amanece
en su menguante muestra armados rayos,
que al más osado le estremece, (sic) 595
trocando atrevimientos a desmayos;
las crespas ondas de sus clines crece
el záfiro suave con ensayos,
que la vista más lince le ha dudado
si es risco de cristal organizado. 600

LXXVI

Cual porque de su saña sean despojos
se caló turba de aves envidiosa
a los topacios que brilló en sus ojos
el injusto fiscal de estigia diosa,
así la ceguedad de sus antojos 605
siguen las ninfas, dando primorosa
guirnalda al toro, cuyo cuello debe,
sí a azucenas carmín, a rosas nieve.

LXXVII

Ya sostiene la espalda de la fiera
divinas luces en humano cielo 610
que Atlante, por lograrlas, sacudiera
del tachonado globo el azul velo.
Con maliciosos cáncos persevera
siempre en la orilla del undoso hielo
porque sean, cortando verdes brumas, 615
nerviosos brazos voladoras plumas.

LXXVIII

Montaña viva de cuajada nieve
animado bajel es, que nadante
el Ponto muda, porque ardores pruebe.
De su contacto a incendio fulminante
arde ya el mar, porque en sus ondas bebe
ardientes Etnas su anhelo amante,
porque trueque el error de un pecho ciego
volcanes de agua a pielagos de fuego.

620

LXXIX

Ciego el piloto es que conducia
el amante timón de su deseo
y, aunque sin norte, diestro le regia
al puerto donde logre su trofeo;
a sus gloriosas dichas no asistía
con nupciales antorchas Himeneo,
porque al logro infeliz de los amores
apaga sus lucidos esplendores.

625

630

LXXX

Del impensado lance sorprendidas,
inmóviles las ninfas se quedaron
y, entre temor y susto suspendidas,
en mármol sus acciones transformaron;
no ya del corazón van impelidas
quejas al aire, porque no formaron
del suspiro menor el triste acento,
que aún sus pedazos no les debe el viento.

635

640

LXXXI

Fraterno reino surca el peregrino
vivo bajel, que ya con rumbo cierto
descubre desde el monstruo cristalino
dulce seguridad en verde puerto.
Ya siguiendo la ley de su destino
la planta fija en tierra donde, experto
marinero el Amor, entre verdores
el combate previno a sus ardores.

645

LXXXII

Desterrando el vapor, que oscurecido
el sacro bulto tuvo en negra afrenta,
arpón de los carcajes de Cupido,
gallardo Jove la persona ostenta.
Disfrazado veneno del sentido
con mentidas dulzuras se presenta,
que a resolver los pechos en depojos
beben las ceguedades de los ojos.

650

655

LXXXIII

Con engañosas lágrimas vertía
al aire sus rendidas expresiones
y con sollozos tiernos dividía
en ayes el poder de las razones; 660
con afectada triste hipocresía
la infamia a que le obligan sus pasiones
disfrazar intentaba con los sabios,
retóricos suspiros en sus labios:

LXXXIV

"Si acaso la piedad en la belleza 665
pudo encontrar quien la buscó rendido,
con el nombre disculpe de fineza
traición en que la prenda he conseguido,
pues viendo que al rigor de tu entereza
desdenes el Amor ha merecido, 670
no sufrió de mi pecho el dulce daño
los ejemplos crecer al desengaño.

LXXXV

Bebieron, pues, mis ojos la luz pura
que de tu tez brilló los resplandores
y del alma la sed en tu hermosura 675
hídrica enfermó de sus fulgores;
aumentó ya cruel la calentura
la continua atención a tus primores
y, creciendo la fiebre el pensamiento,
de voluntad murió el entendimiento. 680

LXXXVI

Si acaso imaginara mi deseo
feliz, en alas de la dicha mía,
verse glorioso en admitido empleo,
méritos aumentando en la porfía, 685
contento fuera a tu deidad trofeo
dichoso esclavo de tu monarquía,
donde adulara a mis alegres penas
el destemplado son de las cadenas.

LXXXVII

Puede lograr el admitido amante
vivir alegre, aun en ausencia triste 690
si es que la imagen que adoró constante
en los espacios de la idea viste;
y mas si en los colores del semblante
retoques de favores añadiste,
memoria al alma, en cuyos lienzos fieles 695
sirven los pensamientos de pinceles.

LXXXVIII

De las leyes de Amor el absoluto
imperio reconoce, y con rendida
sumision a sus aras da en tributo
venustos años de la edad florida; 700
consigan mis deseos dulce fruto
en mutua unión, en fe correspondida,
porque crezca mi dicha, a un tiempo ufana,
glorias a Venus, furias a Diana".

LXXXIX

Dijo, y cual maternal afecto pudo 705
armar contra el rencor de la campaña
liquido acero al joven que desnudo
en estigio licor el cuerpo baña,
así, tirano a Europa, fuerte escudo
vistió ya del desdén la dura saña, 710
estas quejas grabando en los veloces
céfiros los buriles de sus voces:

LXC

"Si ardió tu corazon en dulces daños
a los lucientes rayos de mis ojos
y no tocó tu pecho en desengaños 715
la desdeñosa voz de mis encjos,
¿por qué en transformaciones tus engaños
robaron mi deidad sin que despojos
hicieses de mi fuego a tu fineza,
salamandra feliz de mi belleza? 720

LXCI

Si fuera prisionero tu albedrio
del suave yugo de mi blando imperio,
máritos añadiera el ceño mio
al dolor de tu ciego cautiverio; 725
quizá postrara mi cruel desvio
verte estimar amante el vituperio,
que continúa porfia en los rigores
fabrica de desdenes los amores.

LXCII

No es efecto de Amor la tirania
con que lograste tu anhelado empleo, 730
que, hija bastarda del poder, la cria
entre sus torpes brazos el deseo.
Si eres tú de la excelsa monarquia
celeste numen, ¿cómo, oh cielos, veo
que en lo sagrado quepan los delitos 735
y a las deidades manden apetitos?

LXCIII

Antes que el torpe lazo de Cupido
logre tu sinrazón, infiel tirano,
de los celestes orbes desprendido
rayo descienda contra el aire vano 740
y, en piélagos de llamas convertido,
fuego tribute a mi dolor, que ufano
respirará en el aura desagravios,
si muertes da al comercio de mis labios.

LXCIV

Llegue el fin que mi pecho ha deseado 745
por si mi pena en gozo se convierte,
que el que al rigor del cielo destinado
nació, no hay más descanso que la muerte;
con ánimo sencillo y susegado
aguardo los decretos de la suerte, 750
que a quien el hado fiero es homicida
es muerte cada paso de la vida.

LXCV

La Parca sacará de mi tormento
copia que acuerde mi fatal ruina,
pendiendo por memoria al escarmiento 755
en el funesto altar de Libitina;
desatada en el último lamento
de la porción humana la divina,
pisará el reino del nocturno espanto,
reconociendo el yugo a Radamanto 760

LXCVI

No de Egipto imitando los excesos
al fin erijan de la suerte mía
soberbio mauseolo, que a mis huesos:
consERVE polvos en ceniza fría;
ni en perfido se impriman los sucesos 765
de la causa fatal de mi agonía,
que sólo mi desdicha a la memoria
puede ser coronista de mi historia".

LXCVII

Freno a su voz en balbucientes ecos
impuso, no al dolor, que sus gemidos 770
repetiendo los montes en sus huecos,
vistieron de congoja a los sentidos.
Llorán las rocas y los troncos secos,
el sordo mar se convirtió en oídos,
que sólo al ciego Jove en su locura 775
no le mueve llorando la hermosura.

LXCVIII

Bronce a sus voces sólo solicita
el alivio encontrar a tantos males
y a beber de su tez se precipita
los animados nitidos cristales;
no la piedad su torpe error limita,
que ya atrevido liba en sus corales
hojas en que de Amor el ciego rito
los deleites fundo del apetito.

780

LXCIX

Venció ya con infame desatino
el más altivo monstruo de entereza
el milagro más bello y más divino
que jamás animó naturaleza,
pues codicioso el orbe se previno
a usurpar algún rasgo a su belleza
y de sus cuatro partes victoriosa
su nombre mereció la más gloriosa.

785

790

C

El destemplado son de ruda avena
nelle la voz y penda al aire vano,
sacrificando de mi amarga pena
el intento a motivo soberano;
a las aras de Tirse, donde, llena
el alma del rigor del dios tirano,
ofrece los primores del concepto
entre las puras llamas del respeto.

795

800

EL PEREGRINO

D. Ignacio de Luzán Claramunt y Suelves

EL PEREGRINO: Don Ignacio de Luzán

Traducción de un Soneto Italiano de Juan Bautista
Zappi sobre Judit.¹

En fin volvió Judit, volvió triunfante
y el pueblo "¡Viva, viva!" repetía.

El héroe, de mujer nada tenía
mas que el tejido engaño y el semblante.

Tropel de doncellitas anhelante
el manto, el pie besábanla a porfia;
la diestra no, porque aún miedo infunda
por la muerte del bárbaro arrogante.

La voz de cien profetas lisonjera
"será ilustre", decía, "tu memoria
mientras del sol durare la carrera".

Grande fue su valor en la victoria,
pero mayor cuando volvió a su esfera.
Estaba toda humilde en tanta gloria.

1. Gianbattista Felice Zappi (1667-1719). J. ARCE en su libro *La poesía del siglo ilustrado*. Alhambra, Madrid, 1980, nos dice de este italiano: "uno de los poetas más melindrosos y almibarados de la poesía italiana /.../ compuso un soneto, *Giuditta*, como contraste, de aparente inspiración grandiosa y terrible, sobre el tema bíblico de Judit." Al respecto José M. CASO señala: "Zappi fue el poeta que hizo triunfar en el ambiente arcádico italiano una de las dos corrientes, la pindárica y la anacreóntica, de Chiabrera, concretamente la segunda, y un Luzán al que hemos visto inclinado al anacreontismo lo que traduce de Zappi es el soneto a Judit, que está de alguna forma en la línea pindárica" (*La academia del Buen Gusto y la poesía de la época en La época de Fernando VI, Textos y Estudios del siglo XVIII*, Vol. 9, Cátedra Feijoo, Oviedo, 1981, pp. 406-7). Pero como señala ARCE: "Luzán tradujo ese soneto de Zappi con escrupulosa fidelidad. Pero, mientras los detalles más gentiles se respetan literalmente /.../ los rasgos de los tonos fuertes y espeluznantes se evitan con cuidado /.../. Luzán, que en breve espacio del soneto respeta lo que es delicado, evita en cambio lo cruel y truculento..." Op. cit. p. 196. Cita prácticamente idéntica a la ya expresada por él mismo en *Diversidad temática y lingüística en la lírica dieciochesca. Los conceptos de Rococó, Neoclasicismo y prerromanticismo en la literatura española del siglo XVIII*. (Cuadernos de la Cátedra Feijoo, nº 22, Oviedo 1970, p. 37)

2. L. Augusto de CUETO publica también este soneto (tomo LXI de la B.A.E. p. 119) sin variantes y sin reproducir el texto italiano que figura en las actas de la Academia del Buen Gusto: *Al fin col teschio d'atro sangue intriso/tornò la gran Giuditta, e ognun dicea/viva l'eroe; nullea di donna avea/ruorche il tessuto inganno, e l. vago viso./Conser le Verginelle al lieto avviso,/chi il piè, ch'ill manto di baciar godea,/la destra no: ch'ognun di Lei temea/per la memoria di quel mostro ucciso./Cento profeti alla gran donna intorno,/n'andrà, dicean, chiara di te memoria,/finche il sol porti, e ovunque porti il giorno/forte ella fu nell'immortal vittoria;/ma fu più forte allor che fe ritorno;/stavasi tutta umile in tanta gloria.* Ambos textos son autógrafos de Luzán.

En el día de la proclamación del Rey Nuestro Señor
<D. Fernando VI>.*

SONETO

En este sacro venturoso día,
Sexto Fernando Augusto, en que os proclama
vuestro pueblo, y su padre y rey os llama,
en lágrimas bañado de alegría,

voz por el aire oyó mi fantasía
de dos reyes (empleo de la fama)
de cuyo tronco sois excelsa rama,
que proféticamente así decía:

5

"España tendrá Rey de nuestro nombre
que igualará triunfando del olvido,
del Tercero y del Quinto el gran renombre."

10

Entonces dije yo: "Pues si ha subido
Fernando al trono ¿qué hay de que me asombre?
Hoy mismo el vaticinio se ha cumplido."⁴

3. La nota que aparece entre corchetes es de L.A. de CUETO, escrita sobre el original; publica este soneto en el Tomo LXI de la B.A.E., p. 119 añadiéndole Don.

4. A este soneto acompaña la siguiente carta, posiblemente dirigida a D. Agustín de Montiano y Luyando, Secretario de la Academia:

"Amigo y Señor: Temo que el tiempo que hace y la ocupación de la junta que suele acabarse tarde, y el no estar yo enteramente restablecido de mi pequeño resfriado, me privarán del gusto de asistir hoy a la Academia y de la hora de estar a los pies de nuestra Excelentísima Presidenta. Hágame V.M. el favor de hacer presente a Su Excelencia mi sentimiento y mi profundo respeto; y para que la Academia se persuada que esta falta mía no es pereza, remito un soneto que hice a la Proclamación del Rey Nuestro Señor, y suplico a V.M. se sirva leerle por mí, y a los Señores Académicos y concurrentes se sirvan disimularle sus faltas. Quedo de V.M. siempre con todas veras, Luzán, Febrero 11 - 1751."

Ambos textos son autógrafos de Luzán; el soneto ya estaba escrito desde 1746, como él mismo dice en la carta. Su hijo, en las Memorias, menciona dos sonetos impresos de este año 1746 "con motivo de la exaltación del Señor Fernando el Sexto al trono ... aunque sin su nombre" (Memorias, Repr. por CUETO ... Op. cit. p. 103). La citada carta fue publicada por G. MAKOWIECKA en *Luzán y su poética*, Planeta, Barcelona, 1973, p. 75.

Traducción de una oda de la Poetisa Safo.
Θαίvezαι μοι κείνος ἰρος θεοῖριν etc.⁵

A los celestes dioses me parece
igual aquel que junto a ti sentado
de cerca escucha cómo dulcemente
hablas, y cómo
dulce te ríes: lo que en mi del todo 5
dentro del pecho el corazón abrasa.
Mas, ¡ay!, que al verte, en la garganta un nudo
de habla me priva;
se me entorpece la lengua y por todo ⁶
mi cuerpo un fuego rápido discurre; 10
de los ojos no veo; los oídos
dentro me zumban;
toda yo tiemblo; de sudor helado
toda me cubro; al amarillo rostro
poco faltando para ser de veras, 15
muerta parezco.

5. Esta composición es autógrafa de Luzán. LÓPEZ DE SEDANO la publica junto con otra de la misma poetisa Safo en su *Parnaso Español*, IV, pp. 169-171. L.A. DE CUETO la reproduce en el Tomo XLI de la B.A.E. p. 119 como inédita. Sobre el original, al final de la composición, aparece un asterisco que remite a una nota superpuesta por Cueto, dando otra versión de esta Oda, del poeta D. José del Castillo y Ayensa; es la misma nota que aparece en la S.A.E.

MENÉNDEZ PELAYO en sus *Poesías*, tomo I, p. 43, con fecha de 6 de Enero de 1875 en Santander, traduce también esta oda. En sus *Obras completas*, Biblioteca de traductores españoles, II, pp. 367-370, al citar las otras de Luzán, la recoge de nuevo junto con la anteriormente citada por Cueto, cuyo autor era José del Castillo; más una de Camp. Argüelles, y otra de Conde.

6. Cueto cambia todo el verso:

La lengua se entorpece; ya por todo

Menéndez Pelayo recoge la transcripción de este verso de Cueto, no del original. Pensamos que la no fidelidad al manuscrito podría deberse en ambos casos a una distinta interpretación de la acentuación del eneacastilabo

Romance³

Señora⁹, el juicio de Paris
 no es el juicio de Paris
 ni el de Paris Montmartel¹⁰
 o Paris Du Vernay. 5
 Allá Paris fue un pastor
 (años ha más de tres mil)
 hijo de Priamo el viejo,
 rey del troyano confín.
 Ya sabéis que el ser pastor
 no era oficio entonces vil, 10
 y que sabia ser cetro
 un cayado pastoril.
 Paris, pues, gallardo joven,
 galán, brioso y gentil,
 guardaba en los valles de Ida 15
 con vida alegre y feliz
 el ganado de su padre.
 Con esto solo y servir
 a Enone, una bella ninfa,
 que le amaba mas que a si, 20

8. L.A. de CUETO publica este romance en la B.A.E. LXI, p. 120 añadiéndole el siguiente título: *El Juicio de Paris. Romance Burlasco.*

9. Es muy posible que la Señora a la que hace referencia Luzán aquí y en los diez últimos versos de despedida, sea doña María Teresa de Silva y Alvarez de Toledo (1718-1790), hermana mayor del duque de Huescar, embajador en Paris; casada en 1738 con el duque de Berwick, Jacobo Fitz-James. Hemos podido comprobar en la correspondencia entre Carvajal y Huescar, (1746-1749), (D. OZANAM, *La Diplomacia de Fernando VI.* C.S.I.C., Documentos, Madrid, 1975) que esta señora viajó a Paris por cuestiones de salud, acompañada del hijo del duque de Montellano, don Alonso Solís Folch de Cardona, nuestro *Justo Desconfiado*, permaneciendo allí desde el 4 de enero de 1747 hasta el 29 de junio de 1748. Podemos suponer que Luzán pudo escribir este romance en Paris dentro de estas fechas, y después llevarlo a la Academia del Buen Gusto.

6. MAKOWIECKA, ... Op. cit. p. 257, recoge este romance y añade: '*con su dedicatoria en verso a la Duquesa de Werwick.*'

10. En el original, que es del ananense de Luzán, aparece superpuesto y muy posiblemente de mano de Luzán: Paris Montmartel; y en el siguiente verso: Paris Du Vernay. Hemos podido comprobar que se trata de los dos hermanos Paris: Jean Paris de Montmartel (1690-1766) el primero, Guarda del tesoro Real y banquero de la corte de Francia desde 1730 a 1757. El segundo Joseph Paris Duverney (1684-1770), abastecedor de las tropas francesas, que en 1751 era intendente de la Escuela militar. Cfr. el libro ya citado de OZANAM p. 122.

vivia mejor mil veces
que Amurates y Selim.
Dejemos a nuestro Paris
en este estado que ois,
bien hallado con sus valles, 25
con su Ehone y su redil,
y vamos a que en el cielo
(esto sólo es reiferir
fabulas de falsos dioses
que el griego quiso fingir); 30
vamos, digo, a que allá arriba
en el palacio turquí
donde solian los dioses
comer, beber y dormir; 35
habia una gran contienda,
cual no la ha habido hasta aquí
entre tres primeras damas
de aquella farsa gentil;
entre Palas, Juno y Venus, 40
y el motivo de esta lid
era una manzana de oro
en quien el diestro buril
esculpíó este mote: **Dese**
a la más hermosa. Aquí 45
no extrañaréis que os acuerde
cuán antiguo es el reñir
por el oro y la hermosura,
causas de discordias mil.
Cada una de las tres diosas 50
la queria para sí
por más bella que las otras,
pero ¿quién sería allí
tan loco ni tan grosero,
que sin irle ni venir 55
en disputas de hermosura
se atreviese a decidir?
Júpiter, que era bellaco
y de ingenio muy sutil,
halló un medio el más al caso 60
que se pudo dicurrir,
y fue echar aquellas cabras
a un pastor; mandó venir
a Mercurio, su volante,
y le habló muy serio así: 65
"Vete con estas tres damas
sin enaguas ni chapin,
sin polvos y sin tontillo,
sin quitarlas ni añadir,
al valle de Ida, y a Paris, 70
troyano, le has de decir
de mi parte que a las tres,

a las luces de un candil
si no bastan las del sol,
muy despacio y muy en sí,
las vea, las examine, 75
las especule y, en fin,
a la que en conciencia juzgue
más bella y más filili
le dé esa manzana de oro,
y demos con esto fin 80
a quimeras y a disputas
que dan tanto que decir."
Dicho y hecho, el buen Mercurio
por los campos de zafir
volando con las tres diosas 85se
presentó vis a vis.
(¡Qué no hará ya un asonante,
pues me hace francés a mi!)
Del pastorcillo, y en tono
de embajada muy civil, 90
le dijo de esta manera:
"Todos estamos aquí.
Buenos días, Parisito;
esta manzana hesperil 95
habeis de dar a una de estas
muchachas, a la más ruin,
que es decir a la más bella.
Júpiter lo manda, ¿ois?,
la sentencia, y manzana;"
garnacha sois, decidid". 100
Quedóse absorto el mozuelo
sin voz, sin alma, sin, sin...
No sé sin qué se quedó,
mas la reina Juno en sí
le hizo volver, pues en letras 105
contra un mercader de Ofir
le ofrece cuatro millones
de perlas y de rubis,
diciendo que le hará luego
Grande del Missisipi, 110
o virrey de Filipinas
o cura propio en Madrid.
Resistió el juez al asalto,
y Palas entró en la lid,
ofreciendo hacerle sabio 115

11. L.A. de Cueto: *la sentencia y (la) manzana*.

Una posible interpretación sería conseguir que el cómputo silábico fuera de ocho sílabas, pero en el texto original aparece una coma detrás de *sentencia*, lo que ya rompe la sinalefa, con lo cual el cómputo era ya de ocho sílabas. Es curioso señalar además que la palabra lleva un acento en la *i* con lo que el cómputo sería incluso de 9 sílabas.

mas que al docto don Turpín,
más guapo que a don Tristán,
más esforzado que al Cid
y más agudo de ingenio
que una vara de alguacil. 120
"No ha lugar, dijo el pastor,
y hable Venus." ¡Ay de mí!
Si habla Venus como suele,
y él la escucha, allí dio fin.
"Paris mio -dijo Venus-, 125
lo que ofrecen hasta aquí
esas dos damas es una
patarata para tí;
tú no has de ser asentista,
ni colegial ni arlequín, 130
deja el guerrear para un loco,
para un niño el escribir,
para un necio el ascender,
y tú atente a un faldellín;
y pues hijo eres de Amor 135
solo has de seguirme a mí.
En Lacedemonia hay una
hermosura mujeril,
fondo en leche y azucena
con respuntes de carmín, 140
que es alhaja para un rey
cansado ya de parir.
A esta belleza la tengo
prevenida para tí;
si me das esa manzana 145
Elena es tuya. ¡Eleni!"
(El ta se quedó allá dentro
atascado, sin salir)
"¿A Elena me ofreces, dijo
el pastor, a Elena? -"Si", 150re
plicó Venus. -"Pues esto
se acabó, no hay que decir",
prosiguió Paris; "tú toma
y daga; vosotras id 155
y ved si os dan para peras
algunos maravedis;
que aquí ya no hay más manzanas
pues la que había la di".
Ya os pinté el juicio de Paris,
siendo Ovidio el maniquí, 160
de lo serio a lo jocosos
sin discrepar en un tris.
A imitación de este juicio,
en España me atreví
a escribir otro. No es nada 165
a qué asunto le escribí.

Era el asunto un Fernando
que... mas no os lo he de decir;
vos le veréis en los mismos
versos que voy á incluir. 170
Solo os diré que el Poder,
Ingenio y Amor aqui
hacen el papel que Juno
Palas y Venus alli.¹²
Veréis a los tres por una 175
palma también competir,
río, pastor y otras cosas
que yo soñé sin dormir.
¡Que versos leeréis, Señora,
que octavazas de aprendiz! 180
No las hiciera peores
un sastre de Chamartin.
Pero mis versos, por malos,
tal vez os harán reir,
como los que de repente 185
se dictan a don Joaquín.
Si estos siquiera no logro,
me he de ir a ser altaqui
por la posta desde el Koul
hasta la Arabia feliz. 190
Paris, Hôtel de Maison,
a diez y nueve de abril;
mal dije, que son de octubre,
pero algo se ha de suplir
a este maldito asonante, 195
que me trae fuera de mi.
Madame, vôtre très humble,
et très obéissant servi-
teur: De Luzán. Ya acabé,
pues yo mismo me partí.

12. Se refiere a un fábula épica en octavas que escribió Luzán con el título: Juicio de Paris, renovado entre el Poder, el Ingenio y el Amor: en la entrada solemne que hizo en su imperial villa de Madrid, el día 10 de octubre de 1746, el Rey nuestro Señor D. Fernando el Sexto. Fábula épica de D. Ignacio de Luzán, dedicada a la Reina Ntra. Sra. D^a María Bárbara de Portugal, por mano de la Excma. Sra. Condesa de Lemos, su camarera mayor. Está impresa en el *Parnaso Español*, Tomo II y reproducida por L.A. de Cueto en la B.A.E. LXI, pp. 111-115.

Sobre esta fábula Cfr. el libro de J. ARCE *La poesía del siglo ilustrado*. Op. cit., pp. 223-226 y 297-298.

HERO Y LEANDRO¹³
Idilio Anacreóntico

Musa, tú, que conoces
los yerros, los delirios,
los bienes y los males
de los amantes finos,
dime ¿quién fué Leandro? 5
¿Y qué fatal destino
le dio en el Helesponto
tumba de móvil vidrio?¹⁴
Leandro, a quien mil veces
los duros ejercicios 10

13. Sobre esta traducción de Luzán MENÉNDEZ PELAYO (*Obras completas, Biblioteca de traductores españoles, II* p. 317) nos dice: "Hero y Leandro, poema de Museo. No es verdadera traducción, aunque pasa por tal comúnmente, sino una imitación harto feliz en que faltan languisimos pasajes (mas de la mitad) del original griego, y muy pocos se vierten a la letra." José M. CASO, en su artículo *La Academia del Buen Gusto y la poesía de la época*, Op. cit., p. 406, refiere al hablar de las traducciones de Luzán y en concreto sobre esta idilio: "me parece muy importante, no sólo porque es un poema digno de alabanza en sí mismo, sino porque utiliza ya el heptasilabo y refleja bastante bien en algunos momentos el estilo de Villegas, poeta que será decisivo en la década de los 60 para las innovaciones de Moratín y de Cadalso. Las traducciones, sin embargo, no imitan a Villegas, acaso por proceder de una traducción latina." Señala además que este idilio es editado "por primera vez por Cueto"; sin embargo, ya fue impreso por LOPEZ de SEDANO en su *Parnaso Español*, tomo II.

Sobre el metro empleado en esta traducción por Luzán, J. ARCE (Op. cit., p. 150, n.10) señala: "De este idilio decía Jovellanos, en carta particular de 1777 al joven Meléndez, refiriéndose a los heptasilabos, que denomina según la métrica francesa: "aunque los versos seisilabos son dulcísimos ... en composiciones breves y sencillas", sin embargo, "aun los idilios de alguna extensión escritos en este metro, fatigan y cansan, bien que por otra parte tengan mucho mérito, como sucede con la *Historia de Leandro y Hero*, tan bellamente escrita por el señor Luzán". El hijo de Luzán en las *Memorias*, (Op. cit., p. 100) al referirse a esta composición nos dice: "el idilio de Ero y Leandro de Museo, en octavas, que después redujo a endechas de gusto muy delicado."

14. L.A. de CUETO (B.A.E., LXI, p. 120-122) cambia enteros los vv. 6-7 y 8.

¿qué dios o que maligno
Astro en las fieras ondas
cortó a su vida el hilo?

del estadio ciñeron
 de rosas y de mirtos,
 ya en la robusta lucha,
 ya con el fuerte disco, 15
 ya corriendo o nadando
 diestro, gallardo, invicto,
 amaba a Hero divina,
 bellissimo prodigio
 sobre cuantas bellezas
 Sesto admiro y Abido. 20
 Negro cabello, ufano¹⁵
 de naturales rizos,
 realzaba del cuello
 los candidos armiños. 25
 En proporción y gracia
 de rostro, talle y brío,
 quiso ostentar el cielo
 esmeros peregrinos.
 Pero en los ojos, ¡dioses!,
 ¿Qué quiso o qué no quiso, 30
 para que fuesen obra
 digna de quien los hizo?
 De ellos Amor tomaba
 fuegos arrojadizos,
 cuando abrasar quería 35
 tierra, cielo y abismo.¹⁶
 Pero aún más que estas gracias,¹⁷
 brillaba el atractivo
 de una modestia humilde,
 de un natural sencillo, 40
 tal entre los celajes
 de nubes escondidos
 vibran del sol los rayos,
 ardores más activos
 y tal entre las flores, 45
 a gustos exquisitos
 más que una rosa agrada
 un cárdeno jacinto.
 Vióla Leandro un día
 en los cultos festivos 50

15. V. 21, CUETO, op. cit.: Negro el cabello ufano

16. V. 36, Ibidem. Tierra, cielos y abismo

17. V. 37, Ibidem. pero aún más que otras gracias

que a Venus tributaban
de Sesto los vecinos
(Que era sacerdotisa
del templo y sacrificio,
y aún emulaba en todo
al sacro nùmen ciprio).
Viola en el gran concurso
de los solemnes ritos
brillar, único asombro;
viola y quedó perdido
y a la deidad del templo
con el nuevo excesivo
ardor que le abrasaba,
frenético, así dijo:¹⁸
"Gran diosa de Citera,
de Pafos y de Gnido,
esta mortal belleza
es tu traslado vivo".
"Perdona, pues, si a ella
tus mismos cultos rindo,
y si un traslado adoro,
equivoco contigo".
Oyó Venus sus voces,
oyólas el dios niño,
y decretaron ambos
venganzas y castigos.
¿Tanto el enojo puede
en ánimos divinos?
¿Y un lenguaje del alma¹⁹
ha de ser un delito?
Dígame el que conozca
a Venus y a Cupido,
si es más cruel la madre
o es más cruel el hijo.
¿Qué sé yo! Cruel la madre,
cruel y vengativo
es el hijo que ejerce
tiránicos caprichos.
Miró tierno Leandro,
habló amante, instó fino,

18. V. 64, *Ibidem*, frenético Le dijo:

ya mudo, ya elocuente
con ojos y suspiros.
Oyóle Hero con pecho
ya tímido, ya esquivo,
mas poco a poco un fuego
la entró por los sentidos;
un fuego que es veneno,
un fuego que es martirio.
Si es martirio y veneno
¿cómo es apetecido?
De una torre en la playa
el murado recinto
de esta sacerdotisa
era albergue y retiro.
Allí cautos sus padres
del concurso y bullicio
a este bello tesoro²⁰
guardaban escondido.
Mas contra Amor ¿qué muro
será seguro asilo,
si todo lo penetran
sus vencedores tiros?
Leandro, enamorado,
resuelto y atrevido,
los reparos allana,
desprecia los peligros.
Pasar nadando ofrece
del uno al otro sitio,
prometiéndole hemeneos
nocturnos y furtivos.
Mas sobre las almenas
de la torre, encendido
quiere que un farol arda,
de sus bodas testigo.
Cuya luz para el nuevo
peligroso camino,
sirva de norte y guía
en rumbos no sabidos.
Arde farol, no ceses,
astro de amor benigno,

19. V. 79, Ibidem. un lenguaje del alma

20. V. 107, Ibidem. este bello tesoro

que astro serás de muerte,
si se apaga tu brillo.
¿Quién podrá de un amante
estorbar los designios,
si el Amor e Himeneo
los promueven unidos? 135
Lleno ya de esperanzas
vuelve Leandro a Abido,
y cuenta los instantes
como si fueran siglos. 140
Aquel día primero
parecióle infinito,
la luz del sol odiosa,
larguísimo su ciclo.
Sólo impaciente anhela 145
que se anticipe el giro
de la estrellada noche,
con sombras de Cocito.²¹
Llegó en fin de las sombras
el lóbrego dominio, 150
oscureciendo objetos
remotos y vecinos.
El joven en la playa
arrojando el vestido,
a las ondas se entrega
con intrépido brio; 155
Y alternando de brazos
y pies el ejercicio,
ágil y diestro rompe
el impetu marino. 160
Nereidas que, asustadas,
en vuestros cristalinos
palacios admirasteis
empeño tan no visto,
decidme ¿cómo pudo, 165
imitador de Frixo,
surcar el Ponto, siendo
piloto de si mismo?
Mas ya había un gran trecho
del piélago vencido, 170

21. V, 148, Ibidem. Las sombras de Cocito

y ya el cansado brazo
rehusaba su oficio.
Clara, brillante luna,
con rayos reflexivos
de Anfitrite a los campos
daba argentados visos. 175
Leandro, ya al extremo
termino reducido,
a su favor acude
en el fatal conflicto. 180
"Diosa triforme", dice
con ánimo sumiso,
"protectora de amantes,
propensa siempre a oírlos;
si los casos de Latmo 185
no has puesto aun en olvido,
y sabes lo que puede
un amor como el mío,
séame aquí tu numen
favorable y propicio, 190
y en la playa de Sesto
dame el puerto que pido".
Fuese el favor del numen
o fuese el norte fijo
del farol, que ya cerca 195
vio arder con grato auspicio,
o fuese Amor, que suele
con prósperos principios,
atraer los amantes
a infaustos precipicios, 200
cobrando nuevo aliento,
a esfuerzos repetidos,
afierra de la arena
el suelo movedizo.
Allí, a aguardarle sola, 205
su fina esposa vino,
y al verle tiembla toda
de susto y regocijo.
"Ven, esposo", le dice;
"llega a los brazos míos. 210
Para exponerte tanto
¿cómo ha de haber motivo?
Amor venció tan duro
insólito camino.
¿Cómo vienes? ¿Qué numen 215
tu conductor ha sido?".
Así diciendo enjuga
los restos del rocío

salobre que del cuerpo
 caían hilo a hilo;²² 220
 y a la torre le guía,
 aliviando el prolijo
 afán con officiosos
 brazos entretajidos. 225
 Entre tanto, Himeneo,
 volando en torno, el vivo
 sagrado fuego enciende
 de sus nupciales pinos.
 Pero antes que saliese
 el astro matutino, 230
 ya volvía Leandro
 a su confin nativo.
 Así todas las noches,
 por el silencio amigo,
 iba nadando a Sesto, 235
 centro de sus cariños,
 tal ruiseñor amante
 vuela y revuela al nido
 donde de su consorte
 le llama el tierno pico. 240
 Pero en Amor, ¿qué halago
 se vió jamás continuo?
 Móviles son sus dichas,²³
 sus escarmientos fijos. 245
 En fin salió una aurora
 con ceño y desaliño,
 siguióse triste día
 en tenebroso Olimpo,
 la noche añadió horrores, 250
 y para más cumplirlos,
 dio licencia a los vientos
 Eolo, su caudillo.
 Bóreas, Abrego y Noto,
 con tropel improviso, 255
 turban las quietas ondas
 del Jonio y del Euxino.
 Bramaba el mar airado
 con espantable ruido,
 y respondía a truenos 260
 desgajado el Empireo.

22. V. 220, *Ibidem*. corrían hilo a hilo

23. V. 243, *Ibidem*. navibles son sus dichas

Ardia el aire a rayos,
cuyo esplendor maligno,
de la celeste saña
era funesto indicio. 265
Siete días pasaron
sin mostrarse de Cintio
la luz, y siete noches
sin luceros ni signos.
Leandro, en tanto, triste,
anhela ver tranquilo 270
el mar, y ya calmados
los vientos enemigos.
Pero al fin, impaciente,
cediendo a su destino,
fuése a la playa y de esta
manera habló consigo: 275
"Corazón ¿qué te espanta?
¿Qué importara que tibios
hayamos de una muerte,
si de otra nos morimos?" 280
dijo; y de su arrestado
amante desvario
impelido, se arroja
al mar embravecido,
y a pesar de su furia 285
contra los torbellinos
lucha con fuerte brazo
por no corto distrito,²⁴
pero ya se redoblan
del Aquilón los silbos, 290
levanta el mar sus olas,
aumenta sus bramidos.
¡Ay, misero Leandro!,
ya con dolor te miro
contiguo a las estrellas, 295
ya, al Tártaro contiguo.²⁵
Agotadas las fuerzas,
sin aliento, sin tino,
y del farol amado
el claro norte extinto, 300
viendo por todas partes
presente a los sentidos
de la pálida muerte
el bárbaro cuchillo,

24. V. 288, *Ibidem*, por no poco distrito .

25. V. 296, *Ibidem*, y al tártaro contiguo.

a las ondas se vuelve, 305
trémulo y semivivo,
hallar piedra pensando
donde nunca la ha habido.
"Ondas, si el darne muerte²⁶
es decreto preciso, 310
no a la ida, a la vuelta
matadme a vuestro arbitrio."
Las crueles ondas niegan
al ruego los oídos,
y le sepultan dentro 315
de su profundo abismo.
Entonces, exhalando
el último suspiro,
tres veces a Hero llama
con lamentable grito; 320
Tres veces por el aire
repetieron distinto
el nombre aquellas playas,
aquellos altos riscos.
Vióle el alba a otro día,²⁷ 325
cuando dejaba al Indo,
y tuvo horror del triste
espectáculo indigno.
Al pie de la alta torre,
del mismo mar traído, 330
yacía el infelice,
yerto cadáver frío,
cual suele quedar mustio
cárdeno hermoso lirio,
si le arrancó el arado 335
o deshojó el granizo.
Vióle Hero, y de la torre
se arroja sobre el mismo
cadáver, y allí logra
en la muerte su alivio. 340
Así tuvieron ambos
igual fin indiviso,
viéndose en vida y muerte
Hero y Leandro unidos.²⁸
Es fama que lloraron 345

26. V. 309, *Ibidem*, ondas, si darne muerte

27. V. 325, *Ibidem*, viole el alba otro día

28. V. 344, *Ibidem*, Hero y Leandro vivos

de Sesto los sombríos
bosques, y que se oyeron.²⁹
mil veces sus gemidos.³⁰
Y al huésped extranjero,
llorando compasivo 350
contaba el triste caso
el morador de Abido.
Y hasta en remotos climas,³¹
con flébil tierno estilo,
el trágico suceso 355
cantaba el Peregrino.

29. V. 347, *Ibidem*, bosques, y que se oían

30. V. 349, *Ibidem*, mil veces los gemidos

31. V. 353, *Ibidem*, y hasta en lejanos climas

Traducción de una oda de Anacreonte¹
Μερονυχίαις ποθέωραις, etc.

Era ya la media noche
y la Polar Osa fría
por el cielo ya seguía
de Boote el tardo coche,
y los cansados mortales 5
en silencio reposaban
y al dulce sueño entregaban
la memoria de sus males
cuando Amor, que siempre alerta 10
está para nuestro daño,
con el más cruel engaño
vino a llamar a mi puerta.
"¿Quién es -grité yo enojoso-
que viene tan a deshora 15
a interrumpirme la hora
de mi más dulce reposo?"
Amor dijo: "ábreme, amigo;
no temas, un niño soy;
mojado y perdido voy 20
en busca de algún abrigo."
Yo entonces, compadecido
a tan justo humilde ruego,
encendí una luz y luego
la puerta abrí al fementido.
Y vi un rapaz que llevaba 25

1. Esta traducción de la Oda II de Anacreonte está escrita por el amanuense en redondillas. La edita López de Sedano en su *Parnaso Español*, tomo IV, p. 167. No la incluye Cueto en su Antología.

un arco en mano empuñado,
alas al hombro, y al lado
iba pendiendo una aljaba.
A la lumbre le acerqué
y sus manecitas frías
le calenté con las mias
y el cabello le enjugué.
Despues que a tal beneficio
cesó del frio el rigor,
"probemos -dijo el traidor-
si mi arco está de servicio.
Probemos si a este bordón
ha dañado la humedad".
Asi dijo, y sin piedad
me traspasó el corazón.
Y con esto no contento
de mi mal y sus traiciones
añadió aquestas razones
burlando de mi tormento:
"Alegraos mi huesped que
mi arco está sin lesión,
mas no vuestro corazón"
Y en diciendo esto se fue.

30

35

40

45

Paráfrasis del Salmo Miserere etc.¹

Tened piedad, Dios mío, suma bondad eterna, de mí, según la grande misericordia vuestra.	5
Según la muchedumbre de tus piedades tiernas, borra, Señor, mis culpas del libro de la cuenta. Lavame aún más el alma de mi iniquidad fea y de todo pecado limpiame la conciencia.	10
Porque ya bien conozco lo que mi culpa pesa, culpa que a todas horas contra mí se rebela. ¡Ay!, que contra Ti sólo pequé, bondad inmensa, y cometí maldades osado en tu presencia.	15
Para mostrarte justo en todo lo que ordenas y para que en el juicio a toda excusa venzas, porque entre iniquidades nací y mi madre mesma me concibió en pecado por la fatal herencia, fatal	20
Tú la verdad amaste y de tu ciencia inmensa, me enseñaste las cosas escondidas e inciertas. Rociada con tu gracia quedará el alma bella y vencerá los campos de las nevadas sierras.	25
Darás gozo a mi oído y alegría sincera, y los humildes huesos darán festivas muestras.	30
	35
	40

1. Esta composición está inédita. No es autógrafa de Luzán sino de su amanuense habitual; está escrita en versos heptasilabos. Su hijo Juan Ignacio la menciona en las *Memorias*. Op. cit., p. 103.

Aparta de mis culpas
la cara; no las veas;
y todas mis maldades
borre tu gran clemencia.
Un corazon me forma 45
que puro y limpio sea,
y en mis entrañas recto
espíritu renueva.
No me arrojes, Dios mio,
de tu amable presencia 50
ni de tu Santo Espiritu
me quites la presea.
Vuélveme la alegría
de Aquel que es fuente de ella
y en tu principal gracia 55
confirma mi flaqueza.
Enseñare a los malos
tus admirables sendas
y asi de los impios
se logrará la enmienda. 60
Librame de crueldades,
Dios, por quien vida eterna
espero, y tu justicia
celebrará mi lengua.
Abrirásme los labios, 65
Señor, para que veas
cómo mi boca anuncia
loores de Tu esencia.
Porque si Tú quisieses
sacrificios y ofrendas, 70
diéralas yo rendido
pero no te deleitan.
Para Ti es sacrificio
de un alma la tristeza,
y un corazón constricto 75
y humilde es lo que aprecias.
Mira, Señor, y trata
a Sión con clemencia
para que así sus muros
edificados vea. 80
Entonces por más justos
(admitirás) de nuestra 'admitirás'
mano los sacrificios,
holocaustos y ofrendas.
Entonces, al impulso 85
de devoción sincera,
pondrán sobre tus aras
las becerrillas tiernas.

Excmo. Comisi de Perelada Legato ad Fidelissimum
Lusitaniae
Regem designato.⁽¹⁾

Ibri ad secidnos extremo in littore, Lusos
O nova Aragonidum spes, Perelada, virum;
latisque invises dominantem collibus urben,
fertur Ulyssea quae fabricata manu:
Atque tagum pattrem, ponto que illabitur alto 5
dives, et auriferis Nerea pellit aquis.
Te famulante roven deducent agmine Musae
gaudentes lateri semper adesse tuo.
Ipsa Minerva comes non designabitur ire;
(O serves carum, sospita diva, caput) 10
ibunt et tecum longo ordine, quas colis Artes
et Decor, et justa cum gravitate Jocus
te quoque nostra abeuntem et corda et vota sequentur,
utraque perpetuo sollicitata metu.
Praesentenque oculis cupient, quaerentque gemendo, 15
prae desiderio dulcis amicitiae.
Interea nomenque tuum, laudesque tuorum
Perferet anteiens Fama per ora virum,
At cum Lusiadum Regis perveneris aulam,
coeperis et nostri dicta referre Jovis, 20
omnia Mercurio similis, gentem inter amicam
sacrata perges stringere vincla fide.
Ipsa quoque insidens ori suadela, volentes
subjicietque animos, cunctaque posse dabit

1. Bernardo SABALLA y BUJADOS, Conde de Perelada, mariscal de armas y embajador en Portugal desde 1753 hasta 1756 que muere en la ciudad de Lisboa el 11 noviembre a causa de un terremoto. BÉDAT, Claude *L'Académie des beaux-arts de Madrid; 1744-1808*, (Toulouse, Université, 1974, p. 38) cuando estudia el momento de la creación oficial de esta Academia señala "Le décret d'érection de l'Académie en date du 12 avril 1752 était accompagné de la liste des membres que le protecteur José de Carvajal avait adressée à l'Académie le même jour. Les membres de l'Académie étaient les suivants: en premier lieu, le protecteur José de Carvajal y Lancaster, ministre des Affaires étrangères, puis le vice-protecteur Alfonso Clemente de Arrostegui qui devait être envoyé comme ministre plénipotentiaire à Naples dès l'année suivante. Les conseillers étaient au nombre de six: le marquis de Sarria, lieutenant général des armées, le comte de Perelada, maréchal des armées que devait être nommé ambassadeur au Portugal l'année suivante; ..." Es decir en 1753, fecha en la que ya no se reunía la Academia del Buen Gusto, pues según el ms. la última acta fechada es del día 19 de abril de 1751.

J. Ignacio de Luzán, en las *Memorias*, Op. cit., p. 105, menciona esta composición; "una elegía latina al Conde de Perelada, cuando estaba para partir a Lisboa con el carácter de embajador".

Esta composición está inédita hasta ahora. No es autógrafa de Luzán; parece la mano de su habitual amanuense, y está escrita en disticos elegiacos.

Munificus, comis, catus, impiger atque disertus 25
 muneris implebis inssu operosa tui.
 Tu medo carminibus nostri deductus abibis,
 carminibus nostri excipere redux.
 Nam cum vite tuo perfunctus munere, amicis
 gratantem repetes plausibus Herperiam, 30
 ipse ego Phoebea velatus tempora fronde
 virtutesque tuas, et tua fecta canam.
 Nunc tantum faciles elegos mihi Musa ministrat,
 et tenues tantum barbitos icta sonos
 grandia tunc alacri meditatatus carmina mente 35
 te decus Hesperiae, sydera ad alta feram.
 I felix ergo, auspiciis et numine Divum
 publica quo te res, fataque magna vocant;
 Incolumem tandem, fortuna tumque reducet
 Mansura in longos gloria parta dies.* 40

(*) Traducción: Irás junto a los lusos en el extremo de la costa/Oh nueva esperanza de los hombres aragoneses, Perejada;/Visitarás la ciudad que domina las amplias colinas,/que se dice construída por la mano de Ulises;/Y al padre Tajo verás por donde se desliza en el alto mar/rico, y golpea Anereo con sus aguas auríferas./Las nueve musas te acompañarán en su coro de esclavas/alegrándose de estar siempre a tu lado/La misma Minerva no desdenará ir como acompañante;/(Oh) diosa salvadora, cuida la querida cabeza)/Irán también contigo en una fila larga las Artes que cultivas/Y el Decoro, y el Juego con la gravedad debida/ Te seguirán también a tí al marcharte nuestros corazones y nuestros votos/Preocupados ambos con un miedo continuo./Te desearán teniéndote presente en sus ojos y te buscarán llorando./Por el deseo de la dulce amistad./Entretanto tu nombre y las alabanzas de los tuyos/ Las llevará anticipándose a la Fama a través de la boca de los hombres/ Pero cuando hayas llegado a la corte del Rey de los lusitanos,/Y hayas comenzado a transmitir las palabras de nuestro Júpiter,/Semejante tú en todo a Mercurio, persistirás en estrechar entre pueblos amigos,/los vínculos sagrados por medio de la fe./también la misma persuasión colocándose en tu boca/subyugará los ánimos y te concederá que consigas todo,/Generoso, cortés, sutil, hábil y diserto cumplirás/el cometido que te ha mandado./Tú marcharás también acompañado por nuestros versos/y volverás de nuevo en nuestros versos/pues cuando hayas cumplido tu cometido como es debido/volverás a Hesperia agradecida con los aplausos de tus amigos./Y yo mismo, cubriendo mis sienes con el laurel de Apolo,/cantaré tus virtudes y tus hechos;/ahora solamente la musa me inspira fáciles versos elegiacos,/y el laúd tocado produciendo sonidos suaves componiendo/yo versos elevados con una mente ágilmente/te elevarás hasta las estrellas del cielo, gloria de Hesperia./Vete pues afortunado con los auspicios y con el numen de los dioses/adonde te llaman los deberes de estado y los grandes hados;/Y al final te volverá a traer incólume y afortunado/ la gloria que durará largos días.
 La traducción que ofrecemos es nuestra.

SONETO¹

Pastores venturosos, que en la orilla
del Manzanares por favor del hado
quisais desde el redil vuestro ganado
al pasto de la tierna yerbecilla,

albricias, que ya aquella pastorcilla
cuya ausencia lloró vuestro cuidado
vuelve a alegrar el soto, el rio, el prado
con toda el alba que en su frente brilla.

5

Luego veréis el campo más ameno,
más bello el cielo, y sin que nube oscura
empañe al día el resplandor sereno

10

sentirá todo objeto de su pura
vista el influjo de prodigios lleno;
tanto puede virtud con hermosura.

1. No es autógrafa; aparece entre las composiciones de las actas y sin título; está publicado en su *Poética*, libro II, cap. XXIV -Del buen uso de la rima- capítulo añadido a la edición de 1789, con las siguientes palabras: "El asunto de él fue restituirse desde París a Madrid la excelentísima señora duquesa de ..." (Cfr. la edición de Russell P. SEBOLD, Ed. Labor, Barcelona, 1977, p. 378-379).

Traducción de un soneto italiano

Si Amor me hubiese al vivo en ti esculpido
a golpes de una flecha penetrante
como lo está en mi pecho tu semblante,
no te enviara otro yo tan parecido.

Pero como en profundo y ciego olvido
me tiene tu desdén, quizá un instante
ese traslado, humilde y mudo amante,
que te acuerdes hará de este rendido.

5

Y viendo en él copiados mis ardores,
mis ansias y tormentos, de inhumana
podrá ser que te vuelvas compasiva.

10

Mas si aún esto me niegan tus rigores,
yo moriré, y así podrás, tirana,
sólo con el retrato ser esquivia.

7. Este soneto inédito está escrito por el amanuense de Luzán. A pesar de carecer de la firma del propio Luzán, aventuramos la hipótesis de su autoría, dado que, como sabemos, tradujo composiciones de esta misma lengua, y además está en la línea clasicista del autor.

El hijo de Laertes, cauteloso,
por gozar de la dulce melodía
de las bellas sirenas que escondía
aquel infausto golfo peligroso,

el riesgo con ardid burló dichoso,
y atado a un mástil (la razón sería)
bebió todo el placer de la armonía
sin el veneno de su encanto hermoso.

Mejor sirena al Ebro y a los vientos
pasmos da con su voz, y suspendidos
los corazones tiene, y los alientos.

Pero ¿dónde han de atarse los sentidos,
donde, si sus dulcísimos acentos
se llevan la razón por los oídos?

*. Soneto de tema clásico sin título; la letra es del ananuense de Luzán y está inédito.

EL MARÍTIMO

D. Luis José Velázquez de Velasco
Marqués de Valdeflores

EL MARÍTIMO: D. Luis José Velázquez de Velasco

IDILIO¹

Cintia, estás engañada si has creído
que te hace más bella y más brillante
el prolijo atavio del vestido
y el adorno excesivo del semblante;
ese artificio vano 5
que tanto tus cuidados interesa
de una vez ha quitado a tu belleza
el primor más divino y soberano:
ya tus manos no son tan celestiales,
tus mejillas tan bellas 10
ni tu frente tan blanca y peregrina;
tus labios no son ya finos corales
ni tus ojos estrellas
ni tú toda tan bella y tan divina;
ya en tí, Cintia, no veo aquella gracia 15
ni aquel amable hechizo
que con tanta eficacia
arrastró mi albedrío
hasta a hacerme adorar mi desvario.
Ese anhelo y cuidado 20
y ese esmero tan vivo
en el adorno y en la compostura²
para mí te han quitado
aquel grande atractivo 25
con que antes me arrastraba tu hermosura;
tan tibiamente sigo la locura
de la antigua pasión, de cuya pena
tanto tiempo ha que arrastro la cadena,
que apenas, Cintia, me detiene a amarte 30
la costumbre que tuve de adorarte.
Entonces me tenía aprisionado,
más que lo superior de tu belleza,
la amable sencillez de tu hermosura
y aquella candidez tan noble y pura 35
con que libre dejabas que brillase³

1. Esta composición, como todas las demás que aparecen recogidas en este manuscrito de la Academia del Buen Gusto, son autógrafas de D. Luis José Velázquez, El Marítimo. CUETO publica este idilio en op. cit. LXVII, pp. 514-515 con las variantes que señalamos.

2. V. 22, CUETO transcribe: en el adornó y vana compostura.

3. V. 35, *Ibidem*, con que libre dejabas que ostentase.

en ti el primor de la naturaleza⁴.
¡Ay, Cintia, qué tesoros te has quitado
y de cuán mayor precio y noble oficio
que los que en ti acumula el artificio!
Si buscas los diamantes, 40
¿habrá otros más puros y brillantes
que tus divinos ojos,
tus dos ojos, con cuyas luces bellas
ni el sol luce ni brillan las estrellas?
¿Qué oro habrá que iguale a tus cabellos⁵, 45
ni qué rubies a tus labios bellos?
¿Qué púrpura y qué plata habrá tan rara
que pueda imitar, Cintia, los colores
de tu pecho, tus manos y tu cara?
¿Dónde el arte podrá encontrar primores 50
para copiar con más feliz intento
el menos decoroso movimiento
de ese garbo divino de tu cuerpo
y ese aire celestial de tu persona?
Aun a los mismos dioses inmortales 55
enamorara, Cintia, tu hermosura
si ese afectado adorno y compostura
que ni a su mismo artifice perdona
no afease tus dotes naturales.
Pero si tú no ajases la belleza 60
con que quiso dotarte, Cintia, el cielo,
¿qué corazón habría tan de hielo
que no abrasasen tus divinos ojos?
¿Qué alma habría tan ruda
ni qué pecho tan bárbaro y ferino 65
que no rindiese el mérito divino,
oh Cintia, de tus prendas celestiales?
¿Qué fuera de los miseros mortales
y qué fuera de mi, cuando hoy adora
mi obstinada locura 70
aun las manchas del sol de tu hermosura?
Mas, ¡ay!, Cintia, ¿tan pocos atractivos
en ti han quedado para aprisionarme
que necesites de otros aun más vivos
para volver de nuevo a cautivar-me? 75
¿Tan poco intolerable y poco duro
me ha sido este tirano cautiverio
que yo mismo procuro
decirte sin recelo de mi pena
cómo debes labrarme la cadena? 80

4. V. 36, Ibidem, sus primores en ti naturaleza;

5. V. 45, Ibidem, ¿Qué oro hallarás que iguale a tus cabellos,

Cintia, tú no me creas;
deja, pues, que ese adorno y atavío
te deje hermosa a menos riesgo mío,
pues en ello consigo fácilmente,
si nada crees de lo que te he dicho⁶,
encontrar mi descanso en tu capricho.

85

6. V, 85, *Ibidem*, si fe no te merece quanto he dicho.

Dos pequeños Idilios.⁷

Imitación de unos disparates del Caballero Marino.

I

Esos ojos, mi bien, por que suspiro
son hechos de finisimo zafiro;
tus labios carmesies
son dos bellos rubies;
tus dientes celestiales, 5
¿qué son sino unas perlas orientales?
Y esas divinas manos,
cuyas ardientes flechas
aun las temen los dioses soberanos,
de mármol candidísimo están hechas. 10
Ese divino pecho⁸,
en cuyo espacio breve
está depositada tanta nieve,
de alabastro finisimo está hecho.
Toda de piedra, Fili, estás formada; 15
mas, ¡ay!, ¿quién creeria⁹
que una piedra helada¹⁰
hecha de mármol y de nieve fria
tan solamente para mí tuviera
el corazón y el alma hechos de cera?. 20

7. Cueto al publicar estos Idilios varía la numeración original que hace Velázquez, enusera como el primero de estos al anterior, este como el segundo y el siguiente como si fuera el tercero. Cfr. op. cit. pp. 514-515.

8. Cueto transcribe este V. 11: Ese márbido pecho,

9. *Ibidem*, V. 16. mas ¡ay! ¿quién pensaria

10. *Ibidem*, V. 17. que una nieve helada,

Carácter de un petimetre religioso, que se aprovecha de todas las oraciones para alabar a Dios en sus criaturas y en todo halla motivos para suspirar a la bienaventuranza.¹¹

II

Apenas divisó el travieso infante
de Celia la beldad cuando al instante,
festivo y decalado,
se arrojó tierno en el regazo amado.
En él juega, retoza 5
y bulle blandamente,
y extiende una vez y otra el inocente
la dulce mano por la cara hermosa.
Celia, entre tanto, más afectuosa,
viendo que el niño en esto se interesa, 10
lo abraza una y mil veces y lo besa.
"Por aqueso grandísimo cariño
que me tienes -le dice Celia al niño,
más amorosa y menos lisonjera,
apretándolo más entre sus brazos-, 15
tantísimo ha de ser lo que te quiera,
hermoso hechizo de la vida mía,
que sólo he de pensar de noche y día
comerte a besos y matarte a abrazos."
En esto vuelve, y en la hermosa cara, 20
que aun el mismo Cupido la envidiara,
con más ansia le da y con más excesos
un infinito número de besos.
Yo, furioso entre mí y desesperado
de ver cuán francamente había logrado 25
en su hermosura el inocente niño
lo que sólo debiera a mi cariño,
mirando a Celia en la rabiosa calma,
con los ojos le dije y con el alma:
"Pues de ese dulce empleo 30
para morir me basta a mí el deseo
que dentro de mí mismo pecho lidia,
matame de deseo y no de envidia."

11. Este título que aparece en el original lo omite Cueto en su edición. Cfr. op. cit., p. 515.



SONETO¹²

Estábame una vida yo pasando
tan poltrona, tan libre y regalada,
que de este mundo se me daba nada
y mi afán sólo era ir engordando.

Viólo Amor, ¿y qué hace? Va y sacando
la flecha mas aguda y afilada,
coge y luego a mi pecho la traslada,
el corazón con ella penetrado.

5

Al grito llegó Celia y fue derecha
a sacarme el acero con despecho,
y se arañó con él un poco el puño.

10

¡Oh, quién pudiera hacer que a ella la flecha
de parte a parte le pasara el pecho
o el mio también fuera otro rasguño!

12. Inédito hasta ahora. Manuscrito y autógrafo.

SONETO¹³

En tanto que el avaro codicioso
llora la suerte del caudal perdido
y el cortesano vive sin sentido
por ganarse el favor del poderoso,

y mientras sin quietud y sin reposo
el ciego enamorado enfurecido
la vida acecha del rival temido
arrebatao del furor celoso,

yo, lejos de tan misero desvelo,
amo el ocio, la paz, la independencia,
y solo en mi quietud mis dichas fundo;

los ojos alzo libremente al cielo,
sin empacho los pongo en mi conciencia
y no espero otro bien que éste en el mundo.¹⁴

13. Cueto, Op. cit., p. 515.

14. Ibidem, V, 14 y no espero otro bien en este mundo.

SONETO¹⁵

Estos suspiros que del pecho mio
ha sacado lo ardiente de mi pena,¹⁶
a cuyo duro oficio me condena
la fuerza de mi propio desvario,

queden aqui a pesar del tiempo impio, 5
amada Celia, pues Amor lo ordena,
para gloria inmortal de la cadena
que hoy arrastra cautivo mi albedrio.

Que, pues tan firme amor ha de acabarse, 10
cuando la muerte airada nos divida
y una fe tan constante se consuma,

quero, por si asi puede eternizarse,
cuando no pueda amarte con la vida
adorarte yo entonces con la pluma.

15. CUETO. Ob. cit., p. 515.

16. Cueto. V. 2, ha arrancado lo ardiente de mi pena,

SONETO 7

Pastores que del Betis en la orilla
contentos conducís vuestro ganado
desde que el claro sol alegra el prado
hasta que en él su hermosa luz no brilla;

y volviendo de noche a la aldeilla
a tomar el descanso deseado,
la dulce esposa con el hijo amado
os reciben con paz y fe sencilla;

5

vosotros sois los únicos mortales
para cuya delicia inventó el cielo
cuantos bienes el ancho mundo encierra,

10

y ¡ay! del que a vista de contentos tales
ni encuentra paz aún en es patrio suelo,
ni halla fe ni verdad sobre la tierra.

ODA¹⁸

Apolo, tu me pones
en la mano la lira
para cantar la fama
que a tu hijo determinas,
aquel gran hijo tuyo 5
nacido en nuestros días
para perpetua gloria
de tus hermosas hijas,
en cuyo pecho hallaron
las musas sus delicias 10
y los eternos dioses
su gran sabiduría.
Mas como de gozarlo
la tierra no era digna,
tú, Apolo, de improviso 15
le hurtas a nuestra vista
y allá le trasladaste
donde en eterna risa
entre los dioses beba
la celeste ambrosia. 20
Allí veo al gran Nasarre,
como un astro que brilla
más que otros, cercado
de luces infinitas.
Sobre un trono de gloria 25
le rodean festivas
con el sagrado padre
las nueve hermosas hijas.
Apolo al gran poeta
le da su propia lira 30
y rodean sus sienes
con laureles las ninfas.
Caliope en su pecho
envuelta deposita
una pequeña parte 35
de sus preciosas rimas,
mientras que las demás
con letras de oro escritas,
en manos de la Fama
las coloca Talia. 40

18. Esta Oda inédita hasta ahora, la compone Velázquez para elogiar a su compañero y amigo D. Blas Nasarre, muerto el día 13 de abril de 1751. Suponemos que ésta fue la última composición que El Marítimo leyó a sus compañeros del Buen Gusto, pues la última sesión celebrada, aunque le falta el acta, fue la del día 29 de este mes de abril de 1751.

Urania, que en su seno
conservaba escondidas
del vulgo y la ignorancia
otras sabias fatigas,
sin que pudiese verlo 45
la fea y torpe envidiada,
a la inmortalidad cuidadosa las fia.
Jove, para ensayarse
a hablar con valentia 50
cuando al alto concilio
de los dioses asista,
reservaba otra obra
que si llegasen a oirla
querrian hablar los dioses 55
la lengua de Castilla,
y Mercurio en su frente
su nombre deposita
grabado en un diamante
por mano de Polimnia 60
para esparcirlo al mundo
con su elogio y su vida,
escritos por el sabio
autor de la *Virginia*.
Minerva traslado 65
su pluma peregrina
al cielo, donde queda
en Afro convertida.
"Desde hoy -dijo- serás
por mí una estrella fija, 70
a los necios adversa,
a los sabios propicia;
tus influjos verá
a su pesar la envidia
y a la torpe ignorancia 75
deslumbrarán tus dichas.
Si esta promesa, Apolo,
me dejas ver cumplida,
creeré que hay algo grande
en la sabiduría." 80

Disertación en prosa sobre la POESIA¹⁹

¿De qué forma podré yo expresar a V.I. mi respeto y mi gratitud por la honra que acaba de hacerme, dándome lugar entre los que logran la fortuna de estar colocados a sus pies? Ese es uno de los grandes escollos en que regularmente se embarazan aquellas nobles pasiones que no pueden ser suficientemente expresadas sino por otro órgano más digno que la lengua. La confusión sale a cortar el paso a las palabras y, burlado el noble impulso que las articula, se contenta éste con desahogar una parte de su fidelidad por los mudos entusiasmos del silencio.

Esta confusión mía, que en parte podía desvanecer el favor y la dignación de V.I., la aumenta notablemente el conocimiento de mi improporción para el arduo asunto a que V.I. me destina: asunto verdaderamente arduo y difícil, y a cuyo desempeño acaso no serían bastantes otros ingenios más felices que el mío. Pues cuando contemplo las grandes y excelentes circunstancias que se necesitan para formar un poeta, y la morosidad con que la naturaleza ha escaseado al mundo este sublime personaje, no puedo dejar detenido que mi ingenio, nada ilustrado de las excelentes dotes que requiere la poesía, no corresponda a las altas ideas de esta Arte.

La sublimidad de espíritu, la delicadeza del gusto, la viveza de la fantasía, la belleza de la invención, la energía de los pensamientos y todas las demás nobles cualidades de ingenio que necesita la Poesía para ser sublime y maravillosa, jamás las conoció mi espíritu sino para ejercitar mi envidia y mi admiración. Por cualquier parte, pues, que se contemple la Poesía, así como la considero como una eminencia inaccesible a

19. Manuscrito e inédito hasta ahora.

mis facultades, también no registro más que un complejo de cosas magníficas y sublimes; las cuales tan difícilmente han sabido unirse en un sujeto que con razón se puede dudar si hasta hoy hubo poeta alguno, por grande y excelente que haya parecido, que merezca ser reputado por un poeta cabal.

Todo cuanto hay en la Poesía es arduo y maravilloso. Su materia es la más grande, la más magnífica y la más sublime. La materia propia de la poesía no son los asuntos bajos y viles, ni aquellos que son más propios para ejercitar la risa o para entretener alguna pasión delincuente. Las alabanzas de los dioses, las grandes acciones de los héroes, las virtudes de los sabios, la armonía de los cielos, el curso y movimiento de las estrellas y del sol, las maravillas de la naturaleza y generalmente todo lo grande y magnífico que sucede en el mundo es materia propia para ejercitar el ingenio y el numen de un poeta.

Este y no otro fue el uso que se hizo de la Poesía en su segunda edad, porque en la primera edad suya, cuando esta bella Arte empezó a ser conocida de los mortales, tuvo otro empleo igualmente digno aunque más útil al mundo. La primera vez que los hombres ejercitaron la Poesía sólo fue para dar en este linaje de idioma las primeras leyes a las gentes, establecer entre ellas el culto y reverencia de los dioses, reducirlas a sociedad y trato civil, haciéndoles deponer por este medio aquella rudeza y rustiquez ferina con que vivían más como bestias que como racionales. Este mismo uso tuvo la Poesía entre los primitivos españoles; pues sabemos por un autor antiguo^(*) bien exacto en notar estas materias, que los pueblos de la Baja Andalucía tenían sus leyes escritas en versos de más de seis mil años de antigüedad.

De aquí dice Horacio^(*) que resultó la grande estimación y crédito con que fueron tratados los poetas y la Poesía en los primeros siglos.

Esta y no otra es la materia propia de la Poesía. No aquellos asuntos bajos e impertinentes con que algunos profesores menos atentos a la dignidad de su arte han querido desfigurar o desacreditar su misma profesión, o por condescender con algunos raptos de un humor poco proporcionado a las cosas grandes o por desahogar alguna pasión menos decorosa. Si a Celia se le cayó el abanico, si Livia tropezó con el chapín, si Amarilis tiene un perrito en la falda, si Filis se está mirando al espejo, aunque son asuntos a que se pueden escribir versos, no son materia propia de la Poesía ni dignos de un buen Poeta. Y este uso menos propio que se ha hecho de la Poesía es lo que en todos tiempos ha obligado al vulgo a formar de ella y de sus profesores una idea menos correspondiente a su mérito⁽¹⁾.

A la dignidad de la materia se añade su extensión y amplitud. Un poeta no sólo debe ser poeta sino un profesor univrsal de todas las Ciencias y de todas las Artes. Ningún linaje de literatura le debe ser extraño, porque nada grande debe ignorar quien ha de tratar siempre las cosas más grandes y más dignas.

El modo de tratar estas materias, debiendo ser correspondiente a ellas, no es menos arduo que las materias mismas. Es menester saber tratar las cosas de los Dioses con admiración, la de los Héroes con grandeza, la de la virtud con decoro, las del Cielo con sublimidad y las de la naturaleza con penetración y sencillez. A esto se agrega la dificultad de acomodar cada género de estilo a determinada clase de asuntos. El estilo poético, que siempre debe ser muy diferente del estilo común, por limpio y enérgico que éste sea, encuentra nuevas perfecciones y nuevos pulimentos que adquirir en cada linaje de materias a que se aplica. Tan presto el estilo debe ser alto, tan presto bajo, tan presto mediocre. Ya es menester remontarse a la cumbre del Olimpo, ya descender a las llanuras del valle. Pero no está la mayor dificultad en seguir el estilo

elevado. ¿Qué embarazo puede tener en la locución alta y magnífica una fantasía acostumbrada a no ejercitarse sino en ideas grandes y sublimes? La dificultad está en proporcionar a las cosas mediocres o humildes un estilo que, sin dejar de ser correspondiente al carácter de la materia, no olvide la sublimidad y magnificencia poética. Quiero decir que el poeta habla de las cosas bajas o mediocres sin que su estilo sea mediocre o bajo: como el que colocado en la cumbre del monte sin desamparar con los pies la eminencia, registra las llanuras de la campaña dejando caer los ojos por las profundidades del valle. ¿Qué tino mental tan maravilloso y tan estupendo no será menester para ponerse en el medio de este asunto, y saberle tratar con la exactitud que merece sin faltar al mérito de la materia ni al carácter de la Poesía? La poesía castellana añade a éstas otra nueva dificultad en el estilo. Como la lengua española es naturalmente poética, esto es, entusiástica, figurada, numerosa y circunspecta, hay una gran dificultad en sacarla del estilo común para reducirla al método y lenguaje poético, de forma que no pueda equivocarse con el modo ordinario de hablar.

Cuantas virtudes y gracias tiene el estilo poético, son otros tantos motivos de hacerse ridiculos con gran facilidad los que no fueron dotados de una singularísima vocación para este bello linaje de literatura. No hay virtudes que tan cerca de sí tengan los vicios, ni leyes que tan fácilmente puedan quebrantarse como los preceptos del estilo poético. El estilo debe ser magnífico sin turgencia, altisonante sin estrépito, sublime sin afectación, vivo sin intrepidez, natural sin bajeza, sencillo sin languidez, religioso sin superstición, moral sin tristeza, propio sin semejanza. No sólo puede pecar el estilo por estos vicios sino por algunas virtudes que no conducen menos a afearla. Así es que el estilo poético debe ser universal sin vaciedad, vacío sin hermosura, hermoso sin agrado, agradable sin artificio, artificioso sin compostura, compuesto sin delicadeza, delicado sin melindre. ¿Qué gusto

tan fino y qué rectitud de juicio tan admirable no será menester para manejar dignamente una Arte cuya mayor perfección consiste no sólo en evitar los vicios sino las virtudes?

La delicadeza del gusto, la sublimidad, la sublimidad de la fantasía y la destreza de un genio felizmente combinatorio, que tan necesarias son para el estudio de las bellas letras, tienen en la poesía un ejercicio más noble, más propio y más elevado que en otra alguna facultad. De aquí nacen aquellos raptos de admiración y pasmo con que solemos leer algunos excelentes lugares de Homero, de Virgilio, de Horacio, de Lucano, de Séneca y otros poetas grandes de la Antigüedad, en que se admira una delicadeza de gusto y una limpieza de fantasía tan bella y tan brillante, que arrebatada tras sí con un linaje de hechizo sabroso al espíritu más despejado y a la fantasía más sublimilme, lo cual no sucede de la misma manera cuando se leen estas mismas delicadezas en los filólogos y en los oradores.

¿Qué diré de aquel admirable despejo mental y de aquel noble libertinaje de fantasía, que casi viene a componer una gran parte del carácter del poeta y sin el cual la poesía ni puede ser grande ni maravillosa? La libertad de espíritu y el desembarazo intelectual para pensar y discurrir, que es una de las notas más visibles de los grandes ingenios, es una cualidad decisiva de los buenos poetas. Nadie más que él necesita de este despejo y de este desembarazo, porque si todo cuanto el poeta ha de decir ha de ser nuevo y maravilloso, y debe sacarlo del fondo de la propia fantasía, mal podrá producir las cosas grandes quien no tenga la libertad y desembarazo correspondiente para buscarlas a donde le arrastrare o arrebatate el vuelo del propio numen.

De aquí nace la gran dificultad de sujetarse a las reglas poéticas una fantasía acostumbrada a discurrir sin más norma ni límites que los que casualmente le prescribió el uso de su propia libertad; y de aquí resulta también uno de los mayores embarazos que tiene la Poesía, pues ni puede ser buen poeta el que usare de este libertinaje sin atención a las reglas del arte, ni el que por arreglarse escrupulosamente a estos preceptos perdiese de vista el despejo y la libertad de espíritu que pide la Poesía para ser admirable y maravillosa.

Yo no me atreveré a señalar la senda que se debe seguir para cumplir con estas dos circunstancias sin declinar a alguna de ellas, porque veo que los poetas más grandes han peligrado infelizmente en este escollo. Unos por ajustarse exactamente a las reglas, han dejado lánguida y exánime su poesía; otros por dejarse arrebatado demasiado de la fuerza de su fantasía, han sacado las cosas de quicio y, en vez de escribir poesía, no han hecho otra cosa que unos continuados centones de entusiasmos, mas propios para ejercitar el calor inmoderado de una imaginación vacilante que el sereno y tranquilo influjo de las Musas. Pero lo que de aquí resulta es que para ser buen poeta no basta observar religiosamente los preceptos del Arte.

¿Qué felicidad de ingenio, pues, será bastante para ejercitar bien una arte que necesita un gusto tan delicado, un pensamiento tan noble, un juicio tan recto, una erudición tan amplia, una imaginación tan viva, un genio tan penetrante, una fantasía tan sublime, un espíritu tan despejado, una arte de tan delicada constitución, que para ejercitarla dignamente aún no basta ajustarse con exactitud a sus reglas; una arte, en fin, en que no sólo es preciso evitar los vicios, sino aún las virtudes?

Este es uno de los grandes privilegios de la poesía: que para ser un digno profesor de ella es menester más felicidad de ingenio que para todas las demás ciencias y artes juntas. Una feliz aunque casual combinación de ciertos dotes de ánimo inconexos entre sí, conduce más para hacer grande y maravillosa la poesía que toda la erudición que es capaz de suministrar la Enciclopedia. A la manera que la hermosura de un cuerpo no consiste en cierta proporción geométrica que puede hallar en sus partes y en sus humores la Física, la Medicina ni la Anatomía, sino en un cierto agregado casual y en una cierta armonía imprevista de sus miembros, de que resulta aquella gracia y aquel agradable aspecto que llamamos hermosura.

Ni las reglas propias de esta arte ni todas las grandes luces que se adquieren por el estudio de las demás ciencias y de las demás facultades, son capaces de hacer un poeta mediano. Ésta es una obra que el Cielo se ha reservado para sí, porque sólo del Cielo puede bajar un poeta excelente. Los admirables oradores, los profundos filósofos, los sublimes matemáticos se hacen en la tierra con la observación, con el ejercicio y con el estudio; los poetas grandes sólo se hacen en el Cielo, porque sólo de allí baja el influjo que los proporciona. Los poetas mismos, que son los únicos que pueden tener una idea más clara y más íntima de sí, han conocido esta verdad, pues confiesan que no son capaces de escribir un verso sin estar antes poseídos de un ímpetu celestial que los concita y los arrebató y sin que el mismo Dios se apodere de sus ánimos, haciéndoles escribir cosas grandes y sublimes.

Esto último es lo único que puede proporcionarme al empleo a que V.I. me dedica. A los que carecen de todos aquellos excelentes dotes de ánimo que necesita la poesía, no puede menos de ser de un gran consuelo que sólo del Cielo pueda bajar su proporción. El favor que me ha dispensado V.I. permitiéndome colocarme a sus pies, es una señal nada equívoca de que el Cielo previene ya dispensarme aquella ardua vocación

con que forma los poetas; o por mejor decir, esta honra de V.I. es la misma vocación, como depósito que ha de ser de aquella proporción que es necesaria para corresponder a los deseos de la Academia y a la dignación de V.E.

Notas:

a) Strabon. Lib. 3 geogr.

b) de Art. Poet.

*Sic honor, et nomen divinis vatibus, atque
carminibus venit...*

c) Ovidius.

an populus vere sanos negat esse poetas?

d) "

impetus ille sacer vatium qui pectora nutrit.

e) "

Est Deus in nobis; agitante calescimus illo.

Examen de la *VIRGINIA*, tragedia española⁽²⁰⁾.

I

El poema más excelente y asimismo más arduo que tiene la poesía es la tragedia. Por eso Aristóteles, habiendo de escribir su *Poética* la redujo casi toda al artificio del poema trágico, o porque juzgase que éste era el empleo más digno y más sublime del arte o porque creyese que nada arduo podía ya haber en la poesía para quien ejercitase este poema con la dignidad y propiedad que corresponde.

II

España, que desde el principio del siglo 16 había conocido y cultivado la tragedia en su misma lengua originaria con un arte y un genio maravilloso. y que de repente había perdido ese gusto con la introducción de las tragicomedias y con la alteración que padeció su poesía a principios del siglo 17 en tiempos de Lope de Vega y Cristobal Virués, vuelve a ver hoy restablecido sobre su teatro este excelente poema. Éste es un honor que la nación española debe al sabio autor de la *Virginia*, cuya tragedia, así como muestra todas las perfecciones de que es capaz un poema de esta clase concebido en el idioma castellano, también da a entender que los ingenios de primer orden no conocen dificultad alguna en aquellos grandes proyectos que los genios menos ilustrados consideran como arduos e inaccesibles.

(20) Manuscrito e inédito hasta ahora.

III

Por cualquier parte que se mire este poema, es completo y cabal en su línea. No hay circunstancia que pida la tragedia que no se note en él llevada a una perfección maravillosa y digna de un asunto tan grande y de un autor tan sabio. Yo podría hacer ver esta verdad por un análisis muy menudo de este escritor, pero este sería un asunto de grande amplitud y que pedía tratarse en toda su extensión. Así sólo hablaré de él por orden a aquellas circunstancias más esenciales y que componen el principal sistema de la tragedia, esto es, el artificio del Drama, los caracteres de las personas, el estilo y número del verso y la moralidad que resulta de todo el poema.

IV

Todo el artificio que pide la tragedia se puede reducir a 1º la acción principal que se representa; 2º los episodios que acompañan esta acción; 3º las personas que la ejecutan; 4º la disposición mecánica del drama en sus partes de cantidad; 5º el sitio en que se supone ejecutada la acción; 6º y el tiempo o periodo de ella.

1º Nuestro autor ha tenido presentes todas las cualidades que necesita una acción para ser decorosa y digna de un poema trágico. Su unidad, su verosimilitud, su fin funesto y lastimoso y su propiedad en el principio, medio y fin. La unidad de acción está tan religiosamente observada en nuestra tragedia que en todo el discurso de ella nada más se ve sobre la escena que el amor reciproco de Icilio y Virginia y las repulsas de ésta a las vanas pretensiones de Claudio. La propiedad con que se dispone esta acción, al principio con las insinuaciones del Decemvir y resistencia de Virginia, en el medio con la furiosa desesperación de Claudio y sus horribles maquinaciones contra la libertad de esta Romana, y al fin con el lastimoso fallecimiento de Virginia y la desastrada muerte

de Claudio y sus clientes, concurre admirablemente a completar la acción principal del drama y a hacer que su unidad sea agradable y maravillosa. La observación que hace Horacio sobre la acción de la tragedia, pretendiendo que una acción verdadera y tomada de la Historia debe preferirse a otra que sea fingida o imaginada, está fundada sobre el buen juicio, el cual nos advierte el particular sistema de las pasiones humanas, sobre las cuales tiene más dominio para excitarlas la presentación de un suceso conocidamente verdadero, que toda la viveza con que se le quiera pintar una historia fabulosa y fingida. Nuestro autor, teniendo presente esta bella máxima, ha querido darnos una prueba sensible de su importancia, haciendonos ver en su tragedia un suceso de la Historia Romana de incontestable veracidad, no sólo en lo sustancial de la acción, sino en el orden de los sucesos, en las personas que intervinieron en ellos y en las demás circunstancias particulares que se agregaron.

El término de la acción es acomodadísimo al fin del poema trágico. La muerte de una hija a manos de su padre por librarla del último agravio en el honor, y el desastrado fin del tirano y sus parciales, que no sólo maquinaban esta insolencia sino tenían oprimida la libertad de la República, son unos sucesos muy propios para excitar en el ánimo de los expectadores los afectos de lástima y terror que se propone la tragedia.

29 A este mismo fin conspiran maravillosamente los episodios con que está sostenida la acción. Los designios de los dos senadores Valerio y Horacio en la ruina de Claudio para restituir a Roma su libertad, y la eficacia con que conspiraban a esto mismo Numitor, Virginio y Icilio, y otros parciales suyos complicasen estos mismos proyectos, son de una suma importancia para aumentar el terror en la muerte desastrada de Claudio procurada casi por todo el pueblo y el Senado, y la lástima en el fatal fin de Virginia, no esperado a

vista de tan grandes aparatos de la ruina de Claudio y los demas cómplices suyos que maquinaron atropellar su persona. A esto se añade una gracia especial que se observa en los episodios de nuestra tragedia; quiero decir que sólo se colocan en aquellas partes donde eran de suma importancia para avivar y sostener algún acaecimiento o nuevo designio de la principal acción.

3º Las personas que se introducen en el drama son las mismas que consta por la Historia haber intervenido en el suceso. Ninguna se echa de menos y ninguna de las que se introducen está ociosa: todas se interesan en la acción principal, y hacen una parte tan considerable de ella que quedaría la acción defectuosa una vez que en ella dejase de intervenir alguno de estos personajes. La calidad de estas personas es correspondiente al carácter de la tragedia, que pide los héroes, las personas ilustres, y que se distingán por sus virtudes, por su poder o por su alto nacimiento.

4º En cuanto a la disposición mecánica del drama en sus partes de cantidad, sólo diré que nuestro autor observa las máximas que encargan los maestros de esta Arte. Las escenas son casi todas iguales entre sí; los actos ni bajan ni exceden de cinco, y, lo que es más principal, jamás entre escena y escena queda desamparado el teatro, antes sí, los lances y las entradas y salidas de las personas están tejidas con una trabazón tan natural y seguida que no deja quebrarse el hilo de la acción y del discurso.

Los soliloquios, que por lo regular hacen perder a la acción toda la viveza y gracia que tiene la trabazón seguida de los lances y de los encuentros, están usados en nuestra tragedia con tal arte y tal economía que en ellos adquiere la acción una nueva viveza y los espectadores se empeñan de nuevo en el éxito de ella. Quiero decir que nuestro autor da a los soliloquios su propio uso, esto es, o para que las personas

consulten consigo mismas la resolución que deben tomar en virtud de algún nuevo acontecimiento antecedente, o para informar tácitamente al teatro de la impresión que en sus ánimos han hecho estas o las otras ocurrencias. Virginia se queda sola para meditar el infeliz estado a que la ha traído su hermosura, haciéndola objeto de la brutalidad de Claudio, el riesgo a que ella e Icilio están expuestos, y su determinación en oponerse a los intentos de esta furia y sacrificar su vida si fuese necesario. Claudio, para informar tácitamente al teatro del estado de sus pasiones, de su alto poder en el pueblo y de su amor desenfrenado a Virginia, o para resolverse a combatir su resistencia con dolor y con todo cuanto pudiere facilitarle el logro de ella, que acababa de despreciarle con grande arrogancia y resolución. Icilio, para confirmarse en la resolución de la ruina de Claudio, excitando en sus oyentes un heroico sentimiento de deseo hacia esto mismo, o para explicar su nuevo empeño en conspirar contra el tirano, acabando de recibir un desaire suyo. Y Marco, en fin, se queda solo para manifestar su temeraria resolución en ejecutar el designio de Claudio contra la libertad de Virginia.

5º El foro de Roma es el sitio en que se representa toda la acción. De aquí es que no sólo se observa puntualísimamente la unidad de lugar sino la propiedad del sitio, pues ninguno más propio ni más acomodado para ser teatro de unos sucesos de esta naturaleza.

6º Tampoco se puede negar que nuestro autor ha tenido un singularísimo acierto en orden al tiempo en que se supone haber sucedido toda la acción. Acaso no se creería que unos sucesos de esta clase y de esta extensión se pudiesen ceñir sin violencia a un período tan corto como una mañana y una tarde, si no la hubiésemos visto ya tan felizmente ejecutado en la *Virginia*.

V

El carácter de los interlocutores, que es una de las partes más considerables del poema trágico, debe tener tres circunstancias por orden a otros tantos objetos. Esto es, por orden a sí, por orden a la persona y por orden a la tragedia. Por orden a sí debe ser uno; por orden a la persona debe ser propio, y por orden a la tragedia debe ser decoroso.

Ninguna de estas tres circunstancias se desean en la *Virginia*; todas están observadas con un primor y un acierto maravilloso. Claudio siempre es altivo, tirano, cruel, amigo de oprimir la libertad pública y poseído de una pasión desenfrenada hacia Virginia, que le precipita a tomar las más inicuas y pérfidas determinaciones. Marco, su cliente, siempre es un adulator abominable que se conforma con los inicuos designios de Claudio, los alienta y los sostiene arrastrado del interés y la codicia. Virginia siempre es modesta, advertida, llena de un amor igualmente justo que ardiente hacia Icilio, resuelta a perder la vida por conservar su honestidad y la fe prometida al que había de ser su esposo. Icilio siempre es arrojado, valiente, empeñado en restituir la libertad pública y despechado por el amor de Virginia y venganza de Claudio. Publicia es apacible, celosa del honor de Virginia y poseída de un afecto maternal hacia ella debido al cuidado con que había concurrido a su educación y crianza. Valerio y Horacio jamás pierden de vista la libertad del pueblo, trabajan por restituirla, maquinan la ruina de Claudio y se aprovechan de todo cuanto puede conspirar a ello y adelantar sus intenciones. Numitor es prudente, sagaz, sesudo y amigo de no precipitar las cosas. El carácter de Virgino que su hija pinta a su ya Publicia, esto es, un genio pundonoroso, ardiente en conservar su honor y reputación, fuerte y suspicaz, es el mismo que se deja ver sobre el teatro luego que sale a ocuparle este personaje.

Estos caracteres con que nuestro autor distingue estas personas son los más propios a las circunstancias de ellas y al estado de la acción que representan. Virginia, que se supone amante de Icilio, siempre debía oponerse a las pretensiones de Claudio y conformarse más en la fe prometida, resolviéndose todo cuanto pudiese sobrevenir. Claudio, naturalmente cruel, pérfido y acostumbrado a atropellarlo todo por su antojo, se debía encender en un nuevo furor con la resistencia de Virginia, y usar de toda su astucia y maldad para conseguir sus delinquentes intenciones con un pretexto que no descubriese del todo para con el público su tiranía y su crueldad, cuya fama conocía muy bien que podía deshacer sus designios de ser absoluto en el gobierno. Marco, su cliente, abandonado al interés y a la codicia, debía abrazar cualquier intento de su patrono por torpe y abominable que fuese, a fin de no perder su gracia y confirmarse en su favor. Numitor, como anciano y lleno de experiencia, debía ser sagaz, detenido y prudente refrenando los coléricos impulsos de Icilio. Horacio y Valerio debían hablar y obrar ajustados a la dignidad de senadores y, por consiguiente, como celosos de restituir la libertad pública y de la ruina de Claudio. En fin, Publicia, como mujer de edad madura y aya de Virginia, siempre debía velar sobre el honor de ésta y usar de un genio apacible y religioso.

Estos grandes caracteres son los que pedía la tragedia para excitar los afectos que ella se propone. Unos vicios tan viles como los de Claudio y Marco y una virtud tan noble como la de Virginia e Icilio, son más propias para mover las pasiones de terror y de lástima. La pasión recíproca de estos dos últimos está pintada con tal decoro y tal modestia que no puede dejar de lastimar notablemente el desgraciado sino de una inclinación tan noble y de una alianza tan justa y tan decente. Al mismo tiempo, los colores con los que están pintados los vicios de Claudio, su infame tiranía y su pasión desenfadada, no pueden dejar de inducir en los ánimos de los espectadores

un terror y un miedo particular, a vista de la desastrada catástrofe con que se terminan sus viles e inicuos designios.

VI

En cuanto al estilo de la *Virginia* se pueden contemplar cuatro circunstancias que requiere éste para se digno de una tragedia. 1º su gravedad. 2º su número. 3º su pureza. 4º y sus sentencias.

Las dos circunstancias a que las sentencias de la tragedia deben acomodarse, esto es, el fin del poema para excitar el terror y la lástima, y el carácter de las personas en cuya boca se ponen, están admirablemente observadas en la *Virginia*. Todas las sentencias serias son correspondientes al poema, esto es, morales y políticas; pero al mismo tiempo correspondientes al carácter de las personas que se introducen.

En Claudio la política es tirana, ambiciosa, recóndita en cuanto puede conducir a deslumbrar en el público el malvado fin de sus designios. El cree que no hay más felicidad que dominarlo todo a su arbitrio. Marco, su cliente, se propone por reglas de su conducta todas aquellas máximas que pueden apoyar sus bajas y ambiciosas intenciones, inspirando al mismo tiempo en el ánimo de Claudio otras semejantes con que alentar o confirmar su tiranía. Juzga que no hay cosa que no deba atropellarse por complacer el capricho de un poderoso y por confirmarse en su gracia y en su favor; que cualquier moderación es opuesta al despotismo y desluce la grandeza del poder absoluto; que el uso más glorioso que puede hacerse del poder y del mando es atropellar las máximas con que la razón y la prudencia pretende limitar los fueros de la soberanía; que el que tiene en su mano el timón del gobierno no debe ajustarse a las leyes sino formárselas, arreglárselas a sus caprichos y a sus pasiones; que esto de gobernarse por la razón y la virtud es bueno para los espíritus vulgares y de oscuro origen; que

los grandes corazones no conocen más regla ni más ley que las máximas que les inspira el uso de su propia libertad. Virginia reconoce la obligación que debe a Icilio por la fe que le ha prometido, y lo incorregible que es una pasión en el pecho de un tirano como Claudio. Publicia conoce de cuán corta duración sean aquellas pasiones fomentadas por el antojo y el apetito, y que los dioses siempre favorecen la justicia y la inocencia de los mortales. Numitor pondrá la importancia de la madurez y morosidad en las resoluciones arduas, y cuánto daña en los negocios importantes precipitar los medios y las intenciones.

Esta maravillosa armonía y método de las sentencias hace que el estilo de la *Virginia* sea propiamente trágico, esto es, grave, decoroso, circunspecto, serio y lleno de magnificencia y majestad. Ya no hablo del número del verso ni de la pureza y propiedad del idioma, porque creo dejar suficientemente indicado el acierto de nuestro autor en esta parte con sólo acordar que el sabio escritor de la *Virginia* es un digno miembro de la Real Academia Española.

VII

Finalmente, la moralidad que resulta de toda la acción, da un nuevo precio a este poema infinitamente más grande que todas las demás perfecciones de que abunda. En él se conocen las pasiones humanas como son en sí: se conocen sus principios, sus flujos y reflujos, sus resortes y las consecuencias que traen, si no se saben corregir o moderar, de manera que se puede decir que esta tragedia no es más que una buena de la ética puesta en verso.

Aquí se ven todas las máximas de la política baja de que se vale la tiranía para sostener el poder absoluto y arruinar la libertad pública; los movimientos de un corazón acostumbrado a dejarse arrastrar de la fuerza de sus pasiones y del desorden de sus apetitos; la inicua conducta de un ánimo

a quien la codicia y la ambición obliga a adular al poderoso. Se ve también aquella noble bondad de ánimo y candidez de corazón de que regularmente son dotadas las personas del otro sexo que han debido a su cuna o a su crianza algún cultivo más feliz; la noble firmeza de espíritu con que estas mismas personas guardan la fe una vez prometida al que ha de ser dueño de sus condescendencias; el decoro y la modestia con que se hacen tratar aquellas nobles pasiones que no tienen otra oficina que el corazón ni otro principio que la virtud, la bondad y la justicia; el desastrado fin de la maldad y de la tiranía, y la gloriosa memoria con que la posteridad corona la virtud aunque ésta haya tenido un éxito menos feliz que lo que ella merecía y debía prometerse.

Todo esto se encuentra en la *Virginia*. La posteridad ha hecho siempre un justo aprecio de la virtud de esta romana y de la heroica resolución de su padre, que quiso antes sacrificar la mitad de sí en la persona de su hija que dejarla expuesta a la brutalidad de una furia y a padecer el último ultraje en el honor. Y esta misma justicia hará la posteridad al mérito del sabio escritor de esta tragedia, si es que el cielo ha determinado conservar en España el buen gusto de la poesía y de las bellas Letras.

EL ICARO

EL YCARO

ROMANCE A LOS REYES¹

Alli donde a la influencia de esa luminar antorcha lo que el cielo niega en aguas compensa la tierra en gomas; donde, idolatra del cielo da con sus mirras devota en continuo sacrificio exhalaciones humosas; donde tan sutil se eleva que el aire donde impresiona si no es aroma es por ser muy grosero para aroma; allí, pues, de donde Delfos, soberbiamente devota, queriendo acabarlo en humos, más deja cuanto más toma; Arabia en fin, que por fértil mereció que de dichosa, le trate el mundo, ofreciendo este incienso a sus aromas, gobernaban su distrito, del pueblo en paz amistosa (que poco por Rey posee quien por amigo no cobra), tres sabios Reyes, que unian lo noble y docto de forma que siendo su ciencia noble era su nobleza docta. En el estudio ocupados de cuanto en cifras hermosas secretos los astros puros escriben menos que copian, hurtaban al tiempo el tiempo, queriendo a su fuerza docta arrancarlos de su seno	5 10 15 20 25 30 35
---	---------------------------------------

(1) Manuscrito e inédito. Firmado por El Ycaro. A este desconocido académico le encargan como asunto en la sesión académica del día 11 de diciembre de 1749 "un romance al Nacimiento", que debe ser éste. Se encuentra recogido en la carpeta 3, de la sesión del día 19 de febrero de 1750, pero ese día ya no asiste; debió llevarlo a la anterior del día 15 de enero, último día que aparece asistiendo este desconocido a la Academia.

más que investigar su forma.
A estrecho globo reducen
cuanto el sol a giros ronda
y aun lo que mide a desmayos
en breves círculos notan. 40
Ni sol los deslumbra o rinde,
ni eclipse los ciega o postra,
teniendo sombra a su luz,
teniendo luz a su sombra.
Fian al compás distancias 45
que la vista breve ignora,
y en los hierros de sus puntas
los aciertos de sus obras.
Así pasaban del tiempo
la leve carrera corta, 50
tan leve, que entre empezar
y acabar medio se ignora,
cuando un nuevo fenómeno,
su admiración, paró todas,
y en las luces que despide 55
advertencias les arroja.
No de caudato cometa
lúgubre faz era torva,
que si a verdades complace,
a ficciones acongoja: 60
luz más pura, luz más tersa
fue, que en los brillos que aborta,
para hablar con claridad,
no la empachan las coronas.
Bella novedad la admiran, 65
cuando a su fuego se postran
mucho mudamente explica
pues que avasalla coronas.
Seguirla quieren, que aunque
sus conjeturas se expongan, 70
nunca podía guiar
mucho luz a mucha sombra.
Muere el sol, y cuando acaba
deja la lúcida tropa
de estrellas que con la luna 75
participen su luz propia.
Seguido un bello planeta
de cuatro estrellas hermosas
circula, y si las eclipsan,
más brillo que pierden cobran. 80
¿Pues si el sol, pues si el planeta
a piedades se equivocan,
sería esta luz acaso
por más bella más traidora?
En fin la siguen fiando 85
a la infatigable, pronta,
dulce inquietud de su anhelo,
su diligencia piadosa.
En algazaras festivas

los pechos se desahogan, 90
y entre alegrías la bulia
plaza pasó de devota.
Tan alegres dromedario
y camello el viento cortan,
que ni caminan lo que andan 95
ni sufren lo que soportan.
Conducidos de la estrella
nunca el camino equivocan,
pues con guía tan divina
saben lo mismo que ignoran. 100
Entran en Jerusalem,
pensando de su derrota
ser centro, que si a Dios buscan,
en ella encontrarlo logran.
Preguntan, pues, y responden 105
con admirar lo que ignoran;
preguntan por Dios, y en corte
no es mucho no les respondan.
Quieren saber de la estrella
el sí o el no, que no logran, 110
siendo al negarios sus luces
claro no que los informa.
Salen en fin de sus puertas,
perdido el Astro que lloran;
entran por una festivos 115
y salen tristes por otra,
Asi como el marinero,
perdido el Norte a su rota,
siendo escollo de si mismo
en su confusión zozobra. 120
Así, padeciendo tristes,
al salir su guía notan,
siendo cuanto más llorada
tanto después más hermosa.
Caminan con ella, y cuando 125
aseo y pulidez poca,
del terreno no debie
a la atención ser curiosa,
ven que, humillando sus luces
a pobre pajiza choza, 130
en medio de sus ruinas
más que se engasta, se angosta;
ven que, creciendo a esplendores
si ser otro sol denota,
ahora en cada rayo mil 135
por inútiles arroja;
ven, y en lo mucho que ven
ven poco, pues todo ignora
quien, aunque luces encuentre,
la de la verdad no topa. 140
Ya, pues que a la voluntad
el paver que la aprisiona
libre la dejó mover

lo que la detuvo absorta,
quieren saber si se oculta 145
en lo bronco de su concha
la perla que amantes buzos
buscaban en playa ignota.
Entran y la luz que echaba
divinamente preciosa 150
si fue esplendor para el alma,
para la vista fue sombra.
Entran a ciegas, y no
sin providencia notoria,
que en estas cosas más sabe 155
quien más ciego las adora.
La alegría que el hallazgo
intrdodujo al alma, sola
intérprete de sí misma,
podía explicarse en obras. 160
El contento comunero
a sediciones devotas
afablemente serena
si dulcemente alborota.
Quieren la perla que buscan 165
ver, y las brillantes sombras
por más que brillen deslumbran,
por más que inciten estorban.
Hechos en fin a sus rayos,
al cielo la vista tocan, 170
que en blanca leche encarnado
era láctea de aljófara.
Dos soles entre sus cejas,
gustosos, pues se aprisionan,
eclípticas que, bajando, 175
subieron con lo piadosas.
De racional orbe corto
es horizonte la boca,
donde naciendo su sol
en luces mudó las sombras. 180
Son sus divinas mejillas
dos incomparables zonas
que en lo cálido y lo frío,
lo humano y divino notan.
En José y su Madre bella 185
halló sus polos, de forma
que en sus quicios lo divino
con lo humano se equivoca.
Al corto cielo animado
de Jesús en fin se postran, 190
cielo que pudo dar celos
al mismo cielo que asombra.
No su sabia astrología,
no su ciencia encuentra norma
para que aquello que aun ven,
les pueda hacer que conozcan. 195
Hallan un sol que es un cielo,

hallan un cielo que informa ser sol, y un cielo y un sol aun es poco en lo que notan. Húmidamente le rinden, con emulación devota, en mirra, en oro, en incienso, si hombre, rey y Dios le adoran.	200
Mucho mudamente dice, mucho neciamente ignora quien algo no ve, si ve rendir, tres a tres, tres cosas. Gustoso, pues, los recibe, y más sabiendo que se oiga su nombre en climas vecinos como en regiones remotas. Grave desdicha, por cierto, que para que su nombre se oiga ² es preciso que a la tierra descienda en humana forma. Contentos con tal hallazgo, se vuelven a sus coronas y en alegrías su dicha devotos al cielo informan.	205 210 215 220

2. Único verso del romance en el que se computan 9 sílabas .

EL INCOGNITO

EL INCOGNITO

A la Excelentísima Señora Marquesa de Sarriá para que se digne admitirme en el número de los miembros de su Academia Poética¹.

DÉCINAS

Nuevo alumno del Parnaso,
embargado del respeto
a tan excelente objeto
aun no acierto a dar un paso.
Mi corto numen y escaso 5
a cada voz titubea,
no alcanza lo que desea
mas me anima el contemplar
que algo soy, pues sé aspirar
a miembro de esta asamblea. 10
Si vos, Señora, me dais
un descuido vuestro sólo,
veréis cómo un nuevo Apolo
de un rudo tronco formáis.
Lo que vos desperdiciáis 15
servirá para instruirme,
y aún creo llegue a influirme,
razón de desvanecerme
y puedo temer caerme
si tanto llego a subirme. 20
Permitame tu piedad
que de icaro en el asiento
mi numen publique atento
versos llenos de humildad.
Hablo mal en realidad; 25
mi musa es vizcaina y ruda;
que soy poeta no hay duda,
pero el que hable bien o mal
no importa, pues cada cual
habla como Dios le ayuda. 30

(1) Este desconocido personaje firma esta composición manuscrita e inédita con el seudónimo de El Incógnito. Leyó estas décimas en la sesión del día 19 de Febrero de 1750, encargándole como asunto para la siguiente un romance al tiempo. La única participación y asistencia de este Incógnito a la Academia fue este día 19, porque su nombre no vuelve a aparecer más en las actas, ni ese romance al tiempo.

Benigna me supliréis
todo cuanto hiciese mal,
que musa de tal corral
hace mucho en lo que veis. 35
Espero que me daréis
lo que en los versos intento
que, aunque alcanza el pensamiento
que por poeta soy loco,
ya conozco poco a poco 40
que necesito de asiento.
Estas las razones son
en las cuales se afianza
la debida confianza
que tengo a mi pretensión;
conceda tu compasión 45
lo que pido con constancia,
siendo mi perseverancia
en tan portentoso alarde
vergüenza para el cobarde,
para el constante jactancia. 50
Sirvanle de protectores
a un numen desconocido
los afectos que he advertido
en vuestras musas, señores;
y si es que vuestros favores 55
merece un numen mendigo,
os advierto como amigo
que del Seminario salgo,
y así, como nada valgo,
a pagarlos no me obligo. 60
Mi musa a agradar aspira;
éste ha sido mi desvelo;
en vuestro agrado mi anhelo
viviente aliento respira;
y si mi pecho suspira 65
por gracia tan prodigiosa,
nunca tendré por dichosa
mi ferviente inclinación
si tu amante concesión
no la hiciere venturosa. 70

POESIAS DE AUTOR DESCONOCIDO

POESÍAS DE AUTOR DESCONOCIDO

En su atención no bien restituido¹
del éxtasis suave que causaba
la fragancia que el cielo había esparcido
por los campos del aire que inundaba;
y era ya embargo de su flaco oído 5
el número de brutos que pisaba
la campaña, debiéndole a sus huellas
exhalar fuego y escupir centellas.

A esta luz el varón no deslumbrado
gallardos cinco jóvenes del viento 10
en tantos hijos vido; y acertado
veneró el esplendor y el ardimiento,
que al parecer lo adivinó sagrado,
cuando uno de ellos a él, que ya de atento
envuelto estaba en mudo regocijo, 15
esto, en distintas voces, le predijo:

"Ve Señor, ve al Prelado, y sé glorioso
protector nuestro, mientras la divina
disposición en premio generoso
otra veneración nos determina 20
y mientras aquel polvo milagroso
a gloria más excelsa le encamina
por su virtud, por su poder, que fuerte
estorbará los fueros a la muerte.
Di que al Sepulcro, di que desunido 25
tanto sella Campión, Marte Cristiano
de religiosos votos asistido,
el culto se le rinda soberano;
que en la futura edad reconocido
su divino valor tentará en vano, 30
impensada la muerte y atrevida,
introducir venenos a la vida."

Dijo y volaron; cuando ya, frustrada
su atención, el varón de Dios se incita
a averiguar devoto la admirada 35

1 Estas seis octavas reales sin título, tan barroquizantes, y la continuación de las mismas en el soneto titulado Asunto séptimo, aparecen manuscritas por la misma mano desconocida. Por la forma y estilo podemos aventurarnos a decir, aunque sin afirmarlo, que el autor pudo ser *El Justo Desconfiado*, Conde de Saldueña, ya que están en la misma línea barroca de su *Fábula de Júpiter y Europa en octavas*.

transformación que el cielo facilita,
de los fatales años agravada,
incauto, su persona precipita
a la carrera, dándole el empleo
alas a su presteza y su deseo.

40

Paró no satisfecho, si no en vano
cansado y conoció correspondía
a su prudente afecto no libiano
celestial y segura mejoría;
sagradamente del favor ufano
en nueva devoción su pecho ardia
y el calor de cenizas que auxiliares
Cordoba les votó sacros altares.

45

Asunto septimo

Soneto

Esta que admiras fábrica luciente
de cristales hermosos guarnecida
Córdoba la dispuso, dirigida
de superior espíritu eminente.

Depósito sagrado, augustamente
los átomos encierra de la vida,
de tanto sol su luz oscurecida
a las nubes del odio más ardiente.

5

Cielo será mejor, si tantos soles
ilustran su brillante pura esfera
y tantos eterniza cuerpos sacros.

10

Bien, pues de tan propicios arreboles
Córdoba, como a cielo que venera,
previno transparentes simulacros.

A CLEOPATRA

Canción²

A tu inclita sombra restituya
de tu vida en mi vida aquella parte
que, resbalando en sangre, faria quilla
hurtó a las iras del Leucadio Marte;
si escusó del Ausonio a la cuchilla
este espíritu entonces, por ser tuyo,
hoy, que no vive suyo
el uso ingrato de la luz odiosa,
halle en tu acero, pues, crueldad piadosa
y en las inferias tuyas, grande Antonio
a quien ella idolatra,
víctima no común caerá Cleopatra.

Pero no, que a tu espada no le osa
fiar mi vida el pretendido estrago,
que si en tu amada sangre está teñida
en cada ofensa sentirá un halago
y será una lisonja cada herida;
el que del sol la fragua fervorosa
en la sirte arenosa
templa vivo puñal, con nuevo estilo
me prestará su soñoliento filo,
y la corte o desate el mortal diente
de mi vida los lazos,
el postrer sueño me hallará en tus brazos,
Este arbitrio, ¡oh fortuna!, le has dejado
a aquella en cuyo obsequio creció el Nilo,
de cuya majestad fue testimonio
a las rostradas proas siendo asilo
no capaz, de Pelusio a Paretonio,
todo el mar de sus pinos ocupado,
a quien feudo postrado
el árabe, el Turijero sabeo,
más precioso que el don, aún el deseo;
hoy a su ruego apenas exorable
concede limitada
la elección del veneno o de la espada.

La que del Euro a la tostada gente,
con sacramento militar jurada,
y al excidio de Hesperea conmovida

2 Composición manuscrita de autor desconocido.

dio su auspicio, esperando ver atada
al carro egipcio la cerviz vencida
del romulo caudillo, la inclemente
condición tuya sienta,
y para el triunfo no adornar gitano,
la muerte sólo dejas en su mano;
no viva, pues, Antonio, fue tuya,
o cautiva o ajena,
ni arrastre que de amor otra cadena.

Dijo Cleopatra, y en el blanco seno
por quien Amor ser quiere siempre niño,
el más nocivo horror que en Libia crece
acoge con semblante de cariño
y en las cerúleas venas que le ofrece
el letal diente, de piedad ajeno,
abre puerta al veneno,
que ya por nebuloso, ya vencidos
aprisiona en letargo los sentidos;
así del Aquilón al soplo airado
las vidas olorosas
ceder se ven de las purpúreas rosas.

La noche en sus hermosos ojos crece
y en su bello semblante aún dura el día;
ya no pulsa la arteria, o pulsa tarde;
hielo es ya todo el tacto, y aún no enfria;
ya es la calor ceniza, y también arde;
ya la luz a intervalos resplandece;
con tal beldad fenece
que ella sólo igualar pudo despierta
a la hermosura con que yace muerta,
y aunque es imagen de la muerte el sueño,
cuando yace dormida
parece el sueño imagen de la vida.

A una señora que se quejó de que cogiendo
flores la hubiese picado una abeja.³

DECIMAS

A la abejuela que ayer
tu blanca mano picó
no culpes, que en lo que obró
tiene disculpa, a mi ver,
porque queriendo coger 5
el néctar de flor en flor,
vio de tu mano el candor
y dijo: "me canso en vano;
aquí tengo más a mano
de las flores la mejor." 10

Si culpas su atrevimiento
a ti propia te has culpado,
pues tú la mano le has dado
a tan atrevido intento.
Verdad es que fue sangriento 15
su rigor, pero fue justo,
pues aunque con tu disgusto
si con rigor inhumano
su gusto picó tu mano,
tu mano le picó al gusto. 20

(3) Composición manuscrita, Autor desconocido.

SONETO⁴

Suspirando tu amable compañía,
único a mis potencias alimento,
toleraba el retiro, sólo atento
a no perder la utilidad del día.

De mis cortas tareas discurría
hacerte relación con tal contento
que de la soledad el sufrimiento
tu rostro convirtiese en alegría.

5

Alas en vez de espuelas ya calzado,
de Mercurio, tutela del camino,
solicito con votos el cuidado,

10

cuando impulso fatal, que no previno
prudencia humana, me reduce airado
a la dura cadena del destino

4 Composición manuscrita, Autor desconocido,

SONETOS

Cuando pienso, Señor, la repetida
ofensa a tu Deidad por mi pecado,
te juzgo contra mí tan irritado
que me borres del libro de la vida.

La oveja me consuela, que perdida
volvió sobre tus hombros al ganado,
misteriosa figura del cuidado
que te cuesta la sangre redimida.

5

Esta oveja infeliz, hoy separada
de tu sacro redil, suspira ansiosa
el dulce pasto de tu fiel amada.

10

No permita, Señor, tu poderosa
ardiente caridad, que prenda manada
sea del lobo presa vergonzosa.

5 CUETO incluye este soneto entre las poesías de I, de Luzán (op. cit. LXI, p. 120), pero no es autógrafo ni es la letra de su amanuense habitual. La mano que escribe este soneto es la misma que dedica la Décima siguiente a Torres, que suponemos que es D. Diego de Torres Villarroel.

DECIMA^s

Ya es tiempo, Torres amado,
que tu bajel se retire
de las ondas y que mire
los peligros ancorado,
y si no desengañado
te tienen esas arenas
de huesos de amigos llenas,
temo llorarte algún día
despojo a la melodía
de cortesanas sirenas.

5

10

6 Composición manuscrita. ¿Será José Villarroel el autor de esta décima y del soneto anterior? No afirmamos esta hipótesis, pero cabe la posibilidad.

Soneto que dicta mi respetuoso cariño a V.E.
por las honras que me ha hecho, llegado el tiempo de
mi partida a Nápoles.⁷

Docto congreso, que al dictar la llama
del sacro fuego que en tu mente ahuma,
tanto vuelo a tu fama da tu pluma,
que el orbe corto, temo, a pluma y fama.

Ilustre presidenta, a quien su rama
ciñe Apolo, porque tu gracia suma,
si lo Dama realza con lo Numa
ya lo Numa realza con lo Dama.

5

Noble Duquesa, que en silencio sabio
Arcos te erige tu grande entendimiento,
quedaos en paz, que se entorpece el labio.

10

Pero, si es que mi viaje de fomento
servir puede a tu fama, y no de agravio,
sabré hacer alegría el sentimiento.

7 Manuscrito e inédito. Desconocemos el autor, pero pudiera ser el Duque de Arcos, que por estas fechas viaja a Nápoles asistiendo al bautizo de la Infanta María Teresa. Cfr. SARRAILH, J. *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Ediciones Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979, p. 359.

DE UN APASIONADO DEL AUTOR

EPIGRAMMA

CONCEPTAE impendis Matri sine labe laborem:
Concipitur foelis quam sine labe labor!
Virginis in gremiun quae fluxit gratia, puro
In Vaten fluxit Virginis illa sinu.
Gratia Trina fluit. Conceptit plena Mariam
Gratia; sed versus Gratia Trina tuos.

ALIUD.

MENDONZAM versu, JOSEPH, nisi viceris, aequas.
Vates agnoscet vos sibi Virgo pares.
Salmantinus aris MENDOZA: haud vendito mendum:
Mensura illius tu mihi mensus eris.

ALIUD

PECCATUM Virgo nescivit pura, Poetae
Peccatum nescit pura Cambena. Vale.

1 No sabemos quién es el autor de estos tres epigramas, pero sí podemos decir que están dedicados a José Villarroel y a su composición incluida en este volumen y titulada *A la Inmaculada Concepción de la Virgen María Señora nuestra*. Están impresos entre las poesías de la Academia, donde posiblemente fueron leídos.

AL ASUNTO PASADO

Otra vez vuelvo al asunto¹
para aumentarme mis dichas,
pues si en él quiero dar gracias
también he de recibirlas.
Si no os contenta lo dicho 5
oiréis muchas maravillas,
que en el asunto pasado
las diré muy por encima.
En el día que Himeneo 10
a la coyunda os aplica
(pues dicen que el matrimonio
aprieta, une y pellizca),
el resplandeciente Febo,
que las tinieblas disipa,
salió mucho más temprano 15
de lo que salir solía;
la luna de abochornada
estaba muy encendida,
quizá de los muchos saltos
que de admiración daría; 20
los astros también parece
que de contento corrian,
y altercaban sobre quién
menos luz o más daría;
la noticia en el infierno 25
llegó a saber Proserpina,
y con esto los tormentos
volvieronse en alegría;
el buitre al maldito Ticio
las entrañas no mordía; 30
Sísifo también la piedra
no la sube tan aprisa;
aquel gigante que fuego
por el negro Htna vomita 35
sus llamas quiso tener
estos días escondidas;
el cancerbero también
y el coco de la Barquilla
a todos cuantos entraban 40
besaban las pantorrillas

1 Esta composición está escrita por la gr. E, pero no nos parece que sea de Nasarre; tampoco vemos por ningún sitio su mano ni las iniciales características (D.A.d.A); ¿de Fray Juan de la Concepción?, ¿de alguno de los desconocidos académicos? No es el estilo de Nasarre.

2 Suponemos que al asunto pasado que se está refiriendo el autor es al segundo matrimonio de D^a Josefa de Zúñiga con D. Nicolás de Carvajal y Lancaster, Coronel de Guardias de su Majestad. Cfr. nota 46 del Cap. III.

Plutón, Eaco y Aqueronte
con las tres furias malditas
se hacian pedazos a
bailar unas seguidillas;

Minos, como hombre más serio;

45

(pues a todos fiscaliza)
bailó el minué del barquillo
con la reina Proserpina;
la demás gente ordinaria
del infierno, allá tenia
en otras piezas aparte
baile, refresco y comida.

50

La gente más solitaria
(para que en breve lo diga)
el seminario que ocupa
de Madrid la rabadilla.

55

Tan bella noticia supo
ser justo me parecia
que individuo de esta casa
empezase; yo a aplaudirla.

60

Si quereis, gran coronel,
saber qué tal figurilla
os alaba, un punto vale
al juego de la malilla.

65

Entre muchas cosas una
sóla quiero referirla.
que soy cadete valón,
que sé empinar la botija.
Cuando chico, San Javier
me quitó la alferecia,

70

mas yo quisiera que vos
restituyeras la misma.
Si en español me mudases
¡raro milagro seria!

75

experimentad quizá
será la experiencia fija.
En fin, viváis tantos años
como en el mar arenillas,
como en los cielos estrellas,
como hay en el mar anguilas;
pero vividlos felices,
que quiere decir que viva
la Condesa con vos siempre
sin discrepar una pizca.

80

POESIAS DE AUTORES AJENOS A LA
ACADEMIA Y LEIDAS EN ELLA

POESIAS DE AUTORES AJENOS A LA ACADEMIA
Y LEIDAS EN ELLA

SOR ANA DE SAN GERONIMO

Afectos de un alma religiosa

A una imagen de Jesús Niño llevando la cruz al
hombro y una oveja asida de una trailla, en la noche
del Nacimiento.⁸

Con qué majestad llevas,
con qué robusto esfuerzo,
por tan solo y tan áspero camino,
sobre la espalda el cetro de tu imperio.
Bien dice tu semblante 5
pacífico y sereno
que a rigurosa ley de enamorado
aún sobran hombros al amado peso.
Con qué tiento la mano,
mi flaqueza atendiendo, 10
en la mediocridad de la trailla
va regulando sabia el movimiento.
Con qué gracia me dices
el rostro a mí volviendo:
"Sígueme sin temor, que ya mis plantas 15
van quebrando las puntas de tu suelo".
¡Ay, tierna prenda mía!"
¿Es mi pecho de acero
a tu amor? ¿O es acaso tan helado 20
mi amor que necesita tanto ejemplo?
Yo veo que con sangre
bermejea el sendero,
y que por ella hermosamente rojo
sobre cándido, es mi Nazareno.
Mas, si aún cobardes temen 25
mis pies trasplanta el pecho
esas sangrientas prendas de mi dicha
y herido el corazón, correrán ellos.
Hiéreme, herido nardo,
llévame y correremos; 30

8 Composición impresa de Sor Ana de San Gerónimo, hermana del Conde de Torrepalma, leída por él en alguna sesión de la Academia. Posteriormente aparece publicada en: OBRAS POETICAS/DE LA MADRE SOR ANA/DE/SAN GERONIMO,/RELIGIOSA PROFESA/DEL CONV. DEL ANGEL,/FRANCISCAS DESCALZAS/DE/GRANADA,/RECOGIDAS ANTES,/y dadas a luz despues de su/muerte, por un apasio-/nado suyo,/CON LICENCIA,/EN CORDOBA; En la oficina de JUAN/RODRIGUEZ, Calle de la Libreria,/Año de MDCCLXXIII. (p.p. 153-157).

llévame herida, pues herido espiras
el más suave olor de tus unguentos.
Por más que me fatigo
nunca a cogerte llego;
¿qué haré para lograrte entre mis brazos, 35
si cuando corro más te alcanzo menos?
Si la imagen del Padre
aún mirarla no puedo,
del hermoso ropaje de tu Madre
toquen mis pobres labios los extremos. 40
Mirame, y pues tu vista
ilumina el objeto,
tu luz mi rostro al tuyo para verte
vuelva repercusivos los reflejos.
Mira que en el camino 45
es medroso el silencio;
dime lo que gustares, pues que eres
palabra inmensa de infinitos ecos.
En tu piadoso oído
permite mis lamentos, 50
puesto que suele ser en muchos males
comunicarlos parte de remedio.
No pido que me vuelvas
aquellos privilegios
con que me miré libre de temores 55
en la primera fe del amor nuestro.
No pido las visitas
de aquel tu galanteo,
cuando todo el tropel de las criaturas
fueron tus cortesanos mensajeros; 60
no aquel mullido catre
de tu brazo siniestro
en que dormí algún día asegurada
cuando tu diestra se enlazó en mi cuello.
La falta de estos bienes 65
para el mal que padezco,
con mil penalidades que me cercan,
todos motivos son, pero no es eso:
mayor causa me oprime,
y si el juicio no yerro, 70
es, ¡oh causa primera de las causas!,
incierto posesión de un bien tan cierto.
Mientras ésta no llege
ningún alivio espero;
mi llanto será el pasto de mis días; 75
no me digas de gozos ni consuelos;
las más horribles formas
del abrasado averno
mi vista sufrirá paciente como
no vea yo un instante de tu ceño. 80
¿Qué gusto he de tener
mirándome en el riesgo
de que tu honor ultrajen con mi daño
piratas y ladrones tan groseros?

Tu que anillo de esposa 85
el duro eslabón terco
de mi cautividad hacer pudiste,
dale a mi libertad seguro asiento.
Escrita con tu sangre,
firmada con tu dedo 90
la tengo, y aún me falta para susto,
que de tu eternidad, la cierre el sello.
Hoy que naces al mundo,
rayo del sol eterno,
flor de la pura, fértil, virgen tierra 95
y cándido rocío de los cielos,
hoy llego confiada,
y justamente llego,
a pedir como pobre y como sierva,
día del cumpleaños de mi dueño. 100
Abre esa rica mano,
dame, dame de aquello,
de aquello que me tienes escondido,
de aquello que tu sabes que yo quiero.
Y pues de tal moneda 105
eres cambiador diestro,
tanto deseo neciamente inútil
reducélo, mi bien, sólo a un deseo.
Mucho es lo que te pido,
nada lo que merezco, 110
y soy en este lance tan valiente
que si aún puede ser más, no aspiro a menos.
Yo también tengo amor
y sé de sus efectos,
y si en otro pesebre te reclinás, 115
mira que aún de las pajas tendré celos.
Y en tanto que a la casa
de tu Padre lleguemos,
déjate hallar de mis hambrientos labios
de la rota pared en el acecho. 120

S.A.M.D.S.G.

PADRE PÉREZ DE LOS AGONIZANTES

I^o

Amado pastorcillo de Baztán
dulce Fileno, cándido Javier,
bendígate el Señor, que te ha de hacer
de aquella tierra tan fecundo Adán.

Bendito sea su nombre, y tan y tan 5
loado sea que se venga a ver
allá en la fama eterna, que ha de ser
su trompeta tu tío el capitán.

Centuplicado en ti tu Genitor 10
mil sucesores de virtudes mil
de al Baztán nuevo, que bendiga Amor;

Y aquí en eterno, en delicioso abril
un Gononeche(sic) brille en cada flor,
y una balanza en cada perejil.

(9) Posiblemente D. Ignacio de Luzán llevó y leyó en la Academia del Buen Gusto estos quince sonetos manuscritos del Padre Jerónimo Pérez de la Morena, del convento de los Agonizantes. Hay con estos sonetos una nota autógrafa de L.A. de Cueto que dice: "Estos sonetos son del P. Pérez, de los Agonizantes, a quien elogia Luzán. Cuando fueron leídos en la Academia del Buen Gusto, había muerto sin duda el P. Pérez, que ya en 1681 había presidido en su Convento una justa poética". En efecto, Luzán en su *Poética* dice: "Sin embargo, a principios de este siglo (XVIII) el P. Pérez, de los agonizantes, escribía con elegancia y gusto, y es lastima que sus versos no se hayan dado a la estampa." (Cfr. la edición de la *Poética* de R.P. SEBOLD, Labor, Barcelona, 1977, p. 140).

Cueto publica dos de estos quince sonetos en su *Antología* (op. cit., LXVII, p.p. 741-742) posiblemente reproducidos del Códice M-202 de la Biblioteca Nacional, que contiene varias obras manuscritas y entre éstas algunas poesías del P. Pérez, según nos indica el mismo Cueto. Señalamos las variantes con respecto al original de la Academia.

II

Del alba la primera luz ardia
de la torre del pueblo en la veleta
y todo labrador su casa inquieta
por que en el campo le amanezca el dia.

Uno al yugo los bueyes unce y fia, 5
otro la reja en el arado aprieta,
éste la dura abarca al pie sujeta
y aquél sopla la lumbre en la fría;

cuál anda el asador, cuál el mortero,
cuál la sartén y cual previene el plato, 10
y todos a la bota lo primero.

Hambriento halaga el can, roncea el gato,
y en fin viene a tener su paradero
esto que digo en esto que relato.

IV^o

Hervia ya la leche en el caldero
y el rabadán el pan desmigajaba,
cuando la fresca aurora se asomaba
anunciando otro día al crudo enero.

La bella Filis, alma del otero,
al olor de las sopas madrugaba
y Pascual perezoso bostezaba,
acordando la bota lo primero.

5

El manso cabritillo se venia¹¹
al calor de la lumbre como tierno,
mientras que al sol ponerse no podía.

10

¡Oh crueldad del erizado invierno!¹²
todo temblaba y el caldero hervía,
y a mí de todo no se me da un cuerno!¹³

10 Cueto publica este soneto (op. cit. p. 741) con el título *Delicias campestres*.

11 Este terceto lo reproduce Cueto así:

El cabrito, con grata mansedumbre,
Mientras que al sol ponerse no podía,
Al calor se acercaba de la lumbre,

12 *Ibidem*: ¡oh dulce cuadro del helado invierno!

13 *Ibidem*: y a mí de todo se me daba un cuerno.

V

Moriste, ¡ah de la envidia hechos atroces!,
burri-narciso entre la cenal caterva
y entre cuantos pacian fresca hierba
burro el más estirado y de más coces.

Corriendo van los días tan veloces 5
que aún apenas la vista los observa;
ninguno de la muerte se reserva,
ya esta verdad en tí la reconoces.

Vuelve, vuelve, no tuerzas el camino 10
tú que pasas, ni de éste te deslices;
repara en los estragos del destino;

repara, y si el llamarte me maldices,
enmienda (si lo fuere) el desatino
mirándome tapadas las narices.

VI

¡Oh qué bien con la honda Bato arguyo
y qué bien el mastín conduce amigo
contra el lobo, voraz fiero enemigo
de aquella oveja que cansada huye!

¡Qué alentado, qué diestro distribuye
valor al perro y al ladrón castigo
con la voz y la piedra, y qué bien sigo
este soneto yo si se concluye!

5

Inquieto el monte al pregonado robo,
todo pastor se sirve de la oreja,
de la nudosa encina y duro pobo.

10

Ninguno de acudir valiente deja:
gritan, corren, atajan; pero el lobo
últimamente se llevó la oveja.

VII

Si en florido cristal margen risueña
de cisnes y de ninfas, Freyre amado,
te ve desde el Carpento coronado
la bella esquivá, que en tu amor te empeña;

si de la incontrastable dura peña 5
del pretender descansa tu cuidado,
cesa tu adoración y ves logrado
cuanto el premio te debe y te desdeña;

si en Manzanares vieres a la diosa 10
referir tus finezas a tu amada
(a la del Niño de la Abeja y Rosa);

si ya de la ambición ves apagada
la sed que fue a tu mérito forzosa,
me lleve el diablo si se me da nada.

VIII

Tras de la esquina de su albergue estaba
esta mañana mi Quiteria hermosa
fiando mucha nieve y mucha rosa
a la pared, que aun ella se abrasaba.

Yo la naturaleza contemplaba
(sin meterme en maldita la otra cosa),
poco limpia ni nada escrupulosa,
e indiferente cuando más miraba.

5

Obró cuanto sobraba a su belleza
de impacientes humores y malivios,
su gusto compitiendo a su flaqueza;

10

a mí me hizo saber, y a los vecinos,
que anoche, con sobrada ligereza,
cené mucha ensalada de pepinos.

IX

Venia yo del puro Manzanares
al Tiber, caro Freyre, confiado
en que a la misma Venus mi cuidado
no encendiera un candil en sus altares.

Así venía, ¡oh casos singulares!,
y ya a la vanidad está entregado
cuando, ¡ay de mí!, me encajan de impensado
una reja de arar por los ijares.

5

Era entonces mi objeto un prodijazo
que empeñara a Tarquino y a Catulo,
aquél rey loco y este poeta pazo.

10

En fin, hirióme el mi mortal Fanchulo;
caí en sus redes, tropecé en su lazo,
y éste es el cuento, bésame en el cu.

X

Entre el lecho y sepulcro no ha mediado
más que un papel escrito del doctor
en el crudo, en el grave gran dolor
de mi accidente. Sea Dios loado.

A muerte o vida le bebí el recado
a un vaso lleno de fatal olor
cual no guardo en botica otro peor,
cruel redoma, bote desalmado.

5

Nueva madeja, nuevo celemín
de hilo y arena (en el reloj y ovillo)
al tiempo y a la parca debo el fin.

10

Al cielo adoro, a su piedad me humillo,
pues no le plugo que muriese, sin
primero eternizarme en Bastancillo.

XI¹⁴

Fue Julio César el mayor bonete
que honraba el Capitolio, el más astuto,
cuervo, sagaz, prudente y resolutivo
hombre de manos y de gabinete.

Y siendo así se la pegó al pobrete
un amigo llamado Marco Bruto
que llenó a Roma de funesto luto
metiéndole un cuchillo de Albacete.

5

Dicen que le mató porque taimado
sembraba beneficios y cogía
la libertad del pueblo y del senado.

10

Si esto pasó, matarlo fue obra pia,
por ser delito nunca exagerado
hacer de la virtud la tiranía.

14 Cueto lo publica (op. cit. p. 742) con el título *Julio César*.

XII

Goyeneche carísimo, en tu amor
con vista del correo desconfío,
pues buscando en la lista el nombre mío
toda la deletreo y no, señor.

De esta inhumanidad, de este rigor
no creo de la causa me desvío
si juzgo que en Baztán el chio -chio
te emboba de uno y otro ruiseñor.

5

Si en tus campos eliseos ya se hospeda
gustosa tu alma y libre a los reveses
de ese Madrid que tu quietud enreda,

10

descansa en paz; no escribas en dos meses,
mata por Dios el hambre de la olmeda
porque apague la sed de los ingleses.

XIII

El cencerro del buey y del infante
la cuna ya Morfeo suspendia,
de la sierva el cedazo no se oía
ni ya ladraba el perro vigilante,

ya retirado mi gañán amante
dejó el corral donde salió Lucia
y ya el gallo también cantado habia
y era el silencio de la noche atlante;

5

mi fecunda, mi dulce bella esposa
del doméstico afán ya reposaba,
virtud haciendo la pensión forzosa.

10

Yo en el hogar, donde hubo lumbre estaba
contento y solo y sin pensar en cosa
si no es en el candil que ya espiraba.

XIV

En el Tiber, Fernando, espero undoso,
donde multiplicadas sus fortunas
vio el Capitolio desgraciado unas,
otras el Vaticano ve dichoso.

Aquí donde fue el mundo, donde hermoso 5
es el no ser, donde el furor columnas
puso al estrago en tantas importunas
bárbaras sinrazones envidioso,

en Roma, que a los siglos digno objeto
fue de su vanidad, digna corona 10
debiendo así misma su respeto,

aquí lo hermoso a Venus perfecciona.
Pero miente mi voz, porque en efecto
somos Bazanes Viva la Patrona.

XV

Pirámides, columnas, torres, muros,
templos, anfiteatros y colosos,
arcos triunfales, huertos deliciosos,
bronces profanos, mármoles impuros,

Gastadas letras, rótulos oscuros,
soberbias unas, otros religiosos,
enigmas, caracteres misteriosos
en fuertes piedras, en metales duros,

5

armas, triunfos, laureles y legiones,
capitolio, política y senado
y césares, deidades y oblaciones,

10

todo en Roma se ve como que ha estado.
Esto decía entre unos paredones
acabando de hacer cierto recado.

INDICE ALFABETICO DE PRIMEROS VERSOS

INDICE ALFABÉTICO DE PRIMEROS VERSOS

Abeja que en las selvas venatorias	6
A la abejuela, que ayer	519
Al doloroso oficio, Melpomene	79
Alégrate desierta y desviada	425
Al fuerte patriarca la primera	91
A los celestes dioses me parece	453
Allí donde a la influencia	507
Amado pastorcillo de Bactán	530
Apolo, tu me pones	487
Apenas divisó el travieso infante	482
Aquella ciudad insigne	75
Aquí del Monte Parnaso	298
Armonica, científica, brillante	203
A tí, oh príncipe, áureo candelero	339
A tu inclita sombra restituyo	517
A un alto escollo rudo	345
¡Aun no me dejas sosegar, memoria	149
A un tiempo con el canto y el descuido	124
Bellísima Lisarda, si entendiera	146
Canta en buen hora, afrenta castellana	98
Cascado abeto, del sagrado mirto	71
Cerca del Dauco, en soledad amena	338
Cintia, estás engañada si has creído	478
¡Clementísimo Dios!, dame elegancia	38
Conceptae impendis Matris sine labe laborem	524
Conde mío, ya no puedo	348
Conozco cuán injusto me maltrata	125
Con qué majestad llevas	527
Con título decente	26
Cual bate el viento en medio del golfo airado	12
Cuando aquel polvo sagrado	411
Cuando la Fama a partes mil volando	207
Cuando pienso, Señor, la repetida	521

¿Cuándo se ablandará mi rebeldía?	214
Cuanto la negra noche triste llora	353
¡Cuántos crímenes hay!, cuántos pecados	226
Cum bibo tunc vivo Bachi blaterabat alumnus	343
Dame a mí, siervo tuyo	8
De este perro nos cuentan, será yerro	293
De Jehová las piedades	57
Del alba la primera luz ardia	531
Del fuerte ray al desleal hermano	340
De mi insigne varón el alma pia	344
De Salamanca a Madrid	306
Desde el desierto y aún desde	99
Después, Señor, que a Madrid	174
Después de haber cenado mucho y bien	532
Dios, Señora, es un sabio canonista	424
Docto congreso, que al dictar la llama	523
Doy el que yo haya sido un rey famoso	230
Ea, cisnes guerreños	112
El cencerro del buey y del infante	542
El demonio, feísimo ... Aveztruz,	336
El hijo de Laertes, cauteloso	477
El que consigue, oh Fusco, que su vida	137
Enamoróse Júpiter de Europa	321
En aquel infeliz y pobre estado	152
En El Cubo de Don Sancho	218
En el Tiber, Fernando, esperó undoso	543
En este esplendor, no de egipcio vano	335
En este sacroventuroso día	452
En fin, Nise, ya respiro	418
En fin, volvió Judit, volvió triunfante	451
En su atención no bien restituido	514
En tanto que el avaro codicioso	484
Entender que yo tus máculas	319
Entre el lecho y sepulcro no ha mediado	539
En un jardín de placer	311
En vano solícito desatarme	145

Era ya la media noche	469
¿Es así, docta Academia	414
Esos ojos, mi bien, por qué suspiro	481
Estábame una vida yo pasando	483
Esta que admiras fábrica luciente	516
Este, que dulce Tulio ha desatado	334
Estos suspiros que del pecho mío	485
Excelentísima siempre	163
Excelentísimo Conde	276
Famosísimo Luzán	170
Fiscal me han hecho, y lo primero entablo	181
Flores, luces, ya presumo	285
Fue Julio César el mayor bonete	540
Fue tu apetecido albergue	32
Goyeneche carísimo, en tu amor	541
Gritos, horrendo a Bruto, a ti suave	93
Guárdate aquí de un rígido fiscal	296
Guiado Eneas de su madre hermosa	410
Hervía ya la leche en el caldero	533
Hijo y vasallo de ley	17
Hago cuenta que a juicio soy llamado	233
Hoy la historia he de cantar	94
Hombre, vengo en que logres regularte	232
Ibri ad secidnos extremo in littore, Lusos	473
Inescrutable Dios, amante mío	51
¡Ciello dicen que era un buen muchacho	205
Inspira, Euterpe, al pecho fatigado	430
La bella Anarda conducida era	330
La desusada lira	153
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado	5
Marfisa mía, muévete mi llanto	126
Mientras que me distrajo	138
Mi numen, dado a perros, imagina	292
Montañas elevadas	139
Montiano insigne, excedes más que imitas	204
Moriste: ¡Ah de la envidia hechos atroces!	534

Muere Filipo, mas de gente en gente	342
Musa, tú que conoces	459
Ni el presuroso curso de los dias	144
No podré, ¡oh sabia, insigne	322
Nuevo alumno del Parnaso	512
Obedece el abril, produce flores	7
¡Oh bienaventurados	10
¡Oh Clio, musa mia!	68
¡Oh! qué bien con la honda Bato arguye	535
Otra vez vuelvo al asunto	525
Padre nuestro, que estás con tres coronas	13
Para, para, caminante	248
Para una quesí-cosa, una ... Piltraca	341
Pastores que del betis en la orilla	486
Pastores venturosos, que en la orilla	475
Persuádeme, dulce hechizo	208
Pirámides, columnas, torres, muros	544
Placa gli sdegni tuoi	427
Plausible can, que enseñas lealtades	291
Pobre rebaño mio, no en el prado	148
Por un monte poblado	127
Por tu mano, señor, a la excelente	252
¿Qué bárbaro despecho es el que obliga	151
¿Qué mortal y que loco desatino	4
Que este perro murió tengo por cierto	294
Que no despreciarás, Señor, confío	225
Qui, quod amat nescit, quod amat nescivit amare!	331
Redentor y redención	44
Repara, Lauro, la prudente hormiga	150
Sea en bélicos afanes	235
Señor, este memorial	156
Señora, llegó la mula	288
Señora, el juicio de Paris	454
Señora en tu gloriosa refulgencia	297
Señora, vuestro pariente,	286
Si amor me hubiese al vivo en ti esculpido	476

Si de ser, Jesus mio, carecieses	228
Siento penas y rigores	283
Si en florido cristal margen risueña	536
Si en la hebrea hermosura, que desdora	92
Si la belleza es, si la armonia	97
Si Pedro en amar diestro	332
Si quieres feliz vida, si inocente	409
Sobre las altas y desnudas rocas	86
So licenciado. Arre, musa hermana	206
Suspirando tu amable compania	520
Tambien entre las ondas fuego enciendes	61
Tan amable, mi Dios, es tu excelencia,	227
¿Tanto un solo trance, tanto	82
¿Téplate, Nise, y respiro	421
Tened piedad, Dios mio	471
Terrible confusion, cruel despecho	234
Tiene el hombre su dia señalado	223
Tomaste el pulso, ¡oh medica del plectro!	211
¿Tú, señor, por mi preso y abatido?	229
Trás de la esquina de su albergue estaba	537
Un bodigo llevata un cuervo a Elias	295
V.E. aqui sea bien venida	333
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo	73
Venia yo del puro Manzanares	538
Viento es la vida, pero tan violento	231
Yace aqui varon inclito, aqui empaña	337
Ya es tiempo, Torres amado	522
Yo me acuerdo que un tiempo en esta fuente	174